RILEY S. COLLINS

NEW ADULT



NUESTRO último rodeo

Table of Contents

Anteportada

Síguenos...

Información legal

Contenido sensible

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Epílogo

Lista de reproducción

Síguenos...

Créditos

RILEY S. COLLINS

Nuestro último rodeo

Traducido del inglés, editado y actualizado
con el beneplácito de la autora por Paloma Vega Centeno

Cherry Publishing

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:
@cherrypublishing_esp
Sigue también a la autora:
@rileys.collins.author
¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

© 2025, Cherry Publishing
Todos los derechos reservados.
Edición en español: enero 2025

Advertencia de contenido sensible

Algunos capítulos de este libro contienen descripciones que pueden causar cierta incomodidad a las lectoras. Los hechos representados son ficticios y en ningún momento pretenden justificar el abuso verbal o los comentarios despectivos hacia las mujeres, ni tampoco perdonar las actitudes misóginas o retrógradas, sino en todo caso, concienciar de que aún existen por los estigmas sociales y el machismo estructural, que además se acentúan en ciertas circunstancias. Asimismo, en el libro se incluyen escenas de sexo explícitas que pueden resultar no aptas para todos los públicos. Desde la editorial, rogamos que se tenga esto en cuenta a la hora de proceder con la lectura.

1

Holly

Conozco bien esta sensación. Siempre la tenía de niña cuando intuía que se avecinaba algo especialmente emocionante. La tuve cuando me regalaron mi primera bicicleta por Navidad a los ocho años, y también cuando mi corazoncito adolescente decidió confesarle a mi mejor amiga, Violet, que estaba enamorada de Flynn Dawson, el mejor amigo de mi hermano gemelo. La tuve cuando me gradué en la universidad con matrícula de honor y me nombraron la mejor de la clase, lo que resultó ser motivo suficiente para acabar mudándome a Nueva York unos años más tarde. Hace dos años, volví a sentir ese cosquilleo cuando lancé mi propia línea de moda. Para mí, fue como avanzar a pasos de gigante.

Al pasar por delante de los postes del camino, una sonrisa consciente se dibuja en mis labios. El sentimiento se vuelve cada vez más impetuoso, adquiere más cuerpo. Es como una brasa que crepita y luego aviva la llama, para terminar consumiéndome. Mi ritmo cardíaco aumenta al pensar en volver a ver a mi familia y visitar Evergreen Creek.

Este pueblo siempre ha ocupado un lugar especial en mis recuerdos y me enorgullezco de ser una de esas personas que no olvidan sus raíces a pesar de vivir ahora en la Gran Manzana. Nueva York es genial en el plano laboral, pero mi corazón siempre estará en Evergreen Creek. Es una pena que no pueda volver tan a menudo como me gustaría, pero mi negocio aún es un retoño y necesita todo mi tiempo y atención.

Sin embargo, este enero no me queda más remedio que ponerlo en manos de mi ayudante, que está más que capacitada para ocuparse del cotarro durante el tiempo que estaré fuera. Este viaje a casa significa mucho para mí.

Me aparto un mechón de pelo castaño ondulado de la cara y lo coloco detrás de la oreja para que no moleste. Echo un vistazo rápido por el retrovisor y veo unos ojos azules brillantes de la emoción. Ahogo un gritito al ver la señal que indica la entrada al pueblo. *Ya falta poco.* No consigo contener la sonrisa al pensar en la razón por la que me dirijo a casa.

—¡Hola, hermanita! —me dijo Ethan cuando cogí el teléfono hace una semana.

Yo estaba a punto de perder la cabeza entre los diversos retales para el vestido de novia de una clienta.

—¡Ethan! Hola, ¿qué tal? —Sin siquiera verlo, supe que mi gemelo estaría jugueteando con un palillo de los dientes mientras hablaba.

La charlita previa fue breve: me preguntó cómo estaba y me dejó claro una vez más que el hecho de haber nacido quince minutos antes que yo significaba que él era el mayor, además de ser el hermano, y por ende, el responsable de mi bienestar (doble palo, y además, con micromachismo de regalo). Pero hasta que no estuve a punto de colgar no mencionó La Peonza Juguetona, la juguetería que nuestros padres tienen en el pueblo.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar este año por el cumple de mamá? ¿Solo un par de días? ¿No puedes venir antes y quedarte un poco más? —preguntó de repente.

—Eso pretendía. Intentaré alargarlo unas tres semanas o así. La tienda ya va mejor y confío en el talento de Lisa.

—Pues aprovecha y quédate un tiempo con nosotros. Así al menos podrás despedirte…

—¿Despedirme? ¿De quién? ¿De qué estás hablando, Ethan?

Mi hermano suspiró.

—Mamá y papá me matarían si supieran que te lo he contado, así júrame que guardarás el secreto. ¿Lo juras por Bigotes?

—No metas a Bigotes en esto si no es algo serio.

—Júralo por Bigotes, Holly.

—Veeenga… —suspiré—. Lo juro por Bigotes, Ethan.

Puse los ojos en blanco al recordar que el pobre gatito que tuvimos de niños, Bigotes, se convirtió en la esencia de nuestros juramentos. Ni siquiera recuerdo cuándo empezamos a usarlo como tal, pero se nos quedó grabado e incluso a estas alturas, a los 27 años, sabemos que si juramos por Bigotes… la cosa se pone seria.

—La tienda no va muy bien. De hecho, hace tiempo ya que no remonta. Mamá y papá dicen que este será el último mes que abran, teniendo en cuenta que ya han pasado las Navidades.

—¿¡Qué!? ¡No! ¡Ethan, dime que no es verdad…! —Fruncí el ceño.

—Ojalá pudiera…

—Pero… ¡La Peonza Juguetona no puede cerrar! Forma parte de la historia de Evergreen. Es un lugar emblemático. Es… es…

—Estas Navidades tuvieron mucha competencia de otras tiendas que ofrecen aparatejos punteros para los cerebritos de las nuevas generaciones. A los niños les encanta la tecnología, ¿sabías? Y La Peonza Juguetona es… bueno,

tradicional.

—Vale, iré a casa. Tenemos que solucionar esto como sea.

Entonces me di cuenta de que llevaba un rato retorciendo la punta de mi trenza con garbo, nerviosa. Fácilmente caminaría un par de kilómetros ese día sin salir de la tienda.

—Un par de días no son suficientes para arreglar todo esto, Holly.

—Me cogeré tres semanas de vacaciones. Un mes, si me apuras. Estaré allí la semana que viene y me quedaré hasta el cumple de mamá, ¿te vale?

—Eso es casi un mes, Holly. ¿Estás segura de que puedes estar fuera tanto tiempo?

—Bueno, alguna ventaja debía tener ser mi propia jefa… En fin, allí estaré.

Sin presión la conversación con mi hermano, ¿a que sí?

Pues nada, aquí me tenéis, a mediados de enero, a pocos kilómetros de la juguetería de mis padres. *Ya que estas Navidades no pude venir porque estaba hasta arriba de trabajo…* Respiro hondo y el sentimiento de estar en casa se intensifica. El roble gigante en la curva de la carretera aparece al fin y contengo la respiración. Todo parece pasar a cámara lenta mientras sigo la carretera y detengo el coche. Ahí está: Evergreen Creek.

Mi pueblo se asienta en una especie de valle. Según cuentan, la calle principal sigue el mismo camino que el arroyo que dio nombre a la ciudad. El arroyo desapareció hace tiempo, pero no se puede negar que el entorno es precioso. Parece sacado de un libro de cuentos. Cuesta creer que haya una población de unos dos mil habitantes y que más allá del valle se extiendan enormes ranchos.

Los recuerdos se amontonan en mi cabeza y noto el corazón mucho más ligero. Me siento afortunada, porque casi todas mis experiencias en este lugar fueron bonitas. Mientras contemplo el pueblo, me prometo volver en un futuro, esta vez para quedarme. Quizá, cuando haya metido cabeza en el mundo de la moda y haya causado sensación, pueda volver a casa. Pero eso será cuando la marca vaya sola y casi ni me necesiten en la gran ciudad.

¡¡¡Ñiiii!!!

El sonido de la goma de unos neumáticos chirriando sobre el asfalto me hace dar un respingo. Con el corazón en un puño, giro la cabeza y veo un enorme camión que se me echa encima por detrás. Me preparo para el impacto y cierro los ojos. Momentos como este parecen eternos, cuando en realidad, no duran más que una milésima de segundo. Aguanto la respiración y sigo a la espera, pero no pasa nada. De repente, oigo un portazo y miro por el retrovisor, donde

veo reflejado a un hombre (claramente enfurecido) que se acerca a mi coche.

—Pero ¿se puede saber qué haces, mujer? ¿Quién diablos se para en medio de una maldita carretera tras una curva?

El hombre da una patada a uno de mis neumáticos delanteros, enfadado, y yo vuelvo en mí.

—¡Eh, oiga! ¡No se pase! ¡No me gusta nada su actitud!

—¿Sí? Pues te diré lo que no me gusta a mí: que casi hayamos tenido un accidente por tu culpa y yo haya tenido que… ¡¿Pero será posible?! ¿Holly? ¿Holly Morgan?

Miro al hombre de arriba abajo.

—¿Le conozco?

—En realidad, no. ¡Pero eres la viva imagen de Ethan! Soy Ben Johnson. Tengo un terreno al lado del rancho de los Dawson. Vamos, que conozco a tu hermano. ¿Estás bien? ¿Se te ha parado el coche? Si quieres, puedo remolcarte hasta el pueblo y que Marvin le eche un vistazo.

Me río por lo rápido que ha cambiado su forma de actuar nada más reconocerme.

—Estoy bien, no se preocupe. En realidad, solo estaba admirando las vistas, pero tiene razón: parar tras una curva es una mala idea. Debería ponerme en marcha. Encantada de conocerle, Ben.

El tal Johnson inclina la cabeza y sonríe antes de volver a su camión. Espero a que suba y le hago señas para que me adelante. Una vez a mi lado, se detiene y gesticula para que baje la ventanilla.

—Siento mucho haberte gritado así, Holly…

—No pasa nada. Razón no le falta: debería haber tenido más cuidado.

—En fin, nos vemos.

Me despido agitando la mano y lo veo alejarse. Luego sigo su consejo: avanzo un par de metros más y me detengo en el arcén. Salgo del coche y me acerco a la parte delantera para apoyarme en el capó. Me arrebujo en la chaqueta: una ligera brisa me hace sentir el frío invernal. Me meto las manos en los bolsillos y me subo el cuello del jersey mientras contemplo el pueblo en el que me crie.

Viví aquí durante dieciocho años, e inmediatamente después de graduarme en el instituto, me marché a la universidad. Ethan decidió quedarse, pero no porque alguien le impidiera abandonar el nido como hice yo. En realidad, mi hermano no tiene ningún interés en dejar Evergreen, ni siquiera en viajar. En ese sentido, me lo puso bastante fácil: pude concentrarme en mi carrera mientras él

cuidaba de nuestro hogar. Lleva años esmerándose en dejarlo todo preparadito para cuando decida volver a casa. A mi hogar. Una gran sonrisa se dibuja en mi rostro una vez más.

Ya estoy en casa.

Me levanto del capó y vuelvo a entrar en el coche. Compruebo el retrovisor con mucho cuidado y salgo a la carretera. Los siguientes minutos están llenos de expectación: intento imaginarme la reacción de mis padres al ver que he llegado tres semanas antes del cumple de mi madre, y más sabiendo que no estuve para las fiestas. Le hice jurar a Ethan que no se iría de la lengua sobre mi visita sorpresa. El corazón me late con fuerza mientras circulo por Main Street[1]. La Peonza Juguetona está a menos de dos manzanas. De pronto, se me ocurre una idea y giro bruscamente a la izquierda. Agradezco que a esta hora de la tarde no haya mucho tráfico y encuentro rápidamente un sitio para aparcar delante de mi cafetería favorita. Entro corriendo y me acerco al mostrador.

—Hola, ¿qué desea?

La camarera tiene la punta del boli apoyada en su bloc de notas, lista para la acción.

—Quiero tres *mocaccinos*[2], por favor. Uno con menta, otro con canela y otro con extra de sirope.

—Marchando. ¿Te pongo algo de comer para acompañarlos?

—¿Qué me ofreces?

—Hoy tenemos budín de pan recién salido del horno. Viene con extra de ron…

Me guiña un ojo y sonríe.

—Con el extra de ron, una nunca se equivoca. Ponme tres, porfa.

—¡De acuerdo!

Echo un vistazo al local y me doy cuenta de que casi no ha cambiado. *Así da gusto.* Los carteles son los mismos y el taburete de la barra sigue emitiendo un leve crujido cuando me muevo ligeramente del sitio. La decoración es bastante singular y me recuerda a los años sesenta: tienen hasta una gramola que aún funciona en un rincón. Suspiro feliz: los recuerdos me invaden de nuevo. Aquí tuve una infancia y adolescencia de ensueño. Espero que cuando encuentre a alguien con quien pasar el resto de mis días no tenga inconveniente en mudarse a este pueblo. No hay nada que desee más que criar a mis hijos tal y como me criaron a mí.

La camarera vuelve a toda prisa con la bolsa de los bollos y un soporte de cartón con los tres cafés que le he pedido. Pago la cuenta y le doy una propina

antes de bajarme del taburete.

—¿Lo tienes todo, cielo? ¿Necesitas ayuda para llevarlo todo?

Sacudo la cabeza.

—No, gracias. Me las apañaré.

Avanzo con cuidado con la vista fija en el suelo para asegurarme de no tropezarme con alguna baldosa que esté suelta o aboyada por el paso del tiempo. Pero cuando casi he llegado a la puerta, ocurre: estoy tan concentrada en no meter el pie donde no toca que olvido que hay un escaloncito a unos centímetros de la puerta. Mientras sujeto los cafés con una mano e intento agarrarme a la puerta con la otra, esta se abre de golpe. *¡Vaya, qué bien! Un nuevo cliente.*… La brusquedad con la que se abre la puerta hacia dentro hace que me tambalee en todas las direcciones posibles, pero por desgracia, ya tengo el pie puesto en el escalón, así que me precipito hacia delante, a riesgo de comerme la puerta. Por suerte, un par de brazos fuertes me interceptan antes de que me dé de bruces, pero veo con horror cómo los cafés salen volando hacia el pecho de esta pobre persona, que solo quería ayudar. El brebaje marrón le empapa rápidamente la camisa y veo cómo el chocolate va cayendo rápidamente por las perneras de sus vaqueros.

—¡No, no, NOOO! ¡Dios, cuánto lo siento…!

Levanto la vista angustiada hacia mi salvador y entonces me encuentro con la mirada azul grisáceo del mismísimo Flynn Dawson.

---

[1] *N. de la T.* Literalmente, la calle principal del pueblo.

[2] *N. de la T.* Café *espresso* servido sobre una base de sirope (normalmente de chocolate) y una capa de crema de leche.

2

Flynn

Hago memoria de todo lo que ha pasado en esta mañana de mierda y llego a una conclusión: debo haber hecho algo para cabrear al señor Murphy[1], porque hoy tengo cuatro cosas que decirle. Su ley de mierda me está jodiendo vivo y todo ha empezado nada más llegar al rancho familiar para trabajar esta mañana.

Para empezar, se rompió la cerca del ganado y un par de vacas se dieron cuenta y aprovecharon para darse un paseíto por las tierras de mi vecino Ben. Arrear el ganado no estaba en mi lista de cosas que hacer esta mañana, así que a partir de ahí, todo fue a peor. Además, como si eso no fuera suficiente, tan pronto como las vacas estuvieron de vuelta en sus pastos y yo conseguí un par de manos en el rancho para reparar el desastre y evitar que se repitiera la evasión en la granja, Ethan me llamó y me dijo que mis cabras se habían escapado y estaban en la otra parte de la parcela de Ben. Tuve que volver corriendo al rancho y le ayudé a reunir a las rezagadas. Después de mis aventuras mañaneras y de dejar un par de mensajes al administrador de las tierras de Ben para que comprobara si había algún daño por el que mi padre y yo tuviéramos que indemnizarle, decidí ir al pueblo un rato para tomar un poco el aire. En mi cabeza, nada ni nadie iba a impedirme disfrutar u obligarme a irme directo a casa.

¡Mi gozo en un pozo!

Miro fijamente las manchas de chocolate que se extienden por la parte delantera de mi camisa y mi chaqueta. El mejunje es lo bastante espeso como para que aún no empiece a filtrarse y la chaqueta se ha llevado la peor parte, pero la media hora de camino de vuelta a casa no me la quita nadie, así que voy a acabar hecho unos zorros. Quitarme la camisa no es una opción, a menos que quiera coger una pulmonía.

—¡No, no, NOOO! ¡Dios, cuánto lo siento…! —La persona responsable del incidente se disculpa de forma reverencial.

Frunzo el ceño y abro la boca, dispuesto a mandarla a freír espárragos, pero junto los labios de nuevo al ver que se trata de una mujer joven. *¿Qué demonios*? Parpadeo un par de veces cuando la desconocida se transforma en la versión femenina de Ethan, pero con el pelo más largo y sedoso y la piel más clara. Es una mujer preciosa. Cuando me encuentro con sus claros ojos azules, un solo pensamiento emerge de mi mente:

—¿Holly? ¿Holly Morgan? —Abro los ojos de par en par.

Ella sonríe temblorosa y agacha ligeramente la cabeza con pudor.

—¿Por qué todo el mundo me saluda así, como si fuera James Bond? Hola, Flynn… Qué casualidad tropezarme contigo… literalmente —Mira con pesar mi camisa—. Espero no haberte estropeado la ropa. Deja que te pague la tintorería…

—No pasa nada —rechazo su ofrecimiento—, solo necesito ir a casa y quitármela cuanto antes posible.

—¿Estás seguro? —se preocupa.

Por un momento, me quedo mirando su precioso rostro y luego salgo de mi estupor. *Parezco idiota.* Sacudo la cabeza y la calmo un poco:

—Tranquila. Ha sido un placer volver a verte. Ya hablamos, si eso.

Doy media vuelta, sorprendido por la brusquedad con la que la he tratado. En mi defensa diré que lo último que se me habría ocurrido es que me encontraría con la hermana gemela de mi mejor amigo.

¿Qué coño hace aquí? ¿Por qué no está en Nueva York? ¿No vivía allí?

Salgo por la puerta y me estiro de la camisa para que no se me pegue al cuerpo mientras corro hacia la camioneta. Cojo una manta del asiento trasero y me siento sobre ella para evitar que mis pantalones sucios manchen el asiento. Mientras conduzco, empiezo a darle vueltas a lo de haberme encontrado con Holly. Estoy en *shock.*

¿Sabía Ethan que estaba aquí? Vaya gilipollez: está claro que Chip siempre sabe dónde está Chop y viceversa.

Holly Morgan. Hace dos años, en Navidad, apenas me la crucé. Ahora que lo pienso, tan solo vi asomar su cabecita por encima del sofá cuando pasé por casa de los Morgan para dejarles la tarta que mi madre les había preparado. Estaba hablando por teléfono y levantó ligeramente la cabeza para saludarme, luego me fui. Es más, según me dijeron, estas Navidades no pudo venir porque tenía mucho trabajo.

¿En serio ha venido ahora? ¿A mediados de enero? ¿Cuántos años han pasado desde que tuve una conversación con ella de verdad?

Demasiados, creo yo. Nuestro último año de instituto y la graduación se pasaron volando y luego, de repente, me enteré de que se había ido a la universidad. Más tarde, cuando Ethan me dijo que había decidido mudarse a Nueva York definitivamente, me guardé la angustia para mí solito.

Para cuando entro en casa, una pregunta sigue resonando en mi cabeza: *¿Qué hace ella aquí?* Me dirijo directamente a mi habitación y me cambio en un

tiempo récord antes de bajar a la cocina, donde mi madre está ocupada, para no variar.

—Hola, mamá. ¿Sabes de algo que quite las manchas de chocolate y café?

—¿Qué has hecho esta vez, Flynn? —Sus ojos color avellana se cruzan con los míos tras fijarse en mi ropa cubierta de lamparones.

—Nada, tropezarme con alguien en la cafetería.

—¡Anda que…! —rechista—. En fin, veré lo que puedo hacer.

La beso en la mejilla y cojo otra chaqueta de detrás de la puerta de la cocina. Me dirijo al vestidor a por mis botas, saco a Cal de los establos y salgo al campo a comprobar las verjas una vez más. No deja de sorprenderme que una pequeña brecha en el cercado pueda causar el caos de esta mañana.

Mientras recorro el perímetro de la verja, aprovecho para inspirar el aire puro de enero. Este año se van a prolongar las nevadas. Ya tuvimos nuestras Navidades blancas, así que disfrutaremos del efecto de las fiestas un poco más. Ahora que lo pienso, todavía tengo que podar un par de ramas del abeto navideño de mi madre, que básicamente desprecia la basura artificial que tienen en las tiendas (así la llama ella) y me hizo decorar uno del rancho estas Navidades. Ahora que han pasado las fiestas, pretende sanearlo y conservarlo para los años venideros. *Muy ecológico por su parte.* Mi madre siempre dice que de qué sirve tener hectáreas de árboles a nuestra disposición si luego acabamos comprando uno en la tienda, y tiene razón. Me prometo que mañana a más tardar la ayudaré con el árbol.

Sigo comprobando la valla y me pierdo en mis pensamientos. De repente, noto que mi caballo se pone un poco nervioso.

—¡Sooo, Cal! Tranquilo, chico. ¿Qué pasa?

Levanto la vista y veo a Ben a lo lejos, en la parte de su parcela que linda con el rancho de mi padre. Mi rancho raya con el suyo por el extremo contrario, así que podría decirse que Ben está en medio de las tierras de los Dawson. Compré mi terreno un año antes de que nuestro antiguo vecino, Chet Miller, decidiera vender su rancho. Acababa de invertir todos mis ahorros en la propiedad que tenía justo al lado cuando la puso a la venta por un precio bajísimo, así que no estaba en condiciones de hacer una oferta por el rancho de Chet, pero Ben Johnson, el nuevo propietario, es un buen vecino. Para los pocos años que ha estado aquí, aún me cuesta creer que no siempre haya sido ganadero en Evergreen Creek. Se ha convertido en un buen amigo, y de paso, en un confidente. Además, me sorprende la experiencia que tiene, sobre todo teniendo en cuenta que este rancho es una especie de proyecto de jubilación para él.

—Tranquilo, muchacho. Tranquilo… —susurro a mi animal mientras le acaricio.

Cal sacude la cabeza una vez más y pone todo su empeño en acercarse a la linde. Ben se sube a su propia montura y se dirige hacia mí. Espero a que se acerque y veo cómo Cal agita la cabeza y relincha al sentir el olor de la yegua de Ben.

—Ay, amigo, estás un poco salido, ¿eh? —Sonrío mientras le acaricio la crin —. Hola, Ben, ¿cómo estás?

Ben se ríe.

—Debería haber sabido que Cal estaba fuera del establo por la forma en que Princess estaba actuando… ¡Creía haberte visto antes yendo al pueblo!

—Sí, allí estaba, pero tuve que dar media vuelta cuando vi a Holly Morgan.

—¿Qué te parece? Hace una hora casi choco con su coche en la colina. Qué casualidad. Es una niña preciosa, ¿eh? Aunque no la conocía, supe que era ella de inmediato. Es la viva imagen de Ethan. Pero ¿por qué diablos saliste huyendo, muchacho?

—Bueno, no creía que andar por ahí empapado en chocolate y café fuera lo apropiado para hablar con ella. Me tiró tres cafés encima, ¿sabes? Fue sin querer, pero aun así… Será cosa de la ley de Murphy, imagino. Hoy se ha cebado conmigo: ya van tres desgracias.

—Jeff me ha contado lo de tus animales escapistas —se ríe y yo gimoteo—. Al menos me han segado gratis parte de la maleza a mordisco limpio.

—Bueno, ya está arreglado. Ethan se encargó de todo.

—Temo el día en que ese chaval encuentre una potrilla y te quedes solo. Es un buen administrador, Flynn. Te lo robaría sin pensarlo, ¿sabes? Jeff no da abasto y le vendría bien algo de ayuda.

—Ethan es mi mejor amigo, Ben. No quiero ni pensar en ese día, pero los maravillosos treinta se acercan, y en un par de años, las cosas cambiarán. Sé que en algún momento él estará listo para sentar la cabeza con alguien, pero no seré yo quien se lo impida.

Sigo acariciando la crin de Cal y suspiro suavemente.

—Conozco a Ethan, muchacho: no te dejará colgado. No me cabe duda de que encontrará a alguien que ame la vida del rancho tanto como él y quiera formar una familia aquí. No lo veo huyendo a Nueva York como su hermana…

—No. La vida en la ciudad no es para él… Ni tampoco para mí.

—Ya, bueno, pero las probabilidades de encontrar una esposa por aquí son… escasas. Tendrías que convertir a una chica de ciudad —Sonríe—. O conseguir

que una chica de campo volviese a casa…

Le miro fijamente, con los ojos entrecerrados.

—¿Qué sobrina, prima o hija de un amigo de la familia intentas encasquetarme ahora, Ben?

—¡Cuidadito con lo que dices, chaval! ¡Darcy era un buen partido! —argumenta Ben.

—Hasta que resbaló con una boñiga, se cayó y echó a perder sus botas de diseño de dos mil dólares…

Me estremezco al recordar el verano pasado con Darcy James, que vino a visitar a su tío Ben.

—Bueno, pero has de admitir que Jessie era increíble… —dice Ben.

—Era una buena chica, pero… no sé, no había química entre nosotros. Además, ahora mismo no estoy precisamente en el mercado. Estoy hasta arriba con la gestión de los dos ranchos y no creo que meter a una mujer en todo esto sea justo para ninguno de los dos.

—Tienes razón, pero no puedes culpar a un viejo por intentarlo, ¿me equivoco?

Sonrío.

—Te lo agradezco, de verdad.

—Oye y… ¿qué me dices de Holly?

Levanto la cabeza.

—¿Qué pasa con ella?

—Es guapa, es la hermana de Ethan y es una chica de campo, ¿no?

—Que ahora vive en la ciudad —le interrumpo—. Y yo nunca iría detrás de la hermana de mi mejor amigo.

—Más vale malo conocido que bueno por conocer… —comenta.

—Ben, es como una hermana para mí —añado.

—Que sea como una hermana para ti y que lo sea de verdad son cosas distintas, Flynn. Sería una buena esposa, ¿no crees?

—Apenas sabes cómo es. De hecho, la has conocido hoy —le recuerdo.

—Es la hermana de Ethan, no necesito saber más. Con que se pareciese en algo a él, te llevarías la gallina de los huevos de oro.

Resoplo.

—¿Cómo diablos hemos pasado de hablar de las granujas de mis vacas a que me piense lo de casarme con Holly Morgan?

Ben echa la cabeza para atrás y se ríe.

—Vale, vale… Ya dejo de darte la brasa. ¿Qué vas a hacer estas semanas?

¿Mucha faena?

—Pues, sí, para variar. Intento pasar tiempo con mi familia, también.

—Necesitas un descanso del rancho, Flynn. Un respiro te vendría muy bien. Y también darte el gusto de vez en cuando, ya me entiendes… —Ben me guiña el ojo. Sé exactamente a lo que se refiere—. En fin, voy a volver a revisar la valla. No me gustaría tener sorpresas como tú. Mis días de rodeo ya pasaron. ¡Nos vemos, hijo!

Dicho esto, Ben espolea a su yegua y se va, con lo que mi caballo se concentra de nuevo en su tarea de comprobar la cerca. Me alivia ver que no hay más agujeros y que el desastre de esta mañana ya está reparado. Cuando emprendo la vuelta a casa, el sol ya se está poniendo en el horizonte. No puedo evitar reírme al pensar en la sugerencia de Ben sobre… digamos… cómo no caer en la soledad. *Si él supiera…* Opciones no me faltan, y a diferencia de lo que él piensa, me sobra atención por parte de las mujeres del pueblo. No soy vanidoso, pero sé de sobra que soy un hombre guapo y un buen partido por estos lares. Con los tres mil acres[2] del rancho de mi padre y los mil doscientos de mis tierras, ¿quién no querría echarle el lazo a Flynn Dawson?

No es la primera vez que me entero de las apuestas que hacen en el pueblo para ver quién se acuesta antes conmigo. Si fuera un hombre al que todo le trae sin cuidado, iría rotando, pero a mi edad, uno tiene que aparentar dignidad. No es que sea viejo: tengo 27 años, pero soy lo suficiente maduro como para saber que no hay que ir acostándose con todo lo que se menea solo para desempolvarse el paquete. Llegados a este punto, busco a la chica con la que pasar el resto de mis días. Lo de quién es y por dónde anda… bueno, está por ver.

Vuelvo a los establos y preparo a Cal para la noche antes de entrar en casa. Me detengo en el vestidor que hay junto a la cocina y me quito las botas antes de seguir adelante. Por muy mayor que sea, mi madre no dudará en meterme una colleja si entro en su casa y se lo pongo todo perdido. Una vez en la cocina, mi padre levanta la vista de la chimenea, donde está avivando el fuego. Me deleito al olisquear el aire. Mi madre está de pie junto a los fogones.

—He oído que las chicas te han pegado una paliza esta mañana… —Mi padre sonríe y sigue trajinando con la lumbre.

—Sí… Y las malditas cabras, también —refunfuño.

Se ríe de nuevo.

—Forma parte de la vida en el rancho…

—A mí me lo vas a decir…. ¡Qué bien huele, mamá!

Me acerco a mirar el copioso estofado de ternera que mi madre no deja de

remover. No dice nada: en su lugar, me acerca una cuchara a los labios para que lo pruebe.

—Le falta un toquecito de sal para estar perfecto.

—Vale. ¿Puedes decirle a Megan que venga a poner la mesa, por favor? —dice ella y le doy un beso en la mejilla.

—Hecho.

Llego al pie de la escalera, miro hacia el piso de arriba y ahueco las manos alrededor de la boca antes de gritar:

—¡¡Meeeegan!!

Espero unos segundos mientras me desabrocho la chaqueta.

—¿Quéééé? —chilla.

—¡Mamá quiere que pongas la mesaaaa!

—¡Ya voooooy!

Vuelvo a la cocina para colgar la chaqueta detrás de la puerta y luego me dirijo al fregadero para lavarme las manos antes de la cena. Asisto como espectador al estrépito de platos y cubiertos mientras mi hermana pequeña cumple con lo que le han pedido. Es fácil poner la mesa para cuatro en la cocina, pero la mesa de diez plazas del comedor demuestra el verdadero tamaño del clan Dawson. Somos ocho hijos, empezando por Jack, el mayor, de 35 años, y acabando con Megan, la más joven, de 17. Somos un grupo heterogéneo y a cualquiera que nos mirase le costaría creer que todos venimos de la misma madre y el mismo padre. Jack, Tracey y Trisha (las gemelas) y Stephanie son rubios. Mitch y Andy son pelirrojos, herencia de nuestros antepasados celtas. Los únicos morenos somos Megan y yo. Y todos somos obra de una pareja de pelo castaño rojizo y ojos color avellana. Eso sí: toda la prole heredó los ojos azules grisáceos de nuestro abuelo, que nos convierten en miembros inconfundibles de los Dawson.

Desde hace dos años, mi padre ha ido cediéndome el control del rancho. No porque sea viejo, sino porque soy el único que quiere quedarse en el pueblo. Mis otros seis hermanos están desperdigados por el mundo y Megan se irá a la universidad el próximo otoño, así que me toca a mí mantener el fuerte. Y, sinceramente, no querría estar en otra parte. Lo único que necesito es alguien que quiera hacerlo conmigo.

Me siento a la mesa mientras Megan ayuda a mi madre a servir la comida. En cuanto todo el mundo está en su sitio, agachamos la cabeza para bendecir la mesa. Durante la cena, todos hablan en voz baja e intervengo cuando es estrictamente necesario. Pronto estaremos los tres solos. Quizá el consejo de Ben

de buscar esposa tenga sentido después de todo. Lo último que quiero es que mi madre vuelva a preocuparse por mi futuro. Y aunque le he repetido mil y una veces que soy feliz quedándome, sé que no está convencida. Al verla sonreír por algo que ha dicho Megan, decido que me esforzaré un poco más por encontrar a alguien, aunque sea por su bien. Dios sabe que va a necesitar a otra mujer a su lado.

---

[1] *N. de la T.* Se refiere al Edward A. Murphy, el creador de la ley de Murphy, esto es, un ingeniero aeroespacial estadounidense que defendía que todo lo que puede salir mal, saldrá mal.

[2] *N. de la T.* El acre es una unidad de superficie terrestre que se utiliza en EE. UU. y que equivale aproximadamente a 4047 m^2, esto es el 40 % de una hectárea. En este sentido, el terreno del rancho de su padre tendría unos 12 141 000 m^2 y el de Flynn, unos 4 856 400 m^2.

3

Holly

Disimulo el bochorno a base de servilletas de papel con las que pretendo limpiar el desastre que he causado. La camarera se acerca alterada con un mocho y un cubo.

—Siento mucho haberla liado así. Deja que me encargue yo, por favor…

Cojo la fregona y el cubo, pero ella insiste en rechazar mi ayuda.

—No, ni hablar. Estas cosas pasan. No es la primera vez que un cliente derrama algo. Además, hay que hacer algo con ese escalón. No dejo de decirle a Max que es un peligro, pero supongo que no se lo tomará en serio hasta que alguien resulte gravemente herido y nos demande —Levanta la cabeza de repente—. No vas a demandarnos, ¿verdad?

Sacudo la cabeza.

—Desde luego que no. Además, soy yo quien debería estar nerviosa. Podríais demandarme por dañar vuestra propiedad.

Ella sonríe.

—Bueno, entonces estamos en paz.

—Supongo que sí. Por cierto, soy Holly —sonrío.

—Encantada de conocerte. Claire —La camarera me devuelve la sonrisa.

Terminamos de limpiar en silencio y vuelvo al mostrador. Ella hace lo mismo, levantando la fregona y el cubo a pulso. Espero pacientemente mientras prepara de nuevo las bebidas. Claire me las entrega y me dice:

—A estos cafés invita la casa: en parte, ha sido culpa nuestra que tropezaras.

—Muchas gracias. Te lo agradezco mucho. Que pases un buen día.

—¡Lo mismo digo, guapa!

Esta vez me fijo en donde pongo el pie al salir. El frío me da de lleno en la cara y arrugo la nariz. Veo una serie de manchas ligeramente amarronadas en el pavimento. Son huellas de zapatos que se extienden a lo largo de la calle. Debe de ser el camino que tomó Flynn después de que le tirara los cafés encima. *¡Ay, Flynn! Qué guapo estaba con su sombrero…* Siento que me arden las mejillas del apuro. Vaya forma de encontrarme con él, y encima justo la tarde en la que vuelvo a casa.

Como si no hubiera vivido ya situaciones ridículas con Flynn Dawson…

Flynn es el mejor amigo de Ethan desde que se conocieron en la guardería.

Es como un hermano para nosotros, y sé que Ethan lo quiere a rabiar porque con él hacía cosas que no pudo hacer conmigo. Aun así, podría deciros exactamente el momento en que mi adoración por él pasó del amor fraternal a otra cosa.

Era un verano caluroso y Ethan, Flynn, Violet (mi mejor amiga) y yo estábamos en la piscina del rancho de Flynn. Las chicas estábamos sentadas en el borde de una pequeña estructura similar a un muelle y Ethan y Flynn estaban zurrándose en plan lucha libre justo al lado, como de costumbre. De repente, Ethan tiró a Flynn a un charco de barro. Sin mediar palabra, Flynn se quitó la camisa y los vaqueros y sentí que el corazón me daba un vuelco al contemplar su torso desnudo.

Como vivía y trabajaba en el rancho, tenía unos músculos y un bronceado a los catorce años que daban gusto… A su lado, un modelo se habría muerto de envidia, vaya. Pero ese vistacito coqueto aquel día de verano, justo antes de que se metiera en la parte más profunda de la piscina, despertó ciertos sentimientos en mí. Y desde entonces sigo enchochada de él. Trece años después, mi corazón aún se acelera cuando pasa por mi lado. Pero aparte de Violet, nadie sabe lo que siento por Flynn Dawson. Y así quiero que siga siendo.

Mientras conduzco hacia la juguetería de mis padres, se me pasa por la cabeza la idea de que ahora somos adultos y controlamos mejor nuestras emociones; al menos, en teoría. A estas alturas, no puedo etiquetar lo que siento por él como un flechazo. Tiene que ser algo más adulto: cierta… ¿atracción, quizá?

Hace años que no veo a Flynn de cerca, cara a cara. Pero si el reencuentro en la cafetería cuenta, entonces me siento más que atraída por Flynn Dawson. En fin, el tema es que pienso seguir guardándomelo para mí. Tal vez lo supere cuando encuentre al maromo de mis sueños, o cuando me entere de que se ha casado y ha sentado la cabeza. Pero a toda chica se le permite un flechazo en su vida, ¿verdad?

Y dale, que no es un flechazo…

Busco sitio en el aparcamiento de la juguetería y estaciono allí. Me quedo un rato sentada y asimilo lo que va a pasar. La Peonza Juguetona forma parte de mí: es como el aire que respiro. Miro los aleros decorados con guirnaldas y entrelazados con luces. *Parece que mamá y papá han pospuesto lo de quitar la decoración navideña…* Pequeños ramos de acebo cuelgan aún a intervalos y se alternan con bolas doradas.

El porche se convierte en una terraza acristalada cada invierno para mantener el calor. Los asientos acolchados le dan un aire hogareño: esa era la intención de

mi padre cuando lo transformó hace veinte años. Atrae a los compradores y hace que se lo piensen dos veces antes de marcharse. La barandilla está decorada a conjunto con los aleros y veo algunos arreglos bastante llamativos por esa zona.

Mi madre es una fan acérrima de decorar según la época del año, así que seguro que durante las fiestas hubo un belén en la parte baja del escaparate, junto al puesto de cacao caliente. El árbol de Navidad debería estar justo en el interior, cerca de la puerta. Me pregunto qué combinación de colores elegiría este diciembre.

Me siento fatal por no haber podido estar…

Suspiro y observo alrededor de la tienda. Veo que hay pocos coches aparcados, por lo que asumo que Ethan no andaba muy desencaminado al preocuparse por la juguetería. Por mucho que haya pasado la temporada alta, lo normal es que hubiese más clientes. Sin embargo, solo veo a unas pocas personas en la terraza acristalada, probablemente un par de habituales.

Apago el motor y cojo las bebidas y los bollos. Aún no he pensado cómo explicar a mis padres lo de llegar de forma tan repentina, así que creo que lo mejor es lanzarme de cabeza. *Lo hacemos y ya vemos.* Mantendré mi verdadero propósito en secreto el mayor tiempo posible y les diré que estoy aquí por el cumple de mamá o para compensar lo de las Navidades. Además, antes tengo que hablar con Ethan para planear nuestro próximo movimiento, así que le envío un mensaje para decirle dónde estoy y luego salgo del coche y cruzo el aparcamiento en dirección a la juguetería.

Empujo la puerta con una mano mientras sujeto el capricho dulzón de la tarde con la otra.

—¡Hola, hola! ¡Regalo anticipado de cumpleaños para la señora Morgan! ¡He aquí una Holly, tal y como pediste!

Mi madre levanta la cabeza y se distrae de lo que está haciendo en el mostrador. Abre los ojos y la boca a más no poder por la sorpresa.

—¡Holly! ¡Madre mía, cariño…!

Se apresura a rodear el mostrador y me abraza.

—¡Con cuidado, porfa! —chillo mientras la estrujo con un solo brazo.

Dejo los cafés y los bollos en el mostrador y me giro para abrazarla como Dios manda.

—Ay, cariño, ¿qué haces aquí? ¿Cuánto tiempo vas a quedarte? ¿Huelo a chocolate y menta? ¡Qué bonito tienes el pelo! ¿Te has hecho mechas?

Me río conforme más preguntas salen de su boca. El que conoce a mi madre, sabe por qué Ethan habla por los codos.

—Me he cogido unas vacaciones. Pienso quedarme hasta tu cumple. Sí, has olido bien: te he traído tu favorito. Y no, no me he hecho nada en el pelo. Es más, tengo que pedir cita en la pelu.

Mi madre me pone ambas manos en las mejillas y sonríe como si no pudiera creerse que esté delante de ella.

—Ay mi niña… Me alegro mucho de verte.

Me pellizca ligeramente los mofletes y vuelve a abrazarme, esta vez en plan ñoño. Es el tipo de abrazo que transmite exactamente lo feliz que está de verme. Las palabras no conseguirían expresarlo de igual modo. Cuando me suelta, sus ojos brillan un poco más: los tiene llorosos. Siento un pinchazo en el lagrimal y sonrío como puedo, emocionada.

—Me alegro de que estés en casa —susurra y me acaricia la mejilla con el pulgar una última vez.

—Me alegro de estar en casa —murmuro—. Pero ¿qué es esto? ¿Por qué todavía tenéis la decoración de Navidad puesta?

—Ay, hija, ya sabes… Nos cuesta mucho quitarla. ¡Y queda muchísimo hasta la próxima fiesta, San Valentín! Deja que la disfrutemos un poco más, ¿no?

No sé qué decir. *¿Las habrá dejado porque es la última vez que piensa colgarlas?* Nos quedamos mirándonos unos instantes más, luego me aclaro la garganta y miro a mi alrededor.

—Bueno, ¿dónde está papá?

—Está en la trastienda.

Saco un café del soporte y una ración del budín de pan y sonrío a mi madre.

—Vale, ahora vuelvo.

Me dirijo a la parte trasera de la tienda, donde encuentro a mi padre sentado en la sala de juguetes. Lleva puestas las gafas protectoras mientras trabaja con la lijadora para limar las asperezas de un tambor de madera. Su pelo, normalmente negro, está cubierto de serrín. Espero a que pare antes de entrar en la habitación.

—Quedará genial cuando añadas al pequeño tamborilero… ¿O es un soldadito?

Se da la vuelta y en su cara veo reflejada la misma expresión que la de mi madre unos minutos antes.

—¡Holly! ¿Qué haces aquí?

—Hola, papá…

No fundimos en un abrazo y me impregno de su calor. Inhalo su almizclado aroma a madera, un olor que solo relaciono con él. Luego se aparta un poco y me besa la mejilla. Aprovecho para darle el café y el bollito. Le da un sorbo a la

bebida y suspira.

—¡Ah, el dulce néctar de los dioses…! En fin, ¿qué te trae por aquí, cariño?

Le quito el serrín a un banco que está contra la pared y me siento.

—He venido por el cumple de mamá.

—Un poco pronto, ¿no? No es que me moleste, ¿eh? Es solo que de normal te pasas el finde de antes o de después.

—Bueno, este año he decidido pasar más tiempo con vosotros. Así os ayudo un poco, ¿te parece?

Una sombra oscurece su rostro.

—Ya veremos. Tal vez no haya mucho que hacer por aquí estos días, pero puedes ayudar a tu madre en la tienda.

—Bueno, aquí estaré ayudando de todos modos. La Feria del Juguete es dentro de un par de semanas, ¿me equivoco? —le respondo.

Mi padre frunce ligeramente el ceño, pero sus facciones se relajan cuando doy un paso al frente para abrazarle de nuevo.

—Me alegra mucho estar en casa, papá.

—Y yo me alegro de que estés por aquí, cariño…

Le beso en la mejilla y vuelvo a la tienda. Me quedo ligeramente apartada mientras mi madre atiende a una clienta y a su hija. Intento fingir que estoy curioseando y no escuchando a escondidas, pero es difícil no enterarme del debate que se han montado una madre y su hija adolescente.

—Mamáááá… ¡Literal[1] que estoy harta de las muñecas! —se queja.

—No es una muñeca, Marissa. Es un objeto de coleccionista. ¡Es única!

—Lol[2], mamá, ¿te crees que estoy jubilada? A todos mis amigos les regalan móviles u ordenadores por su cumple. ¿Cómo les voy a decir que a mí me han dado una muñeca de coleccionista? Qué *cringe*[3]…

—Ay, hija, siempre te han gustado las muñecas de La Peonza Juguetona…

—Bueno, cuando era niña, sí, pero ahora he crecido. ¡Ubícate!

No quiero oír más insolencias ni presenciar la mirada derrotada de mi madre mientras madre e hija siguen deambulando por la tienda, así que vuelvo a la parte de atrás y cojo una bolsita con juguetes de la estantería, luego hago ademán de salir para reunirme con ella, con una sonrisa dibujada en el rostro.

—No puedo creer que aún tengáis esto… Recuerdo lo emocionante que era encontrarlas en mi calcetín junto a la chimenea…

Vierto el contenido de la bolsita sobre el mostrador.

—¡Madre mía! Pero si son… ¡las muñequitas juguetonas! ¡Hacía años que no veía una de estas! —exclama la madre, que se vuelve hacia su hija y señala

las piezas de madera que hay sobre el mostrador—. Con estas puedes hacer tres muñecas distintas, pero también mezclarlas y combinarlas como quieras. Me encantaba jugar con ellas…

Miro a la niña, que pone los ojos en blanco, pero cuando se da cuenta de que la miro, agacha la cabeza.

Se le han bajado los humos.…

—¿Me pones tres, por favor? Serán un regalo complementario para el cumpleaños de mi hija.

—¡Por supuesto!

Vuelvo a la estantería, cojo dos bolsas más y les quito discretamente el polvo mientras mi madre se ocupa de la caja. Luego las envuelve en una de nuestras bolsas de marca y me la pasa con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Que disfrutes de tu día!

—Gracias… —dice la niña con sarcasmo.

—Vamos, Marissa.

La adolescente hace una mueca de hastío y sale de la tienda con su madre. La oigo luchar con uñas y dientes para que le compren un iPad por sus dulces trece y su madre le dice que se lo pensará.

—Maaaadre… ¿Qué les pasa a los niños de hoy en día?

Suspiro y me apoyo en el mostrador.

—Sin comentarios… —dice mi madre mientras cambia de sitio el expositor que tiene detrás.

La puerta se abre de repente, y al levantar la cabeza, veo que entra una pareja de ancianos. Se me ilumina el rostro enseguida.

—¡Señor y señora Callum!

—¡Holly! Hola, cariño. ¿Cómo estás?

La señora Callum me abraza cariñosamente y me besa en la mejilla.

—Estoy bien, gracias.

—¿Cómo te trata la vida en la gran ciudad, querida?

El señor Callum me apoya la mano en el hombro.

—Nueva York tiene muchas cosas buenas, pero me gusta más Evergreen.

—Bueno, ya sabes lo que dicen, querida: el hogar está donde dicta tu corazón… —La señora Callum me acaricia la mejilla antes de volverse hacia mi madre.

—En fin, Olivia, nos vamos ya. Gracias de nuevo por dejarnos usar tus herramientas y tu espacio.

—No hay problema, señora Callum. Esa mesa lleva su nombre… —Mi

madre le guiña un ojo y ellos se ríen.

Poco después, se despiden y salen de la tienda, y vemos con cariño cómo se alejan. Cuando mi padre se hizo cargo de la tienda hace más de veinte años, heredó también las visitas de los Callum. Son los mejores amigos de mis abuelos y siempre nos tratan como si fuéramos familia. De hecho, son como mis abuelos de pega, ya que los míos están en la otra punta del mundo.

—Holly, ¿me haces un favor y me pasas la caja de herramientas?

—¿Y qué pasa con los otros clientes que quieran usarla? —pregunto.

—No creo que tengamos muchos clientes más.

—Ah, vale…

Salgo obedientemente al porche acristalado a coger la caja de herramientas que dejamos allí para aquellos que quieran probar a fabricar sus propios juguetes y recuerdos. Esta zona está vacía, y parece que no se le ha dado mucho uso estas Navidades. Me esfuerzo por recordar cómo fue hace dos años, pero no puedo, ya que no estuve aquí ni setenta y dos horas, la mayoría de las cuales las pasé en casa o poniéndome al día con Violet.

Suspiro y vuelvo a mirar a lo lejos antes de meter la caja de herramientas en la juguetería. Me quedo en la tienda una o dos horas más, hasta que llega la hora de cerrar. Al final solo ha venido un cliente más y ha comprado unos bloques de madera para construir. Intento sonsacarle información a mi madre, pero ella cambia de tema.

—Es un día entre semana, por eso hay menos afluencia. Ya se animará el fin de semana y, ahora que se acerca la Feria del Juguete, estaremos mucho más ocupados.

—¿Entonces pensáis partici…?

Mi madre no escucha el final de mi pregunta. Cierro la puerta mientras ella va a buscar a mi padre al taller. Suspiro. Justo cuando estamos a punto de irnos, Ethan aparece y me guiña un ojo.

—¡Pero Hoooolly! ¡Qué sorpresa! ¡Imagínate tener que enterarme por mi mejor amigo de que estás en casa!

—¿Cómo? —Le miro sin comprender y entonces caigo en la cuenta—. ¡Ah, te refieres a Flynn!

Mi hermano me abraza.

—¿Hasta cuándo te quedas? ¡Vaya fechas!

Como si no lo supiera ya y me hubiera implorado que viniese…

—Hasta el cumple de mamá —respondo.

—¡Ah, claro! Ojo, eso es mucho tiempo… —señala.

—Sí. Pero hay que pasar tiempo con la familia, ya sabes. Es la única que nos ayuda cuando todo va mal, así que una visitilla de vez en cuando se queda corta.

—Cierto…

—¿Querías algo, Ethan? —pregunta mi madre mientras se pone el abrigo—. Estamos a punto de irnos.

—Estaba por la zona y pensé en pasarme a saludar.

—¿Por la zona? ¡Pero si el rancho de los Dawson está en el quinto pino! —dice mi padre mientras se pone los guantes.

—Bueno, quizá haya sido una corazonada. ¡Mi hermanita está en casa al fin!

Me abraza de nuevo y yo sonrío y le abrazo con fuerza.

—El clan Morgan vuelve a estar unido. Ojalá estar aquí siempre. Como cuando éramos niños, ¿verdad, Ethan?

—Estoy de acuerdo. Ser adulto y tener que hacer cosas de adulto es una mierda.

—Ay, hijo, qué grosero eres a veces… —dice mi madre.

Mi hermano y yo nos adelantamos mientras mis padres hacen una última comprobación de puertas y ventanas. Lo último que hace mi padre antes de irnos es encender las luces de Navidad. *Bueno, ya que siguen puestas…* En el crepúsculo, el alero y el porche se iluminan. Miro hacia arriba y me doy cuenta de que estas fiestas incluso colocó los renos voladores en el tejado.

—Ethan, no sabía que las cosas fueran tan mal… —digo mirando a mi hermano—. Hemos tenido dos clientes en tres horas.

—Pues ha sido un buen día, entonces. Están muy preocupados, Holly. Quiero decir, no es que vivamos en la pobreza extrema ni nada por el estilo, y sabes que mamá y papá podrían cerrar la tienda y vivir cómodamente de la herencia del bisabuelo, pero eso no es lo importante. Ellos adoran esta tienda. Todos la adoramos. Ha estado en nuestra familia durante décadas. Y lo pasaría fatal si tuviera que cerrar. Ha traído tanta alegría a este pueblo…

—Pues nosotros nos encargaremos de que siga haciéndolo.

—¿Qué has pensado? —Me mira con curiosidad.

—Aún nada concreto. Pero quizá tenga una idea. ¡Chis, ahí vienen! ¡Ni una palabra!

Mi hermano hace el gesto de sellar sus labios a cal y canto y tira la llave imaginaria muy, muy lejos.

—¿Qué os traéis entre manos, jovencitos?

Los ojos de mi madre centellean al mirarnos.

—No han pasado ni cinco minutos y ya están conspirando, Livvie —dice mi

padre con una sonrisa mientras ayuda a mi madre a subir al SUV[4]—. Será mejor que andemos con cuidado.

—No tramamos naaaada… ¡Prometido!

Ethan levanta las manos en señal de inocencia. Mi madre baja la ventanilla del coche y asoma la cabecita.

—¿Te quedas a cenar, hijo?

—Esta noche no, mamá. Tengo que volver al rancho. Esta mañana ha habido un par de problemillas, así que quiero asegurarme de que todo va bien.

—Vale. Nos vemos en casa, Holly.

—Sí, mamá…

Vemos cómo salen del aparcamiento y se incorporan a la carretera. Me vuelvo para mirar la juguetería de nuevo.

—Quisiera agitar una varita mágica y arreglarlo todo —Suspiro.

—Tú y todos, hermanita…

Miramos en silencio cómo parpadean las luces. Después de lo que parece una eternidad, Ethan me acompaña al coche. Una vez estoy en el asiento del conductor con la ventanilla bajada, se agacha y me besa en la mejilla.

—Estoy muy contento de tenerte en casa, Holly, aunque el motivo por el que hayas venido no sea tan alegre.

—No debería haber estado fuera tanto tiempo. Me pone triste haberme perdido las fiestas. Tengo que venir a casa más a menudo.

—O podrías buscarte un tío con el que sentar la cabeza… Ya sabes, uno guapo y majete. Así podrías vivir aquí.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Con qué amigo intentas emparejarme ahora?

—No sé de qué me hablas.

Ethan me guiña un ojo y se aleja con las manos metidas en los bolsillos antes de que pueda seguir insistiendo.

—¡Conduce con cuidado! —le grito desde el coche.

—¡Lo mismo digo!

Mi hermano espera a que arranque y me sigue. Nos separamos en el cruce: giro a la izquierda hacia casa de mis padres, y él, a la derecha, para ir al rancho. Disfruto del resto del trayecto hasta casa y admiro las casitas del pueblo. *En comparación con la juguetería de mis padres, se ven bastante sosas…* Unos minutos después, entro en el garaje junto al SUV y cierro la puerta que me habían dejado abierta. Me dirijo al recibidor, dejo las botas junto a la puerta y me detengo al oír voces.

—Nunca había ido tan mal la cosa, Mark. ¡Mira lo que pasó estas Navidades! Y hoy… si no fuera por Holly, creo que no habríamos vendido nada esta tarde.

Percibo la angustia en la voz de mi madre. Mi padre emite un suspiro largo y pesaroso.

—Quiero tener esperanza, Livvie, pero a estas alturas, solo nos queda rezar. Sé que necesitaríamos un milagro, pero me partiría el alma tener que cerrarla. ¿Qué les diría a mis padres?

—Entenderían que no es culpa tuya. Tu padre dijo que no se lo tomaría como algo personal si alguna vez decidías cerrar la juguetería.

—Pero es el negocio familiar y siento que he fracasado, cariño… —argumenta mi padre.

—No, cielo. Llevas años reinventado el negocio una vez tras otra, Mark, y eso no es poco. No hay nada de lo que avergonzarse: has hecho que La Peonza Juguetona funcione.

—Tienes razón, Livvie. Como siempre. Ojalá fuera algo que pudiéramos dejar a nuestros hijos, un legado como el que me tocó a mí.

—Ya lo sé, ya. Pero las cosas cambian, el tiempo lo pone todo patas arriba. A Ethan le encanta ser ranchero y Holly adora la moda. A menos que sean muñequitos de vaqueros y modelos, no me los imagino haciendo juguetes. Ni tampoco se lo pediría. Hemos vivido nuestras vidas exactamente como queríamos. Ellos se merecen lo mismo —Mi madre guarda silencio unos instantes—. Venga, vamos a preparar la cena antes de que llegue Holly.

Siento un gran pesar en el pecho mientras los escucho mover cosas en la cocina. Vuelvo al garaje a escondidas. Su conversación resuena en mi cabeza y no sé cómo tomármela. *¿Por eso nunca han dicho una palabra sobre sus problemas?* Se me saltan las lágrimas. *¿Tanto nos quieren nuestros padres? ¿Abandonarían el negocio familiar antes que echarnos la culpa u obligarnos a perpetuar la tradición?* Ahora sí que sí: tengo que encontrar la manera de solucionar todo esto. He de conseguir que las generaciones venideras de Evergreen Creek se enamoren de La Peonza Juguetona y reavivar el entusiasmo de las que crecieron con ella. Mañana me buscaré a un equipo y empezaré a planificar la operación para salvar La Peonza Juguetona.

Después de cenar, mientras estoy tumbada en la cama mirando al cielo estrellado a través de la ventana, mis pensamientos se entremezclan, forman un amasijo de ansiedad. Necesito seleccionar a mi candidato para el rescate: la idea del millón de dólares. Poco a poco, mis maquinaciones van tomando forma: salto

de la cama y cojo mi bloc de notas. Una hora más tarde, mis garabatos cobran al fin sentido. Mañana a primera hora llamaré a Ethan, luego a Violet. En un par de horas, el plan estará en marcha y mi madre y mi padre ni siquiera lo sabrán.

---

[1] *N. de la T.* Uso como adjetivo en vez de adverbio (*literalmente*) que se documenta en hablantes jóvenes para enfatizar lo que sigue.

[2] *N. de la T.* Acrónimo que en inglés significa *laughing out loud*. Los jóvenes lo utilizan para expresar una risa irónica o pasivo-agresiva.

[3] *N. de la T.* Anglicismo utilizado principalmente por la generación Z que significa «lache», «tericia», «tirria», etc.

[4] *N. de la T.* Siglas en inglés de «vehículo utilitario deportivo».

4

Flynn

Uso mi mano de visera mientras contemplo el sol naciente en el horizonte. Me apoyo en el lateral de mi caravana y observo el cielo cambiar de color. Es uno de mis momentos favoritos del día. Se respira paz y tranquilizad, y casi puedo oírme pensar.

Esta mañana tengo material de sobra para comerme la cabeza, sobre todo teniendo en cuenta lo que soñé anoche. ¿Queréis una pista? *Flashbacks* de café y chocolate y de cierta persona de pelo castaño y ojos azules. Además, no es por nada, pero no ayuda que tenga que trabajar todo el día con su doble.

Y hablando del rey de Roma…

Giro la cabeza cuando Ethan sale de su caravana y se acerca a mí.

—No hay quien se canse de esto, ¿eh?

Le miro: él también tiene los ojos fijos en el horizonte.

—No.

—Tú también lo ves, ¿verdad?

—Sí.

No me hace falta preguntar a qué se refiere. Cuando éramos adolescentes, soñábamos con ser rancheros. Cuando se presentó la oportunidad de gestionar el rancho de mi padre, Ethan se subió al barco sin hacer preguntas. De hecho, el haber terminado hace poco una carrera con itinerario en Gestión Agrícola le vino de perlas, y en este sentido, no solo tenía las habilidades, sino la cualificación necesaria para el trabajo.

Unos años más tarde, cuando me hice con mi propio rancho, él me apoyó en todo momento. Y desde que decidimos dedicarnos juntos al negocio de la ganadería, Ethan y yo hemos soñado con extender nuestras tierras hasta donde nos alcance la vista: ganado vacuno, equino y de todo tipo. Para empezar, claro. Y eso es exactamente es lo que vemos al fijarnos en esos acres por arar.

No podría tener un mejor amigo que Ethan Morgan. Sé que me será fiel hasta el fin de nuestros días, y por eso, todo lo que sentía por Holly, eso que pensé que había dejado atrás cuando se fue de Evergreen, pero que ahora ha vuelto, me exaspera. No quiero estropear mi relación con mi mejor amigo liándome con su hermana.

—¿Crees que lo conseguiremos, Flynn? —pregunta Ethan.

—Sí —respondo con seguridad.

El silencio se instaura entre nosotros mientras seguimos admirando el amanecer. No tardamos en escuchar los suaves balidos de las cabras al despertarse y poco después, nos afanamos con nuestras tareas matutinas. Después de ocuparnos de las cabras y las pocas gallinas que tenemos, nos preparamos el desayuno.

—Nos estamos quedando sin nada que llevarnos a la boca. ¿Vas a acercarte al pueblo hoy? —pregunta Ethan.

—Puede que sí. Pero si acabas yendo antes que yo, avísame.

Ethan asiente.

—¡Pues claro! Aunque bueno, colega, no creo que Holly se pase por ninguna cafetería hoy, así que tus camisas estarán a salvo.

Levanto la vista y veo sus ojos llenos de picardía y diversión. Vuelvo a mirar mi plato.

—¿Cómo sabes eso?

—Me lo ha dicho un pajarito. Me encanta tener a mi hermana en casa.

—¿Se va a quedar hasta el cumpleaños de tu madre? —pregunto.

—Sí, por lo menos. En fin, menos es nada. Ojalá encontrara un buen chico, se quedara aquí y me hiciera tío de una vez.

—¿Y por qué no te casas tú con alguien y la conviertes en tía?

Mi colega se encoge de hombros.

—Bueno, eso está por ver…

Sospechoso…

Entrecierro los ojos: me ha picado el gusanillo de la curiosidad.

—¿Tienes a alguien en mente?

—La verdad es que no. Bueno, alguien me interesa, pero no estoy seguro de que sienta lo mismo por mí. En fin, es… complicado.

Algo hace clic en mi cabeza. Ben había dejado caer la posibilidad de que Ethan sentara la cabeza, y ahora que se lo he oído decir, me he puesto de los nervios. Mi amigo debe de haber notado mi agitación, porque se vuelve hacia mí y dice:

—Sabes que cuando me decida por alguien, serás el primero en saberlo, ¿no?

—Hombre, ya me lo imagino —respondo.

—Y sé que tú harás lo mismo con independencia de quién sea, ¿eh o qué? —Ethan me dirige una mirada inescrutable.

—Sí, claro…

Lavamos los cacharros en silencio y nos dirigimos al establo para ensillar las

monturas y cabalgar un rato siguiendo la cerca.

—Fui yo quien le pidió a Holly que volviera a casa un poco antes, ¿sabes? Me preocupa la juguetería.

—¿Y crees que el hecho de que esté en casa puede arreglarlo?

—Tal vez. O tal vez no —Ethan se encoge de hombros—. Mi hermana es muy ingeniosa y cuantas más cabezas pensantes se empeñen en salvar la tienda, mejor. Y si nada funciona, al menos podremos decir que lo intentamos.

De repente, suena su teléfono. Ethan mira la pantalla y sonríe.

—Seguro que le pitaban los oídos. ¡Hola, Holly! —contesta a la llamada.

Me alejo un poco para darle algo de intimidad y me pongo a pensar en la conversación que hemos tenido esta mañana. No sé quién le habrá contado a Ethan lo de mi encontronazo fugaz con Holly. Además, me decepciona un poco que no haya venido a casa porque quería, sino porque la llamó su hermano.

Sigo revisando la cerca y, de paso, me reprendo por sentir algo por Holly después de todos estos años.

Es como una hermana pequeña para ti, Flynn. Lo de tener una relación con ella está fuera de lugar…

Frunzo los labios al pensar en que la conozco prácticamente de toda la vida. Ethan y ella eran uña y carne: para algo son gemelos. Luego vino Violet, su mejor amiga, e hicieron piña como Ethan y yo. Los cuatro íbamos juntos a todas partes. Empecé a fijarme en Holly cuando llegamos a la adolescencia y me di cuenta de que se volvió mucho más tímida conmigo. Cuando éramos pequeños, en verano solíamos corretear semidesnudos, pero llegados a cierta edad, de repente fue consciente de que debía taparse. Me pareció curioso, especialmente porque a las demás chicas no les importaba enseñar. En ese momento, supe que se había enamorado de mí. Yo también me pillé por ella, pero lo llevaba en secreto. Hasta se lo oculté a Ethan.

Luego crecimos y nos fuimos distanciando, así que el efecto del primer flechazo se desvaneció, sobre todo cuando me convertí en el centro de la atención femenina del pueblo. La etapa del instituto pasó volando y yo me divertí todo lo que pude, pero cuando quise volver a fijarme en Holly, ya se había ido. La universidad me la arrebató en su momento y ahora su hogar está en la Gran Manzana. Y sé por mi propia familia que, una vez que la ciudad te clava sus garras, no hay vuelta atrás. Nadie quiere volver a Evergreen. Con todo, de vez en cuando siento ese cosquilleo por Holly. Y ahora mismo, esa sensación está floreciendo, se está exacerbando.

Necesito calmarme. Quizá deba seguir el consejo de Ben y echar un polvo

con otra. Así me desahogaré y dejaré de pensar en la hermana de mi mejor amigo y en cuanto la deseo. Pero aunque no dejo de regañarme, un extraño apetito se apodera de mis entrañas y me dice que lo que siento por ella no es solo lujuria. *¿Qué será, entonces? Desde luego, amor no es. Holly es como de la familia, así que no se me permite.* Dejo a un lado mis pensamientos y sigo echándole un vistazo a la verja hasta que Ethan vuelve. Se le ve bastante sonriente.

—Te dije que Holly tendría alguna idea para arreglar las cosas. La conozco: cuando se le mete algo en la cabeza, no hay forma de que lo deje estar. ¡Es una máquina! A veces se me olvida que tiene su propia línea de moda a los veintisiete. ¡Qué orgullo de hermana!

—Seguro que está igual de orgullosa de ti. Te ocupas de dos ranchos enormes, y eso no es poco —le digo.

—Sé que lo está.

Cabalgamos un rato más en silencio antes de abordar un tema que no consigo sacarme de la cabeza.

—Ethan, ¿crees que alguna vez querrás tener tu propio rancho? Ya sabes, una granja a tu nombre y esas cosas…

—¿Pretendes deshacerte de mí o qué?

Ethan me mira y sacudo la cabeza.

—Eso nunca, tío. Solo digo que… si encontrases una buena chica y decidieses llevar tu propio rancho, no te lo impediría.

—O también podría casarme, formar una familia y seguir administrando estos dos ranchos. No creo que ser propietario de un rancho sea lo mío. Puede que me compre unas tierras pequeñitas y algo de ganado para sustentarme a diario, ¿pero algo como lo que Ben y tú tenéis? ¡Ni de coña! Me conformo con trabajar para mi colega. No te vas a librar de mí tan fácilmente…

Sonrío.

—Ni se me ocurriría pensarlo…

—¿A qué viene toda esta charla sobre relaciones? ¿Sientes algo por alguien? No será Brooke, ¿verdad? —dice con desaprobación—. Por Dios, que no sea Brooke… Si alguien necesita mudarse a la ciudad, es ella. Los que quieres que se muden no lo hacen nunca, y los que quieres que se queden, se piran. ¿Qué pasa en este pueblo?

—No, tío, es solo que Ben y yo estuvimos hablando del tema. No estamos haciendo mayores y es posible que pronto queramos otras cosas. Y no, no tengo a nadie en particular en mente, y si lo tuviera, definitivamente no sería Brooke.

Ese barco zarpó cuando terminamos el instituto.

—Yo diría más bien que se hundió nada más zarpar. Espero que nunca salga a flote… —dice Ethan.

—Te aseguro que por mí no será. Mejor que se quede en las profundidades del mar.

Nos reímos un buen rato mientras recordamos nuestras aventuras del instituto y de los veintipocos. Dejamos a los caballos en el establo y subimos a coches separados para dirigirnos al rancho de mi padre. No nos costó mucho asumir que lo mejor es coger cada uno su camioneta, ya que a menudo, nuestros caminos se suelen separar en algún momento del día.

Ethan se mete en la oficina y yo me dirijo a los establos. Mientras me subo a la montura, vuelvo a pensar en las últimas veinticuatro horas y en la retahíla de conversaciones crípticas que he mantenido con los de mi entorno. Cada vez que me acuerdo de Holly, siento ese cosquilleo en el corazón y en mis pantalones. Intento deshacerme de él, pero a la hora de comer, me siento como si hubiéramos retrocedido diez años en el tiempo, a un momento y un lugar en el que me moría por Holly. Ahora que lo pienso, no creo que me haga daño ser majo con ella mientras esté aquí. Y por lo que dice Ethan, tan solo serán unas semanas, así que…

Se me ocurre una idea y la dejo macerar para que vaya tomando forma. Me pone nervioso pensar en lo que sucederá. Tengo muchas probabilidades de que cuaje, ya que Holly nació y creció aquí, pero no debo olvidar que ahora vive en la ciudad. Pero tal vez, solo tal vez, pueda armarme de valor y hacer aquello de lo que no fui capaz cuando ella se fue a la universidad. Quizá pueda ganármela y puede que consiga la aprobación de Ethan… si eso ayuda a que ella se quede en Evergreen.

¿Será capaz un chico de campo como yo de enamorar a una chica de ciudad en tan solo un par de semanas?

5

Holly

—¿Diga?

—Hola, Holly —responde mi hermano—. Estoy en la oficina. Siento lo de antes, pero ya sabes que no hay mucha cobertura en el campo.

—Tranquilo. ¿Habéis terminado?

Ladeo la cabeza para apoyarme el teléfono en el hombro y sujetarlo con el moflete mientras me siento en la cama para ponerme los calcetines.

—Sí, así que venga, cuéntame eso que se te ha ocurrido.

—He pensado que estaría bien organizar una serie de eventos antes de la Feria del Juguete. Y ese mismo día, podríamos rematarlo con una gala o similar, en plan un espectáculo de variedades. ¿Qué te parece? Se me ocurre… no sé, gente bailando, cantando, actuando, tal vez un desfile de moda…

—¡O algún concurso! Esas cosas siempre atraen a la gente —sugiere Ethan.

—¡Qué idea más chula! Estaría guay hacerlo por edades. Así no dejaremos de lado a nuestro público objetivo, que son los niños —Suspiro—. Ethan, la niña de ayer me rompió el corazón. Y si todos sus amigos son como ella, no es muy buena señal. ¿Qué les espera a negocios como el de nuestra familia? Muy pronto todos comprarán regalos y demás en los grandes almacenes de la ciudad y las jugueterías desaparecerán de la faz de la tierra.

—Sí, está claro que señales hay por un tubo. La cafetería del pueblo, por ejemplo, se traspasó de un día para otro, pero yo creo que le quedan días contados. Al fin y al cabo, hay un Starbucks a pocas manzanas.

—Puf, ¿y qué me dices de mamá y papá? Suenan muy depres. Los oí hablar ayer por la tarde y parece que han tirado la toalla. No quiero que La Peonza Juguetona cierre o que tengamos que traspasar el negocio. Lamentablemente, ninguno de los dos tenemos maña suficiente para hacer algo que valga la pena, y además, tenemos sueños distintos. Volvería aquí volando si pudiera, ¿sabes?

Nos quedamos un rato en silencio, con el teléfono en la mano. Me acerco al espejo y empiezo a cepillarme el pelo.

—Bueno, ¿y cómo van a ayudar exactamente estas actividades a La Peonza Juguetona? —pregunta Ethan.

—Pues a ver, nos conviene recuperar el interés de la gente del pueblo no solo por lo que vendemos, sino también para honrar a La Peonza Juguetona. Ayer una

señora flipó en colores al ver una muñequita por piezas de las que fabricaba papá. Fue como si volviera a ser una niña —Miro mi reflejo y me arreglo un mechón de pelo rebelde—. Si conseguimos recuperar ese sentimentalismo en las generaciones adultas y mostramos a los jóvenes el valor de la comunidad, habremos cumplido nuestro objetivo.

—Quieres basarte en el valor sentimental, ¿eh? Me gusta, pero… ¿Y las finanzas de la tienda? ¿Cómo vamos a remontar las ventas?

Me muerdo el labio.

—Bueno, aún no he descubierto la panacea, pero de forma indirecta, con cierta visibilidad, quizá vengan más clientes…

—¿Con quién piensas encargarte de todo esto? —pregunta.

—Bueno, contaba contigo de serie. Y creo que llamaré a Violet en un par de minutos.

—Fijo que Flynn también se apunta.

De repente, se me para el corazón. Me quedo un par de segundos callada antes de decir:

—¿Flynn? ¿No estará ocupado?

—Seguro que nos busca un hueco. Hazme caso. Además, solo tenemos que asegurarnos de mantenerte alejada de cualquier bebida mientras él ande cerca —me vacila.

—Pero ¿cómo leches te has enterado de eso?

Se ríe entre dientes.

—Tengo mis fuentes. Recuerda, hermanita: este es un pueblo pequeño y las noticias vuelan.

—Bueno, en cierto modo, dependo de esa red de comunicación avanzada para que todo esto salga adelante…

—Créeme, Holly, una vez que se empiece a correr la voz, todos en Evergreen Creek querrán aportar su granito de arena. Solo espero que sea sostenible a largo plazo para que la tienda aguante un par de años más. En fin, me tengo que ir. Luego nos vemos. ¡Mantenme informado!

—Lo haré. Te quiero, pesado.

—Yo también te quiero, pequeñaja.

—¡QUE TENEMOS LA MISMA EDAAD!

Mi hermano no me deja acabar la frase.

Termino de arreglarme y me dirijo a la cocina, donde encuentro café hecho y el desayuno en el microondas. Mis padres suelen irse a la juguetería en cuanto sale el sol, aunque no abre hasta las nueve. Engullo los huevos revueltos, el

beicon y las tortitas y aprovecho para hacer lluvia de ideas en mi bloc de notas. Para cuando termino el café y meto el plato y la taza en el lavavajillas, tengo tres páginas más llenas de ideas. Pero en lugar de posibles actividades previas a la Feria del Juguete, tengo otra línea de pensamiento basada en algo que dijo Ethan: quizá La Peonza Juguetona no tenga que cambiar de dueños. Al fin y al cabo, ¿hay alguna norma que diga que el propietario del negocio familiar tenga que ser un fabricante de juguetes? Me guardo esa idea para ponerla en común más tarde con Ethan.

Busco el móvil y marco un número que me sé de memoria. Sonrío cuando descuelgan al otro lado de la línea.

—¡¡¡PERO NEEEEEEENA…!!! ¡Explícame por qué he tenido que esperar a la mañana siguiente de tu llegada para enterarme de que estás aquí! ¡Me tienes olvidada!

Violet me grita al oído y me arranca una sonrisa.

—¡Lo sieeeeeento, Vi! Han pasado tantas cosas a la vez que apenas he tenido tiempo de ponerte al día.

—Bueno, bueno… Me han dicho que has tenido tiempo de sobra para tirarle a Flynn un par de cafés por encima, ¿eh, pillina?

—Pero ¿por qué lo sabe todo el mundo? —Frunzo ligeramente el ceño.

—Se te olvida que vives en un pueblo pequeño. Bueno, ¿qué me cuentas?

—¿Dónde estás? Quiero contarte algo en persona.

—Estoy en el estudio. Ponte algo que no te importe ensuciar. Ya sabes que aquí la pintura y la arcilla vuelan.

—Vale. Nos vemos en un rato.

Sigo el consejo de Violet y me pongo algo que me traiga sin cuidado manchar. Mientras conduzco hacia la casa de mi mejor amiga, alucino con cómo ha conseguido lo que quería. Vi siempre quiso ser artista, desde que éramos niñas. Me refiero al tipo de artista que pinta sobre un lienzo, arroja un montón de barro a una rueda y de repente… ¡bum: una obra maestra! Muchos pensaban que para que su arte tuviera éxito tendría que dejar Evergreen, pero después de la uni volvió a casa, convirtió el garaje de sus padres en un estudio y en un año ya trabajaba por encargo para varios clientes exclusivos. A muchos de mis clientes les pirra la colección de VR de mi estudio de moda. Por mi parte, me aseguro de que no se sepa que esta mujer es como una hermana para mí.

Aparco junto a su furgoneta y me apresuro a entrar en el garaje.

—¡Ya estoy aquí, Viiiiii!

Extiendo los brazos y ella se da la vuelta y deja el lienzo sobre el caballete.

—¡Hola, mi niña! —Viene hacia mí y me da beso en la mejilla.

—¿Qué estás pintando?

Me acerco con ella al caballete de tres metros de ancho y miro el paisaje. Hay una fotografía recortada en la esquina superior, que es la que está plasmando en el lienzo.

—Es un encargo. Por lo visto, la madre del cliente creció aquí —Señala la fotografía—, pero ya no está para ir de un sitio a otro, así que su hijo me pidió algo grande y realista que le recuerde a su antiguo hogar.

—Me gustaría saber cómo piensas a meter este mamotreto en la furgoneta…

—Van a venir a recogerlo.

—¿Alguien que yo conozca? —le pregunto.

Ella arruga la nariz y me mancha la mejilla con un poco de pintura.

—Sabes que no soy de las que van por ahí hablando de sus encargos —Le saco la lengua y se ríe—. Tú más que nadie deberías entender la confidencialidad con el cliente. ¿O es que tú vas largando por ahí a quién vistes?

—Pues también es verdad. Pero está precioso. Si alguna vez decido mudarme muy lejos de Evergreen, te encargaré que me pintes la vista desde lo alto de la colina.

—Eso nunca ocurrirá —dice, y yo la miro bruscamente, un tanto sorprendida por su respuesta.

—¿Lo de que yo me mude lejos del pueblo o lo de que me acabes pintando la colina? —pregunto.

—Ninguna de las dos cosas. Te conozco, Holly. Si pudieras trabajar como yo, estarías aquí, pero tienes que tratar físicamente con tus clientes varias veces antes de desentenderte de Nueva York. Estás haciendo lo que tienes que hacer. Pero en cuanto puedas liberarte un poco, volverás aquí, ¿a que sí?

—¿Cómo me conoces tan bien, Vi?

—Porque sé lo que siente tu corazoncito. Y él está en Evergreen, en todos los sentidos posibles, ¿me equivoco?

Me guiña un ojo mientras limpia sus pinceles y me sonrojo.

—Déjalo ya, Vi…

—Sigue soltero, Holly —dice, ignorando mi comentario.

—Seguro que prefiere a alguien que esté más cerca de casa…

—O quizá esté esperando a que vuelvas a casa.

—¿Y por qué haría eso? No hubo nada entre nosotros aparte de amistad.

—Holly, tú y yo sabemos que había posibilidades de que pasara algo. Pero luego te fuiste a la universidad y él heredó el rancho. Y más tarde, cuando

pensábamos que por fin conseguiríais entrar en razón, huiste a Nueva York.

—¿Por qué hablas en plural?

Se da la vuelta y agita las manos de forma acelerada, pero juraría que veo cómo se le sonrojan las mejillas.

—Ya sabes que es solo una forma de hablar. Un error de concordancia, nada más. En fin, el caso es que creo que deberías pasar algo de tiempo con Flynn y hacer algo más que rociarlo con café.

—Y supongo que no vas a decirme cómo te enteraste de eso…

—¡Efectivamente, no! —Se acerca de nuevo y me da un abrazo de los grandes—. Me alegro taaaanto de verte, Holly… Y también de que vayas a estar aquí un tiempo.

—Yo también me alegro de verte, Vi, pero necesito decirte por qué estoy aquí.

—Em… Sí, claro, vamos adentro. Tengo que cambiarme y hacer unos recados.

—O sea que me has hecho ponerme estos harapos y ahora vas a adecentarte. ¡Vi, que parezco un trapo cochambroso…!

Mi amiga sonríe mientras subimos a su habitación.

—Pero tenemos la misma talla, ¿recuerdas? Y hablando de tallas: necesito un vestido para mi próxima exposición. Es en primavera, así que no queda mucho.

Rebusco en su armario hasta que encuentro un jersey.

—Pues ya sabes lo que hay que hacer. Envíame los colores y la idea general que tengas. Y por favor te lo pido, elige un color de pelo que no desentone con lo que haga. ¿Cómo se llama el tono que llevas ahora? —digo, señalando el pelo casi blanco que se enmaraña sobre su cabeza.

—Sosiego invernal, querida. ¿Te gusta? —Se toca el pelo y posa.

—No dejes de pintar. El modelaje no es lo tuyo —Me quito la camisa vieja que llevo y me pongo su jersey. Me miro en el espejo mientras ella se cambia—. ¿Por qué me resulta familiar este jersey?

—Quizá porque me lo prestaste cuando fui a Nueva York hace un año y nunca te lo devolví.

—Te preguntaría qué más tienes aquí que te haya «prestado» y jamás me hayas devuelto, pero luego harías una redada en mi apartamento y acabaríamos en las mismas, así que supongo que estamos en paz.

—Eeeexacto. ¿Lista? —Me mira.

—¿Vamos en mi coche o en el tuyo?

—El tuyo está más limpio. ¡Arreando!

Salimos a la calle y nos dirigimos al centro de la ciudad.

—¿Qué era tan importante como para hablarlo conmigo en persona en vez de por teléfono?

Le cuento la versión resumida del problema al que se enfrenta La Peonza Juguetona. Ella escucha en silencio, como siempre.

—En fin, lo que quiero es organizar algún tipo de evento para devolver algo de vida a la tienda y traer de vuelta algunos recuerdos a la vez que creamos otros nuevos.

—¿Qué habías pensado?

—He hablado con Ethan y estábamos barajando una especie de concierto o espectáculo de variedades. Tal vez algún concurso o similar. No lo sé. Todavía tengo que concretar un poco las ideas. Y ahí es donde entras tú: voy a necesitar tu ayuda para organizar todo esto.

—Mmmm… Parece mucho trabajo. Mira, ¿sabes lo que te digo? Ayúdame con mis recados y luego volvemos a mi casa y nos ponemos manos a la obra.

—Trato hecho.

Tres horas más tarde estamos en la mesa de su cocina. Hay hojas esparcidas por todas partes. Cojo una pila de papeles y los hojeo por encima.

—A ver si lo he entendido —dice Vi—: vamos a tener dos categorías distintas de eventos. Una será de continuo, como los concursos, la fabricación de juguetes, la repostería, la pintura, la artesanía, etc., y la otra tendrá lugar la noche de la inauguración de la Feria del Juguete. Ahí habrá un concierto y un desfile de moda. ¿Cierto?

—Sí, pero no olvides que habrá que ensayar y buscar una temática para el concierto. También necesitaremos mucha publicidad y materiales para casi todo: el escenario, los concursos, etc.

—¿Y pretendes hacer esto en tres semanas? ¡Madre mía! Ya solo con los permisos… nos puede llevar más de la cuenta.

Me pongo blanca y la miro estupefacta.

—¿Los permisos?

—Sí. Para este tipo de cosas, especialmente para el espectáculo de variedades, tenemos que ir al ayuntamiento para que nos concedan los permisos. Además, pretendes pegar carteles por todas partes y estoy segura de que vas a querer que os promocionen en todos los medios de comunicación habidos y por haber. Pues para eso, amiga, se necesitan permisos.

Gruño.

—¡Mierda, es verdad! No había pensado en eso…

—Escucha, déjame hablar con papá esta noche. A ver si conoce a alguien en el ayuntamiento que pueda acelerar esto teniendo en cuenta las prisas y el motivo por el que vamos a liarla tanto. No creo que nos pongan pegas por algo que beneficiará a Evergreen Creek. Solo hemos de tener muy claro lo que hacemos y cómo vamos a llevarlo a cabo para que sepan qué esperar.

Me masajeo las sienes y suspiro.

—¿Cómo he podido olvidarme de los permisos? Dios, voy a necesitar un montón de ayuda…

Violet se ríe y yo levanto la vista.

—Tranquila, Holly. Si alguien puede sacar esto adelante, eres tú. Ya sabes que Ethan y Flynn también están en el ajo.

—Pareces muy segura…

—Ethan es tu hermano, así que raro me parecería que no quisiera participar. Y allá adonde va Ethan, Flynn va detrás. Está más claro que el agua.

—Bueno, todavía tengo que preguntarle a Flynn. Tampoco es plan de asumir que dejará todo lo que está haciendo para ayudar.

—Confía en mí: lo hará.

—Y dale… Todavía tengo que preguntarle, tonta —le digo.

Mi amiga sonríe. La verdad es que solo pensar en la posibilidad de trabajar mano a mano con Flynn me pone nerviosita. Lo mejor y lo peor que podría pasar es que me dijera que no.

—Por cierto, vas a tener que hablar con tus padres de esto —dice.

—No quiero que se enteren.

—Bueno, pues una vez repartamos los folletos, se van a enterar, ¿no crees? Además, en Evergreen no hay secretos, a menos que seas realmente buena ocultando cosas. Hablo de un agente infiltrado que sepa lo que se hace, y no de un topo en plan mierdero. No te ofendas. Te adoro, amiga, pero ya me entiendes. En fin, hazme caso, yo sé de lo que me hablo… —Susurra la última parte para sí misma con una sonrisa maliciosa que desaparece cuando levanta la vista y ve que la estoy mirando—. Bueno, cuanto antes hables con ellos, mejor.

—Me da que primero tengo que hablar con Ethan para averiguar qué vamos a hacer exactamente y cómo abordar el tema.

—Pues tictac, amiga. Llámale ahora mismo.

—Pero ¿y si está ocupado? Flynn y él suelen estar sin cobertura.

—Puede que esté en la oficina del rancho. Venga, llámalo —insiste.

Saco el teléfono del bolsillo y marco su número.

—¿Diga?

—¡Ethan! ¿Puedes hablar?

—¡Obvio, microbio! Acabo de volver a la oficina. ¿Qué pasa?

Le cuento lo que hemos planeado Violet y yo a lo largo del día.

—Me parece perfe, Holly. ¿Crees que con nosotros cuatro bastará?

—Puede que necesitemos un poco más de ayuda, pero creo que es factible. Hay algunas cosas que tenemos que asegurar cuanto antes, sobre todo el tema de los permisos y folletos. Y luego… —Hago una pausa y respiro hondo—. Bueno, tenemos que decirles a mamá y papá lo que estamos haciendo y por qué. De todos modos, van a enterarse de que sé que la tienda no va bien. ¿Te parece bien cargar con la culpa de eso último?

—Tampoco me queda otra, ¿no, hermanita?

—Ya, bueno, pero seguro que hay una manera de suavizar las cosas y llegar a una especie de acuerdo. Anoche oí que decían que ninguno de nosotros tiene interés o tiempo para llevar el negocio. Pero ¿es necesario que fabriquemos los juguetes nosotros mismos para ser los gerentes de la tienda?

—¿A dónde pretendes llegar, Holly?

—No quiero que la juguetería deje de ser de nuestra familia.

—Ya, ni yo tampoco.

—Vale, pues… ¿Y si nos hacemos copropietarios y contratamos a un juguetero?

6

Flynn

—¡Lo dicho, tío! Cuando se trata de hermanas, tuve una suerte increíble. Holly es un amor. Una perla… Ya sabía yo que había hecho bien en contarle lo de la tienda.

Me vuelvo hacia Ethan mientras ensillamos los caballos para revisar las verjas de nuevo, esta vez en el turno de tarde.

—¿Qué ha hecho esta vez Wonder Woman?

—No hace ni veinticuatro horas que ha vuelto y ya está dándole caña al asunto. Por cierto, te olerás que formas parte del equipo, ¿no? —dice Ethan.

—Ayudaré en lo que pueda. Bueno, ¿qué ha planeado?

—En un día (repito: un día) ha ideado un evento que hará que los vecinos de Evergreen Creek se entusiasmen como nunca. Y si consigue lo que se propone; bueno, mejor dicho: cuando lo consiga, mi hermana será la comidilla del pueblo durante los próximos años.

—Pero ¿qué va a hacer?

Guío a Cal fuera del establo, con lo que obligo a Ethan a seguirme mientras cubre de elogios a Holly.

—Un desfile de moda, clases de repostería, un concierto, un taller de juguetes… todo lo que te imagines y más. ¡Me muero de ganas de ayudarla con todo!

—Vale, pero ¿estás seguro de que el evento del siglo ayudará a la tienda de tus padres?

—Lo tengo clarísimo. Verás, según Holly, todas las actividades girarán en torno a la tienda. El objetivo es guiar a la clientela a la juguetería y, por ende, incitar al consumo. Para empezar, tendrán que inscribirse allí. Algunos talleres se impartirán en el porche acristalado y puede que tengamos que montar algún tipo de estructura en algún lugar del aparcamiento. De hecho, se me ocurre que podemos aprovechar para preparar al pueblo de cara a la Feria del Juguete. Nos lo tomaremos como una previa.

—Guay. ¿Y dónde entro yo exactamente en todo esto?

Me subo a la silla y animo a Cal a avanzar al paso. Ethan me sigue en su montura y no tarda en alcanzarme.

—Eso depende de Holly. Voy a darte su número para que hables con ella

directamente.

—O podrías preguntarle qué quiere que haga y decírmelo.

—No, tío, no pienso hacer de mensajero. Ya te lo he enviado. Llámala más tarde.

—Vaaaaale… —Dirijo a Cal al otro extremo de las tierras—. Vamos a comprobar la cerca por la parte del arroyo. Hace tiempo que no pasa nada por allí, pero ya sabes… hombre precavido vale por dos.

Cabalgamos en silencio durante unos minutos hasta que llegamos al arroyo. Hace poco más de un mes, el hilillo de agua que quedaba se congeló con la bajada de las temperaturas.

—Dios, estoy deseando que llegue el verano para poder desconectar un poco y venir a nadar.

Ethan mira el arroyo con nostalgia y sé exactamente lo que está pensando.

—Ah, ya… Llevamos un tiempo queriendo adecentar la poza para nadar, ¿eh, colega? En fin, quizá podamos el año que viene.

Ethan asiente.

—Quién sabe, a lo mejor Holly vuelve y organiza una actividad para mostrar a los niños qué solíamos hacer durante las vacaciones de verano. Ahora los padres mandan a los críos a otra parte o se los dejan en casa jugando con la consola y demás. No saben lo que es estar al aire libre. Nunca pensé que Evergreen Creek se convertiría en una zona residencial y nada más que eso… ¡Está perdiendo su esencia!

—Es lo que nos ha tocado vivir, tío.

Cabalgamos en silencio un poco más antes de que mi amigo vuelva a hablar.

—Cuanto más pienso en lo que está haciendo Holly, más me pregunto si no servirá para impulsar la economía de Evergreen. Ya sabes, dos pájaros de un tiro.

—¿En qué sentido?

—Pues por lo que he dicho: los niños ya no son niños, y los padres no tienen tiempo para asegurarse de que disfrutan de su infancia. Tío, Flynn, ¿no recuerdas cuando éramos adolescentes? ¡No había forma de que pisáramos nuestra casa! Y ahora no hay quien los saque de allí. Eso no debería pasar en Evergreen. ¿Has visto qué pasada de sitio?

Asiento con la cabeza.

—Tienes razón. A mí me encantaría que mis hijos crecieran como yo. Y con eso no me refiero a que no tengan consolas y pantallas y demás, porque tal y como está el mundo, es más una necesidad que un capricho. En todo caso, les enseñaría el valor del esfuerzo y del ejercicio físico, sin descuidar lo de

socializar. En fin, solo espero que mis hijos forjen amistades y relaciones para toda la vida, como sus padres.

Dicho esto, le doy un codazo para que se dé por aludido.

—Eso se puede arreglar fácilmente: cásate con mi hermana y listo. Así mis hijos te llamarán «tío Flynn»…

Ethan sonríe con descaro y acucia a su montura para dejarme con la palabra en la boca.

—¡No me refería a eso y lo sabes de sobra! —le grito mientras le miro alejarse.

Nuestra patrulla de control de la verja termina poco después y volvemos a la casa. Ethan se dirige a la oficina y yo voy directo al pueblo a hacer unos recados. Recojo algunos equipos y herramientas y voy a la tienda de comestibles a reponer la despensa. A punto de volver a casa, veo La Taza de Java[1] a lo lejos. Siento un cosquilleo en mis papilas al fantasear con un *mocaccino* de menta. Sin pensármelo dos veces, aparco y entro en la cafetería. Esta vez empujo la puerta con cuidado y me alivia comprobar que no hay nadie detrás.

—Hola, guapo. ¿Lo de siempre?

La camarera coquetea conmigo (para no variar) y le enseño una sonrisa despreocupada, lo justo para parecer amable, pero sin pasarme, porque no quiero que piense que estoy flirteando con ella.

—Sí. Ponme uno grande, por favor. ¿Qué hay hoy en el horno?

—Bollos de canela. ¿Quieres uno?

—Sí, venga.

—¿Para llevar?

Asiento con la cabeza.

—¡Sí, señora!

La cajera me sonríe.

—Un día de estos conseguiré que te quedes un rato más conmigo..

Sonrío, pago y me acerco al mostrador para que me lo sirva. Dejo un par de dólares en el tarro de las propinas antes de coger mi café y mi bollo para llevar.

—Gracias. Este servicio da gusto. Así, sí.

Me dirijo a la puerta con el bollo de canela en la mano y enseguida me entra el *déjà vu* al ver que la puerta se abre de par en par. No estoy en situación de perder el equilibrio, pero ahora sé lo que Holly debió de sentir ayer.

—¡Oh, mierda! ¡Otra vez no! —Miro hacia abajo al oír una voz familiar y me sorprendo al verla allí—. Tenemos que dejar de encontrarnos así…

—Al menos yo no te he tirado el café encima…

Una sonrisa plácida se dibuja en mi rostro y ella me la devuelve al instante.

—*Touchée*. Espero que se hayan ido las manchas…

—Le di la ropa a mamá, así que no te preocupes. Está en buenas manos.

—¿Cómo está la señora Dawson?

—Volviendo loca a Megan. Creo que necesita más compañía femenina en el rancho.

—¿Vais a salir o…? —pregunta la camarera con un aire poco amistoso.

Doy un paso atrás y permito que Holly entre y cierre la puerta. Luego sorbo mi bebida y cierro los ojos para disfrutarla.

—Está buenísimo, ¿verdad? La menta le da un toque extra…

Percibo la alegría en la voz de Holly. Doy otro trago antes de responder:

—Y luego el chocolate te empapa la lengua y sientes un cosquilleo…

—¡Y es como si tus sentidos chocaran entre sí y no supieran qué hacer con toda esa información! —termina Holly.

Sonrío. Esta es la Holly que conozco, la que está a salvo de las maquinaciones de mi mente. Es la hermana de mi mejor amigo, que con el tiempo, se convirtió en mi amiga. Pero al ver cómo pide en la barra, mi visión de ella vuelve a transformarse. De repente, me fijo en los detalles. La forma en que su boca se curva cuando sonríe y los pequeños hoyuelos que aparecen en la comisura de sus labios, la manera en que la luz se refleja en los mechones rebeldes de su pelo… Siento el deseo de acariciarlo con los dedos. En su rostro, una hilera de pecas que le perfila la raya del pelo desaparece detrás de su oreja, y en mi mente, me imagino trazando ese camino con los labios.

Parpadeo, desvío la mirada y me aclaro la garganta antes de dar otro sorbo. No vuelvo a hablar hasta que se acerca al mostrador y me obligo a no mirarle el culo, a no comérmela con los ojos. En su lugar, me apoyo a su vera y digo:

—Ethan me ha dicho que tienes trabajo para mí…

Holly asiente con la cabeza.

—¡Ay, sí! Bueno, seguro que ya te ha contado nuestros planes.

—Sí, por encima. Además, debo añadir que está bastante emocionado… —comento.

—Bueno, antes de emocionarnos, hay que ver si podemos cuadrarlo todo.

—Yo diría más bien que hay que ver cuándo podéis cuadrarlo, ¿no?

Me dedica una sonrisita discreta.

—Eso es que confías, ¿verdad? Te lo agradezco.

—Todo el mundo lo sabe, Holly: cosa que te propones, cosa que sale adelante. Siempre has sido así y es de admirar.

—Bueno, la mayoría de las veces, sí, pero no siempre.

—¿En serio? —Arqueo una ceja—. Dime una cosa que quieras y no hayas podido conseguir.

Holly agacha la cabeza. Juraría que se sonroja. Siento que se me encoge el corazón.

¿Dónde habrán ido a parar sus pensamientos para ruborizarse de esa forma?

—No soy perfecta, Flynn.

—Pues tu hermano no piensa como tú. Cree que el sol sale y se pone cuando tú das la orden.

Holly echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—¡Qué exagerado eres!

Estira el brazo para llevarse su pedido, pero yo me adelanto, se lo cojo todo y ladeo la cabeza en dirección a la puerta.

—Adelántate y despeja el camino. No quiero que se repita lo de ayer con otro pobre desgraciado.

—¿Ves? Lo que yo te diga: no soy perfecta.

Me abre la puerta y salimos al aire frío de enero. Avanzamos despacio hasta su coche, que está aparcado junto al mío.

—Bueno, ¿cuándo podemos hablar de ese plan tuyo?

Espero a que se siente antes de pasarle el soporte para cafés.

—¿Cuándo estás libre para hablar? —Me mira con sus brillantes ojos azules y siento que se me revuelven las entrañas.

—Estoy libre si tú lo estás.

Se le iluminan los ojos.

—Genial. Tenía pensado ir a la juguetería. Podrías seguirme… si quieres, claro.

—Sí. ¿Por qué no?

Recorremos las manzanas que nos separan de La Peonza Juguetona. Solo cuando estaciono a su lado me doy cuenta del tiempo que ha pasado desde que estuve aquí por última vez. Siento un pinchacito culpable al recordarlo y me doy cuenta de que soy uno de ellos: he abandonado esta tienda, y con ella, las tradiciones de Evergreen Creek.

—Voy a llevarles la comida a papá y mamá. ¿Me esperas en el porche?

—Claro —Asiento con la cabeza y añado en voz baja—: por ti esperaría toda una vida.

¿A qué viene eso? ¡Por Dios, Flynn, contrólate un poquito!

Por suerte, no me ha escuchado. Me busco un lugar donde sentarme en el porche y me acomodo en el sofá. Doy un par de sorbos minúsculos a mi bebida para evitar que se acabe. Holly sale unos minutos después y se sienta a mi lado. Se acerca a mí y mis fosas nasales sienten las cosquillas del aroma a café combinado con vainilla y chocolate que desprende.

—No podemos hablar muy alto porque mamá y papá no tienen ni idea de lo que tenemos en mente, ¿vale?

—Van a tener que enterarse tarde o temprano, ¿no?

—Sí, pero Ethan y yo estamos pensando cómo soltárselo. En fin, hasta entonces, no deben saber nada —Da un sorbo a su bebida antes de continuar—. Bueno, como ves, no hay clientes, pero las facturas hay que pagarlas de todos modos. La buena noticia es que mis padres no viven en la indigencia, pero lo cierto es que la tienda necesita ayuda para salir a flote. Además, todo esto tiene un valor sentimental espectacular. Lleva mucho tiempo en nuestra familia, y nos gustaría que siguiera así.

—¿Y crees que estas actividades que habéis planeado os ayudarán?

—Esperemos que sí.

Holly da otro sorbo a su bebida y se relame. De repente, me aprietan los pantalones en la zona de la entrepierna y me pregunto cómo se sentirá pasarle la lengua por los labios.

—¿Y crees que un concierto hará que la gente venga a la juguetería?

—¿Y por qué no? ¿Qué ha pasado con tu voto de confianza de antes?

—Todavía lo tienes, tonta. Tan solo estoy pensando en el futuro. Un concierto podría generar una red de apoyo y aumentar las ventas en un futuro inmediato, pero ¿qué pasará cuando acabe la Feria del Juguete? ¿Qué pasará cuando el negocio vuelva a ir lento? Un concierto es una solución a corto plazo y nos entretendrá a todos, pero lo que necesitamos es un lavado de cara, una forma de resurgir de sus cenizas. Tenemos que otorgarle a esta tienda un significado para las generaciones venideras. Hemos de conseguir que la gente entienda el significado de comunidad y llegar a distintos colectivos y edades. Y para eso, hay que empezar por la generación que estamos perdiendo.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—¡Para el carro! Primero cuéntame lo que has planeado y luego ya hablaré yo. Haz como si Ethan no me hubiera dicho nada: véndeme la idea.

La sonrisa picarona de su rostro me excita.

Lo que daría por apresarla con mis labios…

—Vale, experto en marketing —dice sonriente—. Al principio pensé en un

concierto para reunir a todo el pueblo la noche de la inauguración de la Feria del Juguete. Pero luego me di cuenta (y veo que no soy la única) de que todo se quedaría en un día y anularía el propósito de aumentar las ventas, así que Violet y yo le dimos un poco más al coco y se nos ocurrieron algunas ideas más. Además, podría decirse que hablar contigo me ha inspirado. Tú y tus exigencias…

Suelta una risita y vuelvo a quedarme prendado de esos malditos hoyuelos.

¡Espabila, vaquero!

—Vale. ¿Y qué ideas se os ocurrieron?

—Queremos organizar algún concurso.

—¿De qué? —pregunto.

—Pues de fabricación de juguetes. Puede que también de arte. Queremos impartir clases de repostería, hacer folletos para el concierto y ayudar con las inscripciones para quienes estén dispuestos a participar. Ah, bueno, y un desfile de moda también estaría bien.

—Podríais hacer un desfile de moda madre-hija, ¿qué te parece? ¡Apunta a las chicas Dawson, venga!

Sonrío y me dejo envolver por la calidez de su carácter. Nos quedamos mirándonos un rato antes de que ella baje la mirada.

—Bueno, para el concierto necesitamos a alguien que cante y baile, y tal vez un par de actuaciones. ¿Qué me dices?

—Me gusta. Pero vamos a tener que espabilar, porque la feria es dentro de tres semanas —añado.

—Cierto. Además, Vi me dijo que tenemos que conseguir todo tipo de permisos. Se va a encargar ella misma, con su padre —Da otro sorbo a su bebida —. Pero me quedo con lo que has dicho sobre el futuro de la tienda a largo plazo: puede que no sea suficiente si todo gira en torno a un concierto. ¿Cómo crees que podemos suscitar ese amor hacia los juguetes?

—Habría que centrarse en los más jóvenes en la medida de lo posible. El espíritu competitivo siempre ayuda. Organiza un concurso de juguetes por niveles, donde se les proporcionen instrucciones básicas y herramientas, quizá de tu padre. Estaría bien montarlo aquí mismo y que él estuviera a cargo de esa actividad. Seguro que puedo sacar a mamá y a Megan de casa para que ayuden con unas clases de repostería. Y luego… intenta que un par de críos se apunten también. En fin, ya sabes, haz de todo un poco para que nadie se sienta excluido.

—Adoro la idea del desfile madre-hija. Seguro que a mamá le encantaría desfilar conmigo.

—Os montaré una pasarela aquí mismo, en el aparcamiento, para vuestro momento estrella. También podría construir algunas casetas provisionales para las distintas actividades. Conseguiré los permisos de construcción necesarios; por eso no te preocupes.

—Gracias, Flynn —Se le ilumina la cara—. Ah, y hay que empezar mañana con el tema de los folletos. Lo hablaré con Vi.

—¡Un segundo, fiera! Antes de nada, Ethan y tú tenéis que sinceraros y hablar con vuestros padres, ¿no crees?

—Sí… —Se sonroja—. Se les van a cruzar los cables, pero Ethan y yo nos hemos comprometido a salvar la tienda, así que esperamos que vean que hacemos esto porque los queremos.

Le acaricio el dorso de la mano con dulzura. Nuestras miradas se encuentran y sonrío.

—Saben que los queréis y ellos también os quieren a vosotros. Todo saldrá bien, Holly. Confía en mí.

Mis dedos trepan ligeramente por su brazo antes de apartar la mano a regañadientes para no pasarme de la raya.

—Me vienes genial para el ego, ¿sabes?

—Tú no tienes ego, Holly. No tienes ni una célula arrogante en el cuerpo. Eres todo corazón.

Nuestros ojos se encuentran de nuevo y creo ver una chispa en la profundidad de sus iris azules. Sin embargo, no tarda en ocultarla y ambos acabamos apartando la mirada. Me termino el café de un trago y me levanto. Ella hace lo mismo.

—En fin, tengo que irme. El trabajo en el rancho no acaba nunca —digo de mala gana, porque no quiero separarme de ella.

—Gracias por el consejo, Flynn. Te lo agradezco de verdad.

Salimos del cálido porche al compás. Me arrebujo en la chaqueta mientras ella me acompaña a la camioneta.

—Ethan me ha dado tu número. Luego te escribo para que te guardes el mío, ¿vale?

—Vale.

Nos quedamos mirándonos unos instantes. Luego me agacho ligeramente. Ella se acerca y nos abrazamos. Me siento como si un rayo me partiera en dos y me obligo a no separarme para buscar sus labios. Inspiro profundamente su dulce aroma y aflojo el abrazo. Unos segundos después, nos apartamos lentamente y volvemos a mirarnos. Holly sonríe con los ojos brillantes y da otro

paso atrás mientras me subo a la camioneta.

—Lleva cuidado al volver a casa —le pido.

—Siempre. Te escribo, ¿vale?

—Lo estoy deseando…

Pongo la marcha atrás y salgo del aparcamiento. De camino al rancho, no dejo de sonreír.

---

[1] *N. de la T.* El café de Java es una denominación de origen procedente de la isla del mismo nombre (en Indonesia) y que agrupa a un tipo de café arábica.

7

Holly

Siento una especie de vértigo. Mientras observo a Flynn salir del aparcamiento, sonrío. De repente, un cosquilleo se despierta en mí y va bajando hasta llegar a los dedos de mis pies. Me ha gustado mucho hablar con él. Me encantaría decir que no he sentido cositas, pero… no puedo.

Vuelvo a entrar en la tienda y ayudo a mi madre a reorganizar el expositor junto a la puerta. A juzgar por los escasos recibos que veo en la caja, sé que ha sido otro día tranquilo.

Escribo a mi hermano para ponerle al día y decirle que he hablado con Flynn.

***Holly**: *Tal y como dijiste, se apunta.*

***Ethan:** *Genial.*
Ya verás como nos ayuda muchísimo.

Me apoyo en el mostrador mientras sigo escribiendo.

***Holly:** *Me ha dicho que tenemos*
que hablar con nuestros padres cuanto antes.
No me apetece, pero no nos queda otra.
¿Has pensado en lo que te dije sobre la copropiedad?

Me muerdo el labio inferior mientras espero su respuesta.

***Ethan:** *Me parece una idea estupenda.*
Así ninguno de los dos cargará
con toda la responsabilidad
y mamá y papá se quitarán un peso de encima.
Quizá viajen un poco
o vayan a visitar a los abuelos.
Solo hay que demostrar que podemos hacerlo,
así seguro que lo aceptan.

De hecho, creo que estarán muy orgullosos
de nosotros por querer dar el paso.

Suelto el aire que tenía en los pulmones. Ni siquiera era consciente de que estaba conteniendo la respiración. Para mí, es crucial que Ethan esté conforme y leer sus palabras me deja mucho más tranquila.

***Holly:** *Yo también lo creo.*
Pero ahora nos toca
tener agallas y confesar.
¿Puedes venir a cenar esta noche?

—¡Holly, cielo, vamos a cerrar en breve! ¿Puedes bajar las persianas de atrás, por favor?

—¡Claro, mamá! —respondo.

***Ethan:** *Me pasaré sobre las siete.*
Tengo que hacer un recado rápido
después de salir del rancho.

***Holly:** *Vale. Hasta ahora.*

—¡Oye, mamá, Ethan viene a cenar!

Normalmente no lo diría a voz en grito, pero ahora que lo pienso, no hay clientes a los que espantar, así que…

—¡De acuerdo, cariño!

Echamos el cierre a la juguetería y volvemos a casa. No dejo de mirar el reloj mientras ayudo a mi madre en la cocina. La ansiedad se dispara cuando veo los faros del coche de Ethan en la entrada. Salgo a toda prisa y lo abrazo con cariño.

—¿Después de cenar? —me pregunta enarcando las cejas.

—Después de cenar —confirmo.

—Al menos así disfrutaremos de nuestra última cena antes de la horca.

—Venga, que no será para tanto…

Poco más de una hora después, siento la tentación de retirar lo dicho. Mi madre está sentada con las manos entrelazadas y los nudillos blancos y mi padre se pasea en silencio por el salón. Ethan y yo los miramos, luego nos miramos entre nosotros y después volvemos a mirarlos. Normalmente, soy capaz de leer

sus emociones, pero como los dos están callados como una tumba, me cuesta lo suyo. Finalmente, mi padre se detiene y se pone detrás de mi madre. Ambos nos miran y respiran hondo.

—Sé que lo hacéis con cariño, pero es mucho en lo que pensar —dice al fin mi padre—. A lo largo de los años hemos hecho muchos sacrificios para que los dos tengáis opciones. Somos felices regentando la tienda y también en Evergreen Creek. Estaría bien viajar, y puede que lo hagamos si se presenta la oportunidad. Pero lo que proponéis es, como poco, abrumador.

Mi madre interviene con un aluvión de preguntas:

—¿Cómo pretendéis hacer todo eso en tres semanas? ¿Y cómo vais a solucionar el problema a largo plazo? En los tiempos que corren, ¿de verdad hay alguien por ahí al que se pueda llamar juguetero? Tu padre lo es; al fin y al cabo, convirtió una afición de la infancia en una pasión para toda la vida, pero ¿cuánta gente más hay por ahí que haya hecho lo mismo? ¿Sabéis lo difícil que va a ser llevar un negocio cuando ninguno de los dos estéis aquí físicamente? No estamos negándonos de serie, pero como dice vuestro padre, es mucho en lo que pensar.

Estiro el brazo y cojo las manos de mi madre. Entrelazo sus dedos con los míos y la miro a los ojos.

—Mamá, papá y tú siempre nos habéis enseñado a ser fuertes y a ir a por lo que queremos. Pues Ethan y yo solo queremos hacer una cosa: salvar la tienda por vosotros. Y para responder a todas tus preguntas: vamos a dejarnos la piel día y noche para conseguirlo. Ya nos ocuparemos de la estrategia a largo plazo cuando llegue el momento. Estoy segura de que hay un juguetero en alguna parte y si no, alguien que tenga la habilidad y la pasión y esté dispuesto a aprender. Quizá papá pueda contratarlo como aprendiz. Y bueno, sabemos lo difícil que es llevar un negocio. Ethan administra dos ranchos y yo tengo mi línea de moda. Pero los dos nos habéis enseñado a trabajar duro y aceptamos el reto.

Miro a Ethan, que se aclara la garganta y luego dice:

—Lo único que Holly y yo estamos pidiendo es vuestro permiso para seguir adelante. La Peonza Juguetona va a ser el epicentro de las actividades y no podemos hacerlo sin vuestro visto bueno. En fin, ¿nos lo dais? ¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Que tengamos que vender la tienda de todos modos? Al menos así sabremos que lo hemos intentado.

En el salón impera el silencio. Mi madre mira a mi padre, él le pone las manos en los hombros y la mira fijamente. Es una forma íntima y única que tienen de comunicarse y que siempre he admirado. Veo que le aprieta los

hombros y ella relaja la postura antes de responder:

—De acuerdo, contáis con nuestro permiso.

Ethan y yo no tardamos en emocionarnos.

—¡Gracias! Gracias, mamá. Gracias, papá. No os arrepentiréis de esto. Os lo prometo.

Mi padre toma asiento junto a mi madre.

—Bien, quiero oír todos estos planes. ¿Un concurso de fabricación de juguetes, dices? Habrá que establecer reglas y directrices. Yo me encargo de eso. Y Livvie, quizá tu grupito de la iglesia pueda ayudar a correr la voz.

—¡Oh, claro! Las chicas seguro que se apuntan. Me pregunto si Ava Miller querrá hacer pan. Es un arte que se está perdiendo, ya sabéis. Vamos a tener que…

Escucho cómo mis padres intercambian ideas. Miro a Ethan y sonrío.

—¡Viento en popa, capitana Holly!

Asiento con la cabeza. Van a ser tres semanas muy agitadas.

***

A la mañana siguiente, estoy de vuelta en La Taza de Java con Violet. Pedimos y nos sentamos en una de las mesas libres.

—Me alegra saber que tus padres están de acuerdo, Holly. Nos lo pone mucho más fácil, la verdad.

—Pues sí. Por cierto, Vi: mil gracias. No te lo digo lo suficiente. Sé que estás ocupadísima y que necesitas descansar, teniendo en cuenta que trabajas a deshoras.

—Haría cualquier cosa por ti, cielín. Y sé que si se cambiaran los papeles, no dudarías en hacer lo mismo por mí. Por cierto, pensé que nos vendría bien un poco de ayuda extra con la planificación, más que nada porque Ethan y Flynn no pueden estar aquí siempre, así que he conseguido unos cuantos cerebros de más. ¡Ah, mira, aquí vienen!

Alzo la vista y veo a un chico larguirucho de unos 19 años seguido de dos chicas más jóvenes. Miran a su alrededor brevemente antes de localizar a Violet, que les hace señas para que se acerquen.

—¡Hola, chicos! Me alegra veros por aquí.

Violet sonríe mientras se sientan en la mesa de enfrente. La chica mayor se quita la chaqueta y pone los ojos en blanco mientras dice:

—Cualquier cosa con tal de salir de casa. Mamá me está volviendo loca.

—Holly, esta es Tanya. Tiene 16 años. Su hermana pequeña, Abby, tiene 10.

—¡Hola! —Abby levanta la cabecita y saluda brevemente con la mano antes de volver a mirar su iPad.

—Y este es su primo, Trent. Ha venido un par de semanas de visita. Está en último curso en el Pratt Institute, una de las mejores escuelas de diseño gráfico del país. Vamos, que para cualquier cosa relacionada con gráficos, él es nuestro hombre.

Miro al joven, que está sacando un portátil.

—Último curso, ¿eh?

—Me salté unos cuantos cursos, por eso a mis padres no les importa que me pierda un par de clases —Trent se encoge de hombros como si fuera lo más normal del mundo.

—Bueno, os he pedido que os unáis a Holly y a mí porque necesitamos vuestra ayuda. Queremos hacer un par de cosas por el pueblo y necesitamos que vuestros compañeros y amigos colaboren.

Pasamos la siguiente hora comentándoles los planes hasta el momento. Me sorprende gratamente comprobar que los adolescentes son muy conscientes de la desconexión del mundo real y tienen buenas ideas para algunas de las actividades, sobre todo para adaptarlas a su edad. Mientras hablamos, Trent se pone manos a la obra y nos muestra diferentes ideas de folletos. A ver si conseguimos ponernos de acuerdo sobre el ganador; así podremos ir directamente a la imprenta cuando acabemos.

Me levanto para coger otra ronda de bebidas del mostrador.

—Gracias. Esta es la última ya. Cuando arrasemos con todo esto, puedes traernos la cuenta.

—No hay problema.

Cuando me alejo de la barra, se abre la puerta. Levanto la vista y el tiempo parece detenerse cuando me encuentro con la gélida mirada de Brooke Preston, que camina despacio hacia mí.

—Conque has vuelto, ¿eh? Algo había oído…

—Yo también me alegro de verte, Brooke —digo con frialdad.

Ella me mira con desdén. Ni siquiera se esfuerza en ocultarlo.

—No puedo decir lo mismo… —Se da la vuelta bruscamente y se dirige a la camarera.

Vuelvo al rinconcito en el que estamos sentados y decido pasar de ella. Hacemos planes para organizarnos de cara a mañana y los chicos nos dejan a Violet y a mí continuar a nuestra bola.

Doy un sorbo a mi bebida y mordisqueo una galleta.

—Oye, ¿qué hace Brooke con su vida?

Violet me mira con los ojos entrecerrados.

—Nada que yo sepa. Bueno, nada que no sea custodiar la puerta de su dormitorio, que siempre está abierta.

—¡Pero Viii…! —digo en voz baja.

Violet pone los ojos en blanco.

—¿Qué? Es la verdad. Todo el mundo sabe que está buscando un *sugar daddy*[1] o a algún rico lo suficientemente tonto como para que solo se fije en su escote. Su plan es clavarle las garras y vivir del cuento el resto de su vida. Una mantenida, vaya. ¿Por qué lo preguntas?

—Oh, por nada… —respondo con indiferencia—. Pensaba que Flynn y ella iban en serio.

Violet suelta una carcajada.

—¿Brooke y Flynn? Holly, ya sabes que hace tiempo que lo dejaron.

Me encojo de hombros.

—Ya, pero, salieron durante último curso y, por lo que yo sé, seguían juntos cuando ella se fue a la universidad. Vamos, que iban en serio.

—Bueno, lo de ir en serio es relativo. Flynn y Brooke lo dejaron justo antes de que te fueras a Nueva York, chiqui.

—Pero eran novios en el insti, ya sabes…

—¿Y? Te lo dije ya en su momento: esos dos tenían ganas de roneo y el otro estaba disponible, así que se liaron —Violet pone la mano sobre la mía—. Sé que casi te mueres en el insti cuando nos enteramos de que eran novios, pero eras mucho más joven. De eso hace ya diez años. Hemos crecido y madurado. Brooke y Flynn no son pareja. Él está más que soltero. Hazme caso.

—Bueno, quizá no por mucho tiempo. Seguro que alguien se lo lleva pronto… —murmuro y Violet se encoge de hombros.

—Sí, bueno, eso siempre es posible… Oye, por cierto, papá dice que no te preocupes por los permisos y que le mantengas informado de los planes, así sabrá qué poner en el papeleo. Lo tendrá todo listo para cuando sea necesario. Mamá está emocionadísima y no ve la hora de buscarme un vestido a juego para el desfile. De verdad, lo que tengo que hacer por ti, ¿eh, Holly?

—Y por eso te quiero —Sonrío y le acaricio la mejilla—. Bueno, al turrón: ¿cuántas parejas de modelos crees que necesitaremos?

---

[1] *N. de la T.* En inglés, un hombre mayor con dinero que mantiene a su pareja.

8

Flynn

Estiro la espalda después de levantar el último fardo de heno. Oigo un ligero crujido y muevo los hombros en círculos un par de veces más. Ha sido una larga mañana de trabajo, pero como siempre, me siento realizado al ver las pacas de heno bien apiladas. Con esto bastará para el resto del invierno.

Me dirijo a la ducha de la parte trasera y me enjuago rápidamente el cuerpo para quitarme los restos de heno. No me apetece pasarme el resto del día con unos picores de locos. No es lo más agradable. Justo me acabo de poner las botas cuando suena mi móvil.

—¿Diga?

—Hola. ¿Flynn?

Cierro los ojos y sonrío.

—Hola, Holly. ¿Qué tal?

—Pues aquí. Vi y yo hemos estado ultimando algunas cosas. De hecho, acabamos de salir de la imprenta. Nos han dicho que tendremos los folletos a mañana a primera hora. Vi ha estado buscando voluntarios que nos ayuden a distribuirlos. Confirmamos que voy a necesitarte, sobre todo con la pasarela para el desfile de moda. ¿Sabes dónde puedo conseguir una carpa con calefacción para el aparcamiento?

—Podrías probar en Rudy’s: alquiler para fiestas. Seguro que ellos tienen. Y sí: yo me encargo de tu pasarela. Dime cuándo empiezo.

—Bueno, tendrás que pasarte por la tienda para echarle un vistazo al lugar, tomar medidas y todo eso. Dime cuándo estarías disponible. En algún momento de esta semana estaría bien, más que nada por tener margen para planear lo que vas a hacer, ¿no?

—Sí. Tengo un par de recados que hacer estos días, así que te mantendré informada. ¿Te parece bien?

—Me parece genial. Gracias mil —El silencio se instaura entre nosotros—. Bueno, a no ser que quieras decirme algo más…

—De hecho, sí. He estado fisgoneando por el rancho y creo que tengo un par de cosas que te vendrían bien, sobre todo materiales para la fabricación de juguetes. ¿Te gustaría venir a echarles un vistazo?

—Em… Sí, claro. Gustarme, me gustaría. Pero estoy un poco hasta arriba

hoy. Tengo que empezar a buscar patrocinadores y más voluntarios y entrevistar a posibles participantes.

—Entiendo…

Me invade un sentimiento de decepción.

—Pero podría ir mañana por la mañana, si te parece bien. A primera hora…

Me animo de nuevo y sonrío.

—Mañana a primera hora me viene genial. ¿Nos vemos entonces?

—Sí. Allí estaré.

***

A la mañana siguiente, cuando Ethan se marcha, espero con impaciencia la llegada de Holly. Unos diez minutos más tarde la veo subir por el camino hacia el rancho y aparcar junto a mi camioneta. Sale del coche y camina hacia mí. Tiene las mejillas sonrosadas por el frío y veo el vaho que se condensa al salir de su boca. Sonríe.

—A veces olvido que aquí hace unos diez grados menos… Pero me encanta. Lo único que necesitamos ahora es un poco de nieve.

—Sí, la verdad es que estas Navidades cayó de sobra, pero ahora se ha calmado un poco. ¿Quién sabe? Puede que den nevadas en un par de semanas. Solo nos queda esperar —respondo.

—Te he traído esto.

Extiendo el brazo hacia el vaso tan reconocible de La Taza de Java y sonrío. El aroma a menta acaricia mis fosas nasales.

—Vaya, vaya, sabes lo que me gusta…

Ella sonríe y se sonroja mientras da un sorbo a su propia bebida.

—Me sorprendió ver que tenía nuevo dueño… —comenta.

—Sí. Hace ya un par de meses que lo traspasaron.

—Me alegro de que hayan conservado los sabores y las recetas, porque un mundo sin esto —Levanta su bebida— sería la mar de triste.

—Razón no te falta.

Nos miramos durante un rato, sonriendo y sorbiendo en silencio. Soy yo el que rompe el hielo.

—Em… ven, que te enseño las cosas.

—¡Oh! ¡Sí, claro!

La conduzco al granero, y una vez allí, a un enorme armario empotrado en la pared. Esta era la única estructura del terreno cuando lo compré y decidí

construir a su alrededor, ya que me pareció bastante resistente.

—Me da que esto se quedó aquí del anterior dueño. Pretendía echarle un vistazo antes de tirar lo que no sirviese, pero prefiero que tu padre y tú me digáis lo que queréis salvar. Así tendréis que buscar menos cachivaches por vuestra cuenta.

Holly rebusca entre las cajas de tuercas, tornillos y demás.

—Hay bastantes cosas aquí. ¿Te parece bien que saque unas fotos para mi padre?

—Claro, adelante.

Observo en silencio cómo hace fotos y envía notas de voz. No puedo apartar los ojos de su precioso rostro. Me recompongo en cuanto bloquea el móvil para que no me pille mirándola como un cachorrito enamorado.

—Hecho. Mi padre va a echarle un vistazo a todo y me dirá.

—Si quiere venir a verlo él mismo, es libre de hacerlo. Ya sabe dónde encontrarnos. Ethan o yo estaremos aquí para abrirle.

Ella asiente y una sonrisita adorna sus labios.

—Gracias de nuevo por la ayuda, Flynn. Te lo agradezco de corazón.

—No me las des —respondo—. Puede que incluso tenga algo de leña en la vieja pila de la parte trasera. Talamos unos cuantos pinos el año pasado y ya deberían estar bien curados[1].

—Seguro que eso le encanta. La buena madera es muy difícil de conseguir.

—Cualquier cosa que necesite es suya; solo házmelo saber.

—Vale, entendido.

Holly pasa la mano por un pilar de roble macizo que sostiene la estructura.

—Esto es un poco grande para un granero, ¿no? Tienes un montón de cosas que… bueno, que una espera encontrar en una casa.

—Sí. De hecho, esto era una casa antes. Estuve investigando y, al parecer, fue la primera casa que se construyó en la propiedad. Pero con el paso del tiempo, cada propietario fue cambiando una cosa u otra. Cuando la compré, resultó que el dueño anterior había arrasado con ella y la había convertido en un granero. Ya ves: es bastante acogedor, pero quitando esa zona que he habilitado como oficina, no es habitable. Al menos tenemos estufa…

—Supongo que eso explica las caravanas que tenéis ahí enfrente. Cuando Ethan me dijo que vivíais ahí, pensé que estaba de coña.

Me río entre dientes.

—Ver para creer, ¿eh?

—Pues se está muy tranquilo aquí.

—Sí. Las cabras están en el prado y aún no tengo más ganado. Sigo haciendo malabares entre estas tierras y las de papá. A veces me quedo allí, pero como has dicho, aquí se está mucho más tranquilo. Reflexiono, medito, me doy un respiro, hago planes de futuro…

Me mira con sus preciosos ojos azules y casi me pierdo en ellos.

—Eso está muy bien. Que puedas pensar, digo…

—Sí. Muchas veces me quedo ahí fuera, junto a la caravana, y miro a mi alrededor. Han pasado unos cuantos años, pero a veces me cuesta creer que esto es mío. Y puede que no parezca mucho más que un granero en un terreno y dos autocaravanas ahí fuera, pero en mi mente veo una casa de dos plantas con tejado a dos aguas. Veo un porche envolvente y todo está pintado de un blanco reluciente. Hay seis escalones en la entrada y un banco junto a la puerta. Cuando entras, es acogedora y huele a pan y galletas recién salidas del horno. En mis sueños, voy a la cocina a buscar mi… —Me callo de repente y agacho la cabeza al darme cuenta de lo que casi admito en voz alta—. En fin, así es como me imagino mi futuro aquí.

—Pues más vale tener a alguien con quien compartir todo eso, ¿no crees?

Le tiembla la voz. Cuando la miro, percibo la oscuridad en sus ojos.

—Sí. Pero primero tendría que encontrar a una señorita que estuviera dispuesta a ello —añado.

—Oh, venga, Flynn… —Se ríe—. Estoy segura de que tienes donde elegir. Cualquiera estaría encantada de convertirse en la señora Dawson.

—Sí, pero yo no quiero que sea cualquiera. Es como ir a recoger manzanas: puedo recoger cestas y cestas, pero si le echo el ojo a una manzana en particular, las demás no importan.

—¿En serio, Flynn?

—¿En serio… qué?

La miro a los ojos: el aire entre nosotros se carga de tensión.

—¿Le has echado el ojo a una manzana en particular?

Percibo de nuevo ese temblor en su voz. Está nerviosa y (me atrevo a pensar) llena de esperanza. La miro y respiro hondo.

—Quizá…

—Y esa manzana a la que quizá le hayas echado el ojo, ¿cómo es?

Pienso detenidamente antes de hablar. Dejo de lado la analogía de la manzana porque no quiero que me malinterprete. Le sostengo la mirada y entonces abro la boca:

—Bueno, digamos que hay muchas cosas que busco en una esposa. Para

empezar, me gustaría que sintiera por mí lo mismo que yo por ella. Sería mi mejor amiga, mi confidente. Alguien que se preocupase por los demás y desease el bien para todos. Sería la clase de persona en la que podría confiar en cualquier crisis y que estaría a mi lado en las buenas y en las malas. Sabría que esta es mi vida, la nuestra, y no desearía otra. Por supuesto, sería independiente y haría aquello que la hiciera feliz. Eso sobra decirlo. Sería la mejor madre para nuestros hijos, y por las noches, cuando estuviéramos tumbados en la cama, la amaría sin parar y pensaría que ella es la mejor amante que he tenido jamás. En definitiva, desearía alguien que quisiera envejecer conmigo, que no hiciera un mundo cuando me salieran canas. Muchas mujeres podría ofrecerme algo similar, pero solo hay una que sería capaz dármelo todo.

Dejo que mi voz se reduzca a un susurro en esas últimas palabras y busco en su rostro alguna reacción. Holly se queda embelesada y siento una chispa de energía entre nosotros. Veo que se muerde el labio en silencio, y no deseo más que besarla, que amarla, que tomarla aquí mismo, en el granero. Pero me contengo. Me aclaro la garganta y miro hacia otro lado.

—Bueno, eso es solo la punta del iceberg. Quiero muchas cosas, pero tampoco soy impaciente. Llevo esperando veintisiete años, diez en realidad, si contamos cuando empecé a tomarme en serio a las mujeres y la vida en general. Aun así, estaría dispuesto a esperar otros diez o veinte años solo para estar seguro de que ella es la adecuada. Tengo la intención de vivirlo todo de una, así que he de hacerlo bien a la primera. Necesito a una mujer que se convierta en mi último rodeo, en algo de por vida. ¿Me entiendes?

Holly baja la mirada y se sonroja. Doy un paso hacia ella y susurro.

—¿Y tú, Holly?

—¿Y-yo…? —tartamudea, levantando la mirada para encontrarse con la mía.

—¿Cómo sería tu hombre perfecto?

La pregunta flota en el aire y permanece allí pese al silencio.

---

[1] *N. de la T.* Curar la madera es secarla.

9

Holly

Flynn me mira fijamente y yo me pierdo en sus ojos. Sus iris grises se clavan en mí y no consigo descifrar lo que hay más allá de sus pupilas. No he podido evitarlo: mientras me describía lo que buscaba en una esposa, en mi mente no dejaba de tachar cosas de la lista. Bueno, tampoco es que me viera reflejada en todos los aspectos, pero… *¿Me estaba describiendo a mí? ¡Sí, bueno! ¡Vaya idea de bombero!* Dentro de un rato, si me preguntan, culparé a la magia del momento, pero por ahora, no dejo de preguntarme qué haría falta para que yo cumpliese todos sus criterios.

—¿Y bien?

Flynn se acerca a mí y percibo la dulzura en su voz y el calor de su aliento. Me muerdo el labio inferior: estoy nerviosísima.

—¿Sabes que lancé mi propia línea de ropa hace dos años, justo cuando compraste estas tierras?

—Em, sí, claro… Ethan lo mencionó —Se le ve confuso—. Pero ¿qué tiene eso que ver con…?

Antes de que siga, le interrumpo.

—Va bastante bien para ser (como aquel que dice) una recién nacida en la industria, y más en una ciudad que puede acabar con tus sueños y devorarlos vivos. Podría decirse que soy una de las pocas afortunadas que parece tener cierto futuro —Una sombra se cierne sobre su rostro. Flynn deja caer los hombros. Sé exactamente lo que está pensando, pero respiro hondo y continúo —. Pero aunque llegue a las altas esferas del mundo de la moda y me convierta en un icono mundial de la industria, Evergreen Creek siempre será mi hogar y me gustaría que mi futuro marido sintiese lo mismo por este sitio. Eso es lo primero que busco en un hombre: que conciba una vida aquí y que adore este pueblo.

Se hace un breve silencio. Flynn le da otro sorbo a su bebida antes de hablar:

—O sea que… ¿contemplas volver al pueblo?

—Sí.

—Y aparte del valor sentimental que tiene para ti, ¿qué más te motivaría a volver a casa?

Medito y ladeo la cabeza antes de contestar:

—Para empezar, que conste que no solo me gustaría vivir aquí: también querría contribuir de algún modo a la comunidad. Como ahora, con las actividades para salvar la juguetería. Quiero involucrarme con los vecinos e intentar mejorar las cosas siempre que se pueda. Si veo que puedo aportar ciertas cosas, ese sería un factor determinante para volver a casa.

—Vamos, resumiendo: que no quieres vaguear o acabar tomando café en La Taza de Java a diario porque no tienes nada más que hacer.

—Exacto. Por muy bueno que esté el *mocaccino*, necesito hacer algo con mi vida.

—¿Y esa sensación de poder dejar huella sería suficiente para traerte de vuelta a casa? Evergreen Creek es un pueblo pequeño, Holly, y ya has probado la vida de la gran ciudad. ¿Estás segura de que quieres renunciar a todo eso?

—Sí, sin duda. Evergreen Creek merece la pena. Además, me gustaría abrir una tienda en el pueblo. Por aquí no hay ninguna tienda de moda original, al menos que yo sepa, y creo que mi marca es igual de buena que las que se venden en las *boutiques*. Aún no dispongo del capital necesario, básicamente porque la tienda de Nueva York está todavía empezando, pero está claro que una de mis prioridades es reunir el dinero para ese tipo de inversión.

—Ya veo. Esa tienda te mantendría entretenida, y no holgazaneando en La Taza de Java. ¡Son todo ventajas!

Percibo la diversión en su voz y no puedo evitar soltar una risita.

—Mira que llevo poco aquí, pero te juro que en cuanto Claire me ve llegar, empieza a preparar mi pedido.

—Siempre has sido muy golosa… —Siento que me arden las mejillas. Otra vez silencio. Flynn se aclara la garganta antes de continuar—. Vale, hipotéticamente hablando: todo lo que has mencionado como incentivo para volver a casa está ahí, ¿no? Tienes una tienda, contribuyes al desarrollo de la comunidad, estás ayudando a Evergreen Creek y demás. Vale, pues ahora te pregunto: y si apareciera un caballero, ¿qué?

Me sostiene la mirada una vez más mientras apura su bebida. Yo me bebo lo poco que queda de la mía de un trago. En silencio, me tiende la mano y yo me aferro a ella. Luego da media vuelta y sale del granero. Al ver que se dirige a su caravana, le sigo. No le soltaría la mano por nada del mundo. Espero a que Flynn abra la puerta y entonces añade:

—Adelante, las damas primero…

Al pasar, veo un espacio acogedor y muy funcional. A un lado hay un salón-comedor. Flynn se acerca a la zona de cocina que se extiende en la pared de

enfrente y tira los vasos a la papelera antes de volverse hacia mí.

—No cobro por sentarse, ¿sabes? —me dice señalando el futón.

Sonrío. Tomo asiento y me altero al ver que él se pone a mi vera. Los nervios vuelven a aflorar: soy consciente de su proximidad y de la intimidad que nos proporciona este espacio reducido. A la luz de la caravana, sus ojos son aún más claros. Siento que están fijos en mí, como si quisieran mirarme directamente al alma. A pesar de que está relajado en apariencia, tiene los hombros bastante tensos. Además, le conozco desde hace años, a él y a sus formas, así que sé que está nervioso.

—Bueno, ¿por dónde íbamos? ¡Ah, sí! Por lo de que aparece un caballero. ¿Dónde quedaría él exactamente en tu *ranking* de incentivos para volver a casa?

Me gusta que se siga refiriendo a Evergreen Creek como «casa».

—Para mí, Evergreen Creek es lo más importante. Y ese… caballero tendría que entenderlo.

Veo cómo se quita un peso de encima. Está más relajado. De repente, se me acelera el corazón.

¿Debería seguir fantaseando con que Flynn piensa en mí en ese sentido?

—Vale, o sea que el caballero tendría que ser fan de Evergreen Creek y no oponerse a vivir aquí. Pero… ¿y si ya vive aquí?

Me sostiene la mirada y yo contengo la respiración. Nos miramos fijamente durante unos largos instantes, pero luego me giro y acabo con la tensión.

—Sería una gran ventaja que ya viviese aquí. Más que nada porque entendería las razones por las que Evergreen Creek es importante para mí.

—Y porque, en cierto sentido, también lo sería para él, ¿no? —añade en voz baja.

—Sí, supongo. Vería lo que yo veo, sentiría lo que yo siento, querría hacer lo que yo hago, me apoyaría en mis esfuerzos y yo haría lo mismo por él. Estaría a mi lado en las buenas y en las malas —Le oigo recuperar el aliento al ver que uso sus propias palabras—. Nos convertiríamos en la media naranja del otro. Sería el mejor padre que mis hijos podrían tener y el marido que he esperado y con el que he soñado durante toda mi vida. Nos sentaríamos en el porche y veríamos a los niños corretear con las cabras, las gallinas y cualquier otro animalillo que nos diera por tener en el rancho —Trago saliva por mi lapsus—. A ver, quien dice gallinas, dice un perro o un gato, y quien dice rancho, dice jardín…

—La primera versión me gustaba más…

Respiro hondo. Sus ojos siguen clavados en los míos. Me siento atrapada en

su mirada y, de repente, la caravana se llena de energía. Yo lo llamaría «anhelo». Me relamo los labios con nerviosismo y entonces sus ojos se posan en mi boca, flamígeros. Flynn respira de forma agitada y yo contengo el aliento, expectante.

¡Din!

—¡Joder, qué susto!

Casi se me sale el corazón del pecho con la vibración y el tono de mi móvil. Me ha llegado un mensaje. Lo saco del bolsillo y veo que mi padre me ha respondido. Mientras escribo una respuesta, me llama.

—¡Hola, papá! Justo te estaba respondiendo.

—Hola, hija. Me gustaría echar un vistazo a las cosas que me has enviado, siempre que a Flynn le parezca bien.

—Sí, claro, me dijo que era probable que quisieras. Puedes pasarte y elegir lo que te sirva.

—Solo tiene que decírmelo y estaré aquí para enseñárselo —interrumpe Flynn, que se ha levantado y ahora se apoya en la encimera de la cocina.

—¿Ese es Flynn? Déjame hablar con él.

Flynn enarca las cejas y le paso el teléfono.

—Quiere hablar contigo —digo.

Da unos pasos y me coge el móvil.

—Hola, señor Morgan…

No quiero espiar su conversación, así que me dedico a mirar el interior de la caravana. Es pequeña, pero aquí todo tiene su sitio. Frunzo un poco el ceño al divisar un objeto que me resulta familiar. Me acerco un poco más a la estantería. *No puede ser.* Al principio, ahogo un grito de sorpresa. No me lo esperaba, pero luego una sonrisa curva mis labios. La esperanza vuelve a brotar de mi corazón cuando lo saco del estante de arriba y lo miro de cerca. Está un poco desgastado por años y años de uso, pero aún puedo ver el grabado en la parte inferior: para FD de HM.

Aún lo tiene. Todos estos años… lo ha guardado.

—Vale, mañana a las tres me viene bien. Sí, aquí estaré.

Levanto la cabeza y veo a Flynn de pie detrás de mí. Me devuelve el teléfono, pero mi padre ya ha colgado. Señala el tirachinas que tengo en la mano y sonrío.

—No puedo creer que aún lo tengas…

—¡Pues claro! ¿Por qué no iba a tenerlo?

—Éramos unos niños. Y eres un tío. Ya sabes, se supone que no sois sentimentales…

—Ah, o sea que tú puedes quedarte con tu muñeca maniquí[1], pero yo no puedo conservar mi tirachinas, ¿no? —Arquea una ceja y acompaña ese gesto con una sonrisa irónica.

—Solo digo que ha pasado mucho tiempo. ¿Cuántos años teníamos?

—Creo que es del año en que cumplimos trece. ¿Recuerdas? Tu padre nos sacó al porche aquel verano y nos pidió que hiciéramos algo para regalarles a los demás, algo que representara un recuerdo de la infancia. Yo te hice la muñeca y tú el tirachinas. Le tengo mucho cariño.

—Te confieso que todavía tengo esa muñeca…

Pienso en el maniquí de madera de medio metro que me hizo. Sin que yo me enterara, Flynn fue a escondidas para pedirle consejo a mi padre para que las articulaciones fueran flexibles. Cuidé de ese regalo como si fuera un tesoro.

De repente, se me ocurre una idea.

—Flynn, ¿crees que Ethan y Violet aún tendrán alguno de los regalos que nos hicimos aquel verano? Juraría que ella aún guarda la pinza para el pelo que le hice.

—A día de hoy, Ethan sigue usando el llavero de madera que regalé, o sea que… ¿Por qué lo preguntas?

—Estoy segura de que hay mucha gente por el pueblo que todavía guarda cosas que les regalaron o que fabricaron en La Peonza Juguetona. ¿Qué te parecería montar una exposición de juguetes y manualidades en la tienda de mis padres?

—Sigue hablando.

Camino en círculos con entusiasmo.

—Podríamos habilitar un espacio y pedir a la gente que traiga objetos que quiera exponer. Luego se los devolveremos, claro. Haremos que cada uno escriba un párrafo sobre lo que le evoca el objeto en cuestión.

Flynn asiente con la cabeza. Le parece buena idea.

—Podrían contarnos cuándo se lo regalaron o similar y por qué es importante para ellos.

—Y podríamos organizarlo por años. Sería como un museo de recuerdos en torno a los juguetes. ¡Ay, Flynn, creo que esto es justo lo que necesitábamos para unir a la gente del pueblo! ¡Es la forma perfecta de ayudarles! Estoy segura de que cerca del noventa por ciento de la población adulta tendrá al menos un juguete o utensilio que le hayan regalado en algún momento.

—Me gusta la idea. Y ahora que lo pienso, creo que sé qué puedo aportar. Está el rancho de papá. Si no tienes prisa por volver al pueblo, podríamos

conducir hasta allí y te lo enseño.

—Me encantaría verlo. ¡Vamos! ¡Ya tardas!

---

[1] *N. de la T.* Normalmente, se trata de un busto o cabeza de maniquí a la que se puede peinar, maquillar o similar, y que tenían muchos niños hará un par de años.

10

Flynn

Aparco en la primera plaza disponible delante del granero y me bajo de la camioneta. Holly estaciona justo a mi lado. Espero a que salga del coche y venga hacia mí.

—Por aquí, ven.

Caminamos por el lateral del granero principal y nos dirigimos a uno de los graneros más pequeños que hay unos metros más allá. Holly ha metido las manos en los bolsillos de la chaqueta y camina rígida. De repente me doy cuenta de que lleva casi toda la mañana al aire libre.

Con el frío que hace…

—Vamos a darnos vidilla —añado—. Así podremos entrar en calor cuanto antes.

—Sí, perfecto.

Saludo brevemente a algunos trabajadores que deambulan por el rancho y veo que los más nuevos miran dos veces en nuestra dirección al ver a Holly. Casi puedo oír los engranajes girando en sus cabezas, por no hablar de las preguntas que se plantean.

—Ven, pasa —Introduzco el código de seguridad y abro la puerta. Luego enciendo las luces y nos adentramos en el espacio—. Aquí es donde guardamos las cosas que usamos cuando organizamos grandes eventos. Hace tiempo que nadie las utiliza, así que puede que haya un poco de polvo. En fin, esto es lo que quería enseñarte.

Le pongo la mano en la espalda y la acerco a una de las paredes en la que se apoyan varios pilares de madera.

—¿Qué es?

—Es una especie de cabaña portátil. Cuando dijiste lo del museo pensé en que podríamos montarla en lugar de comprar madera con dinero que no tenemos o alquilar un tenderete o pérgola de plástico que podría no ser muy resistente para lo que queremos hacer. Estos paneles son de roble macizo y tienen unos quince centímetros de grosor. Y mira allí —Señalo unos soportes metálicos junto a uno de los paneles—. Cada uno de esos mide diez por diez, y podemos ajustarlos a las dimensiones que queramos. Podríamos disponerlos en forma de cuadrado, de rectángulo… En fin, te haces una idea. Además, se fijan con esto.

Normalmente usamos lona para el techo junto con madera contrachapada. ¿Qué te parece? ¿Crees que servirá?

La miro con una ceja arqueada y ella asiente con entusiasmo.

—¡De sobra! Como has dicho, estamos sin blanca, así que cuantas más cosas gratis podamos conseguir, mejor. ¿Y el aislamiento? ¿Se estará calentito? ¿Y qué me dices de la ventilación?

No puedo evitar sonreír.

—¿Sabes que suenas igual que Ethan cuando estás emocionada? Los dos sois igual de preguntones.

Holly se ríe entre dientes.

—Perdón. Es solo que parece demasiado bueno para ser verdad.

—Bueno, deja que responda a todas tus preguntas: al ser tan gruesa, la madera actúa como aislante natural, o sea que es bastante calentita. De todos modos, también podríamos poner calefactores. Si no recuerdo mal, tenemos un par, por si los quieres. En cuanto a la ventilación, algunos paneles vienen con aberturas para ventanas en caso de que queramos utilizarlas. Otros también tienen hueco para poner una puerta. Tan solo pide por esa boquita y lo tendremos todo montado en dos días como máximo.

—Pido, pido.

Se ríe y no puedo evitar hacer lo mismo.

—Bien. Ahora que tenemos eso apañado, entremos en casa, a ver qué tiene mi madre en el horno.

Una vez fuera, Holly pisa fuerte con un pie, luego con el otro, mientras espera a que vuelva a cerrar el granero. Debe estar helada. Mientras nos dirigimos a la casa, veo a Ethan, que viene hacia nosotros. Avanza con garbo y nos abraza, con lo que Holly se queda en medio, en plan sándwich. Ella le sonríe.

—¡Ah, qué gustazo! Esto es como en los viejos tiempos, ¿verdad? Echo de menos a Violet a mi vera —Sonríe y empuja a su hermana con aire juguetón.

Los trabajadores del rancho parecen igual de confundidos que antes, pero esta vez, al ver a Ethan y Holly juntos, atan cabos.

Nos dirigimos al recibidor de casa y en cuanto el calor nos envuelve, Holly suspira de alivio. Me quito las botas y la chaqueta y me dirijo a la cocina.

—¡Mamáááá, tenemos visita!

Ella mira a su alrededor y pone una bandeja de galletas recién horneadas sobre los fogones. Me acerco para coger una, pero me da una torta en la mano.

—¡Quieto! ¡Hay que dejar que se enfríen, que pareces nuevo!

—¡Ya se enfriarán en mi boca!

—¡Tío, no chinches a tu madre! ¿Cómo está, señora Dawson?

—Hola, Ethan. ¿Quieres unas galletas?

Mi madre no tarda en poner media docena de galletas en un platito para dárselas a mi amigo.

—¡Oye! ¿Qué pasa, que las suyas no tienen que enfriarse?

—Gracias, señora Dawson. Tienen una pinta deliciosa.

—Pelota… —murmuro.

—Estás celoso, ¿eh?

—Hola, señora Dawson —dice Holly.

Mi madre levanta la vista y grita emocionada:

—¡Madre mía, Holly! ¿Cuándo llegaste?

—Hace solo un par de días.

—¡Ven, siéntate! Deja que te ponga unas galletas y algo de beber.

Holly me mira con una sonrisa picarona mientras se sienta en la mesa de la cocina.

—Traidora…

Pongo los ojos en blanco y ella me saca la lengua mientras coge una galleta calentita. Luego le da un par de mordisquitos.

—Están buenísimas, señora Dawson…

—En realidad, las ha hecho Megan. Las he sacado del horno mientras subía a buscar algo.

—¿He oído mi nombre? —Todos se vuelven cuando mi hermana entra en la cocina—. Gracias por sacarlas, mamá. ¿Quieres una galleta, Flynn?

—Menos mal que hay alguien en esta casa se preocupa por darme algo de comer…

—Es una receta nueva. Prueba y dime qué te parecen.

Me pongo la mano en el pecho y finjo ofenderme.

—¿O sea que solo soy un conejillo de indias para ti? ¡Vaya agallas tienes! Imagínate que estuvieran envenenadas…

—Bueno, en ese caso, todos nos iríamos a la tumba felices y con la barriga llena de una hornada de galletas deliciosas —dice Holly mientras coge una segunda con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Holly! ¡No te había visto…!

Mi hermana me empuja y corre a abrazar a Holly.

—¡Cuánto has crecido, Megan! La última vez que te vi, todavía me mirabas desde abajo. ¡Pero mírate ahora! Estás enorme… Bueno, enorme no, más bien

alta. Ya me entiendes. Seguro que ya tienes detrás a algún chico…

Megan saca a relucir su cara de indiferencia y pone los ojos en blanco.

—Bueno, lo de que los llevo detrás es relativo… Por culpa de estos dos —Nos señala Ethan y a mí con el pulgar por encima del hombro— y papá, los chicos del pueblo ni siquiera saben de qué color tengo los ojos.

—Bueno, para eso están los hermanos mayores —digo con una sonrisa malvada.

—Y los amigos de tu hermano mayor. ¡MUAJAJAJAJÁ! —Ethan echa la cabeza hacia atrás y se ríe como un maníaco.

Holly nos mira a los dos como si nos hubiéramos vuelto locos antes de volver a centrar su atención en Megan.

—¿Queréis dejar a la pobre en paz?

—¡Por favor, Holly, llévame contigo a Nueva York! Me pondré de rodillas si hace falta.

Megan junta las manos para implorarle que se la lleve. La desesperación está grabada en su rostro.

—No te preocupes, reina. Voy a decirte cómo tratar con gente como ellos —Holly le pasa el brazo por el hombro y la saca de la habitación—. Bueno, ¿qué tal el insti?

Su conversación se escucha cada vez más lejos y tomo asiento en la mesa. Mi madre me acerca un plato con galletas y yo le sonrío.

—Mamá, tengo que pedirte un favor. Bueno, en realidad, es cosa de Holly, pero he decidido que voy a sacarte el tema.

Resumo el percal con la mayor brevedad posible.

—… o sea, que ahora mismo estamos intentando concretar muchas cosas. Le he ofrecido la cabaña portátil y le he dejado caer que os preguntaría a Megan y a ti si queréis participar en el desfile de moda.

—¡Pues claro, cariño! ¡Solo faltaba! Sería horrible que cerraran La Peonza Juguetona. Haré todo lo que pueda para ayudar. Y estoy segura de que Megan también estará de acuerdo.

—¿Con qué estará de acuerdo?

Miramos hacia la puerta de la cocina, por la que vuelven a asomar Megan y Holly.

—Espero que no te importe, Holly… Le he contado nuestros planes a mi madre.

Ella sonríe.

—No, está bien… —Luego se vuelve hacia Megan—. ¿Te gustaría hacer de

modelo con tu madre en un desfile de moda la noche de la inauguración de la Feria del Juguete?

—¿Yo? ¿En un desfile de moda? ¿En serio? —Megan abre los ojos de forma desmesurada por la emoción—. ¡Qué pasada!

—Si me permitís aportar mi granito de arena… —Ethan se quita las migas de los labios—. Megan, estas galletas están buenísimas, lo que me lleva a… Holly, ¿qué te parecería que ella fuera una de las profes de repostería? Así, los de su edad verían que la cocina no es solo cosa de adultos.

—¡CALLA! ¿Quieres que enseñe repostería? ¡¡¡Me encantaría!!! Mamá, ¿te parecería bien?

Mi madre se ríe.

—Muy apropiado que me pidas permiso después de haber aceptado, señorita… Bueno, por mí está bien, sí.

—Pues tú no te libras, mamá. Necesitaremos tus habilidades como repostera.

—Cuenta conmigo. Como he dicho antes, es por una buena causa.

—¡Me muero! ¡Qué bien!

De repente, suena el teléfono de Holly y se va al salón para atender la llamada mientras mi madre saca una segunda hornada de galletas. Aparece un minuto después y añade:

—Tengo que volver al pueblo. He quedado con Violet y otros voluntarios que ha ido buscando. Estaría bien que os pasarais por una de estas reuniones para que podamos ponernos de acuerdo —dice mirándonos a Ethan y a mí—. ¿Por casualidad estáis libres esta tarde? Sería un buen momento para poner a todo el mundo al día de lo que hemos planeado hasta ahora.

Miro a Ethan, que se encoge de hombros. Luego la miro a ella.

—Cuenta con nosotros. ¿Dónde? ¿A qué hora?

—Aprovechando que los niños tienen el viernes libre, hemos quedado en La Taza de Java. ¿Sobre las dos está bien?

—A las dos, sí. Déjame que te acompañe a la puerta —añado.

—Bueno, pues nada… ¡Adiós, señora Dawson! Ha sido un placer volver a verla. Adiós, Megan. Y recuerda lo que te he dicho sobre cómo mantener a Tweedledum y Tweedledee[1] a raya —Le guiña un ojo a mi hermana, que se ríe y le devuelve el guiño.

—¡Me pido Tweedledum! —Ethan levanta la mano.

—¿En serio? No les des coba, anda… —Le pongo la mano en la espalda a Holly y la guío hacia el recibidor. Megan viene detrás.

—Oye, Holly —dice mi hermana—. ¿Necesitas más ayuda en el comité de

organización? Mis amigos y yo hemos acabado los parciales, y creo que podría convencerles para que se apunten.

Holly y yo nos miramos y juro que veo cómo se le enciende una bombilla. Luego sonríe y se acerca a Megan.

—Me vendría bien toda la ayuda posible, sobre todo la de los adolescentes. Si puedes, pásate por la reunión con Ethan y Flynn.

—¡¡Vale!!

Dicho esto, Holly y yo nos ponemos las botas y salimos en busca de su coche.

—Me parece muy buena idea que contemos con Megan. Forma parte de nuestro público objetivo y si consigue que sus amigos se apunten y lo vayan contando por ahí, muy pronto este evento lo petará en redes. Por cierto, ¿ya has dado con un nombre?

Holly ladea la cabeza y reflexiona unos segundos, pero acaba diciendo:

—No, aún no. Pero es verdad: es una de las cosas de las que tendremos que hablar en la reunión. Gracias de nuevo, Flynn. Te debo una.

—¡Qué va, Holly! Como ha dicho mi madre, es por una buena causa.

Cierro la puerta suavemente y ella arranca el coche. Se despide con la mano y luego sale por el camino de entrada. Yo me quedo mirando hasta que se incorpora a la carretera principal que conduce al pueblo.

***

Unas horas más tarde, Ethan, Megan y yo entramos en La Taza de Java. Paso olímpicamente de las miradas coquetas de la camarera más joven y me acerco a la esquina que Holly y su equipo han invadido. La otra camarera del local está allí con su bloc de notas y Holly le sonríe.

—Gracias, Claire…

—De nada, cielo.

A Holly le brillan los ojos cuando nos ve.

—¡Hola! ¡¡¡Qué bien que habéis venido!!

Miro la diminuta mesa de banco corrido[2] en la que están apretujados Violet, otros cuatro chavalines y ella. Violet se levanta a saludar y Megan se sienta al lado de un chaval que parece incapaz de apartar los ojos de ella.

—¡Hola, George! ¡Hola, Tanya! ¿Qué tal, Trish? Hola, emmm… —Mi hermana sonríe al chico que está a su lado.

—Trent. Me llamo Trent. Soy el primo de Tanya. Estoy de visita en el

pueblo.

—Encantada, Trent. Yo soy Megan Dawson. Vivo en un rancho a las afueras del pueblo.

—¡Ejem!

Me aclaro la garganta y alzo las cejas mirando a Megan. Ella se sonroja ligeramente y agacha la mirada. Violet se sienta en la mesa de al lado y Ethan se acomoda justo enfrente. El único sitio libre que queda es junto a Holly, en el extremo opuesto. Este rinconcito es muy estrecho, así que apoyo el brazo en el respaldo del asiento para mantener el equilibrio. La situación obliga a Holly a apoyarse en mi brazo extendido. Ethan y Violet están justo igual que nosotros, como si hicieran efecto espejo, y al instante, me veo transportado a la infancia y a los días del instituto, cuando nos sentábamos tal que así.

—Me alegro de que hayáis podido venir —dice Holly—. Vamos a dar comienzo oficialmente a esta reunión. Creo que todos os conocéis, excepto Trent. No es de por aquí, pero es un diseñador gráfico de primera. Hoy falta la hermana pequeña de Tanya. Tenía cita con el dentista, así que… Bueno, empecemos.

***

Dos horas después, unidas a una tonelada de chocolate caliente y otras bebidas y varias páginas de notas, damos por concluida la reunión. He de decir que estoy bastante impresionado con las propuestas de los adolescentes. Holly tenía razón: son más que capaces y tienen intuición con respecto a nuestro público objetivo. Por otra parte, me he fijado en que Megan y Trent han hecho buenas migas y que ella (de una forma que no entiendo, pero delante de mis narices) ha conseguido darle su número con la excusa de que diseñe la invitación para su fiesta de los dieciocho. Los cumple el año que viene, y no sé por qué, pero me da que la llamará antes de ese plazo. Ni de coña espera tanto.

Nos dividimos en tres vehículos. Ethan ha venido con Megan y conmigo en mi camioneta. Violet se lleva a los cuatro jóvenes en su coche y Holly se va sola en el suyo.

—Gracias de nuevo, chicos. Pienso pasarme toda la vida repitiéndoos lo mucho que aprecio todo lo que estáis haciendo. Flynn, no olvides mandarle un mensaje a George con la hora a la que necesitas que el equipo de fútbol esté en el taller para ayudar a montar la cabaña.

—Sí, vale.

—Te llamaré más tarde si se me ocurre algo más, ¿vale?

—De acuerdo, preciosa.

Me quedo callado al darme cuenta de cómo la he llamado. Holly se sonroja. Ethan se ríe.

—Id con cuidado —añade ella—. Hablamos más tarde, hermanito. ¡Chao, Megan!

Todos miramos como se adentra en el tráfico fluido y finalmente desaparece en la carretera.

—Voy a pillar un café para el camino. ¿Queréis algo? —digo.

Al final acabamos entrando en la cafetería y nos ponemos a la cola. Por suerte, no hay mucha gente delante. Pido (aunque para ello tengo que ignorar el coqueteo de la camarera joven) y luego me acerco al mostrador donde está Claire.

—Uy, qué rápido habéis vuelto —me dice con un brillo en los ojos—. Uno nunca tiene bastante con un *mocaccino*, ¿a que no?

Sonrío.

—En eso tienes razón.

—Escucha, no quiero entrometerme, pero no he podido evitar oír algunas de las cosas de las que hablabais. Si no te importa, podría hablar con mi hermano y ver cómo podemos ayudar. Quizá sirviendo chocolate caliente o algo así…

La miro y sonrío.

—Seguro que encontramos la manera de que echéis una mano. Te diré una cosa: habla con tu hermano y luego llama a Holly.

Busco en mi bolsillo un bolígrafo y un trozo de papel, escribo el número y se lo doy. Ella vuelve a sonreír.

—Eso haré —Me entrega nuestro pedido—. ¡Que aproveche!

—¡Gracias!

—Ojo, Flynn, que lo que propone esta mujer está mejor que bien —dice Ethan—. Deberías mencionárselo a Holly para que empiece a pensar cómo cuadrarlo todo.

—Sí, lo sé. Recuérdamelo cuando llegue a casa.

Unas horas después, mientras me pongo cómodo en mi caravana, no necesito el recordatorio de Ethan para llamar a Holly. Para el caso, no dejo de pensar en ella.

Por suerte, contesta tras la primera señal.

—Hola. ¿Puedes hablar?

—Sí, claro. Para ti siempre tengo tiempo —contesta.

—Pues mira, hablé con Claire en la cafetería y…

[1] *N. de la T.* Los dos gemelos rechonchos de *Alicia en el País de las Maravillas*, a los que la protagonista se encuentra en el bosque cuando sigue al Conejo Blanco.

[2] *N. de la T.* Se refiere a un reservado de un *diner* o cafetería, esto es, una configuración de mesa y sillones propia de este tipo de establecimientos.

11

Holly

Miro fijamente el calendario. Parece mentira que ya estemos en la tercera semana de enero. Ahora que nos hemos puesto manos a la obra y todo comienza a tomar forma, puedo trabajar con tiempos y establecer fechas límite. La verdad es que me alivia que la semana y pico que pretendía tardar en orquestarlo todo se quedara en tan solo un par de días. En realidad, falta poco menos de dos semanas para la Feria del Juguete. Al haber cubierto tantas cosas en poco tiempo, vamos más holgados, pero aún queda mucho por hacer.

Me dirijo a la cocina para calentar en el micro el desayuno que me ha dejado mi madre. Por primera vez desde que estoy en casa, me apetece ir a mi ritmo y tomarme las cosas con más calma.

Irónico, porque…

Engullo el desayuno, cojo mi taza de café y mi bloc de notas y me siento junto a la ventana. Miro el patio delantero y me fijo en los parterres que delimitan el camino hacia la calzada. Parece que las rosas han pasado a mejor vida. Al menos, hasta que vuelva la primavera. Observo los tallos marrones e intento recordar la última vez que vi el jardín en flor. *Anda que no ha llovido… Qué vergüenza.* Entre que me fui a la universidad y me mudé a Nueva York, yo diría que en los últimos años no he pisado mi casa en la época en la que todo florece.

Este año vendré más.

Me termino el café y me centro en mi bloc de notas, en el que solo hay garabatos. En la reunión de ayer tomamos un par de decisiones importantes. Y por la noche, después de hablar con Flynn, me llamó Claire. La Taza de Java ha aceptado ser el proveedor (y patrocinador oficial) de todo tipo de bebidas calientes durante las actividades y eventos, así que en cuanto terminé de hablar con ella, llamé inmediatamente a Violet y nos pusimos de acuerdo para dejar unos cuantos folletos en la cafetería y crear una especie de centro de distribución para las inscripciones. Claire será nuestra persona de contacto en el local.

Por su parte, Tanya y Trish son los encargados de repartir folletos. Mientras estábamos en la cafetería, publicaron ciertos anuncios en redes y me enseñaron los comentarios de sus amigos y compañeros. Al ver tanto entusiasmo, nos atrevimos a habilitar la inscripción en línea. Al mismo tiempo, George y el

equipo de fútbol planearon encontrarse con Ethan y Flynn en el aparcamiento de la juguetería esta misma tarde para hablar sobre cómo montar la cabaña (toda una hazaña, porque en realidad, pequeñita no es). Mis padres, por su parte, han estado clasificando algunos artículos de la juguetería que podrían exponerse, y paralelamente, todos hemos buscado posibles colaboradores para el museo efímero. Hay trabajo de sobra, os lo aseguro.

Leo por encima las páginas del bloc de notas, lo cierro y cojo una guía telefónica para llamar a posibles patrocinadores.

Sí, aquí somos muy analógicos…

—¡Arreglos florales y decoración de Evergreen Creek, Shelby al habla!

—Hola, Shelby. Soy Holly Morgan, de La Peonza Juguetona. Me preguntaba si tendrías tiempo para hablar de una propuesta que puede ser beneficiosa para ambas…

Entre llamada y llamada, se me pasa la mañana. De vez en cuando, suena el teléfono y rezo para que sea Flynn. Me habría gustado continuar la conversación del otro día. Bueno, no sé si querría hablar precisamente… Se me ocurren mejores cosas que hacer con él, para qué mentir.

Me encantaría entender por qué. Por qué sigo pensando en Flynn a pesar de que ha pasado tanto tiempo. A lo mejor es que, contra todo pronóstico, siempre ha sido él. Ahora solo faltaría que también sintiera lo mismo por mí. *¡Ay, el amor correspondido…!* Tremenda fantasía, ¿eh? Aunque lo que me dijo el otro día me hizo pensar. ¿Y si, para él, siempre he sido yo también? No creo que sea el caso. Si no, no habría estado con tantas chicas del pueblo, ¿no? Bueno, eso último es suposición mía. Confirmada solo está Brooke.

¿Conocéis la teoría del hilo rojo? Sí, esa según la cual las personas que están destinadas a acabar juntas están unidas por un cordelito que siempre los lleva de vuelta a los brazos del otro… Ojalá me pasara a mí. Ojalá ser la chica por la que Taylor Swift escribió *Invisible String*.

Pasan las horas y Flynn no llama. Pero bueno, estará ocupado. Inmediatamente después de la cena, me dirijo a casa de Violet. Saludo rápidamente a sus padres antes de dirigirme al garaje.

—¡Vaya! ¡Ya casi has terminado, Vi!

Me acerco al enorme lienzo, tentada de pasar los dedos por la superficie texturizada.

—Estará listo a finales de semana. Harán falta un par de días para que se seque del todo. Luego podré sellarlo y avisar al cliente para que se pase a recogerlo. Y a partir de ahí… ¡todo suyo!

—Pues que sepas que hoy no he soltado el teléfono. Muchos vecinos se ha mostrado muy receptivos. No tenía ni idea de que tanta gente tuviera guardados juguetes o manualidades de La Peonza Juguetona. Tenemos que redactar una especie de contrato para los patrocinadores y voluntarios, ¿vale?

—Hazme caso, amiga: lo que necesitas es una especie de secretaria. Alguien a quien se le dé bien tomar notas y apañar el papeleo. Alguien que tenga buen ojo para los detalles. Megan haría un gran trabajo, ¿no crees?

—Mmm… Sí. Se lo preguntaré mañana.

—Estoy segura de que dirá que sí, sobre todo si con eso viene al pueblo más a menudo. Seguro que Ethan o Flynn la traerán cuando se pasen por aquí, y nosotras podemos hacer turnos para llevarla a casa cuando tenga que irse, ¿o no?

Mi amiga se queda callada un segundo y saca la puntita de la lengua: está concentrada en una zona específica del lienzo.

—Suena factible —respondo.

—Bueno, ¿y cuántos patrocinadores tenemos al final?

—De los veintitrés que había en la lista, quince se han apuntado, así que solo nos queda ultimar algunos detalles con ellos. Tres se han negado porque tienen otras obligaciones financieras para este trimestre. Cuatro no contestaron y el último que queda se pondrá en contacto conmigo en los próximos días.

Echo un vistazo a mi bloc de notas para confirmar mis palabras.

—¡Quince! Son muchos más de los que pensaba que responderían. En fin, cuantos más, mejor. ¡Bien jugado!

—Y hablando de juegos, necesitamos un nombre para el evento.

—¿Qué tal «Recuerdos juguetones»?

Echo la cabeza para atrás y me río.

—Suena un poco cochino, ¿no?

—Bueno, solo si tienes una mente calenturienta como la tuya… —Se ríe.

Me devano los sesos en busca de alternativas.

—Me gusta que sea cortito, pero admito cualquier cosa. Incluiría lo de «juguetón», pero no sé si es buena idea usar parte del nombre de la tienda.

—¿Qué tal «Juguetes de ayer y de hoy para siempre»?

Nos quedamos en silencio un rato, hasta que finalmente añado:

—No está mal, pero se puede mejorar.

—Bueno, es un comienzo…

—Sí, es un comienzo.

Seguimos intercambiando ideas mientras ella trabaja, y para cuando salgo de su casa, hemos llenado otra hoja de mi bloc de notas. Al llegar a casa de mis

padres, enciendo el portátil y empiezo organizar mis apuntes. Cuando consigo remediar el desastre, las agujas del reloj señalan la medianoche. Me meto en la cama y recuerdo la sugerencia de Violet: tengo que preguntarle a Megan si quiere ser mi secretaria.

Aunque ya puestos, se me ocurre otra persona a la que preguntárselo…

Sin pensármelo dos veces, le envío un mensaje a Flynn:

***Holly:** *¿Puedes preguntarle a tu madre si me presta a Megan un par de horas todos los días? Necesito una especie de mano derecha y ella sería perfecta. Ya me dices.*

Dejo el teléfono en la mesita. Estoy a punto de apagar la lámpara, pero entonces, vibra. El corazón me da un vuelco cuando veo que Flynn me ha respondido.

***Flynn:** *Mañana se lo pregunto.*
Seguro que ambas dicen que sí.

Tecleo a toda prisa.

***Holly:** *Gracias.*

***Flynn:** *Nada. ¿Qué tal hoy?*

Holly:¿Puedo llamarte?*
Así acabo antes.

***Flynn:** *Aquí me tienes…*

Contesta después de la primera señal.

Qué fuerte, ¿no?

—Hola.

Respiro hondo, pero echo el aire despacio para que no se note que estoy nerviosa.

—Hola… ¿Qué tal tu día? —pregunto.

—Bien, la verdad.

—¿Se acabaron las vacas y las cabras anárquicas?

Flynn se ríe. Eso relaja tensiones. Me imagino la curva de sus labios y el brillo en sus ojos y… me da.

—Eso parece. ¿Y tú? ¿Qué has hecho?

Le cuento mi día, que se ha basado en llamadas y gente accediendo a ayudar.

—… así que, con la ayuda de Megan, conseguiremos redactar y firmar algunos contratos para que pasado mañana podamos ver los primeros indicios del cambio. Hoy hemos repartido un montón de folletos. Bueno, los chicos lo han hecho. Tengo que preguntarle a Claire si alguno de sus clientes ha mostrado interés en apuntarse.

—Ah, escucha: he hablado con George. Vamos a llevar todos los materiales de la cabaña mañana. Los hemos cargado en el camión, así no perderemos tiempo. A primera hora, estaremos en el pueblo. Creo que cuando la gente vea que vamos a montar algo en la propiedad, la curiosidad y el interés repentino harán lo suyo.

—Cuento con ello. Mi madre dice que hay bastantes personas dispuestas a prestarnos objetos para la exposición, así que ha ido repartiendo formularios para que los rellenen. Y si dices que la cabaña estará lista mañana, enseguida podremos montarlo todo. ¿Vas a llevar el tirachinas para que todos lo vean?

—Solo si tú expones la muñeca… —No me hace falta verle para saber que está sonriendo al otro lado de la línea—. ¿Has hablado con Violet?

—Sí. ¿Y sabes qué? Mi padre dice que seguro que puede encontrar las fotos que sacó el día que intercambiamos regalos. ¿Te parece bien que las colguemos en la expo?

—Sería un bonito detalle. Hablando de padres: el mío quiere saber si te interesaría que hiciera de tallador de madera. Hace tiempo que no se pone a ello, pero…

Me quedo boquiabierta.

—¡Madre mía, Flynn! ¡Pues claro! Dile que sí, por favor. ¡Dios, qué guay! El tallado de madera es el origen de la industria del juguete. Sería como un viaje en el tiempo. Por cierto, ¿qué te parece este nombre? Atento: «Juguetes de ayer y de hoy para siempre».

Ambos nos quedamos en silencio, y durante unos segundos, solo oigo su respiración. Finalmente, habla:

—Me gusta, pero cambiaría una cosa: «Juguetes de ayer y de hoy para el mañana». ¿Mejor? Y ahora que lo pienso… ¿Y si hacemos que las actividades giren en torno a ese concepto? Así, la fabricación de juguetes, la repostería, la

moda, la artesanía… todo podría estructurarse conforme a la línea temporal: pasado, presente y futuro.

—Tu padre tallando es el pasado…

—Y el tuyo fabricando juguetes, el presente.

—Y los que se apunten al concurso, el futuro. Dios, Flynn. Se me pone la piel de gallina solo de pensarlo…

—Lo que daría por verlo en directo…

Sus palabras, salidas de sus labios carnosos y varoniles, son como una caricia. Me estremezco y entonces se me escapa un bostezo que me devuelve a la realidad.

—¡Uf, perdona! No me había dado cuenta de que era tan tarde. Siento mucho haberte desvelado.

—No importa. Por ti me desvelaría las veces que hiciera falta, Holly, y más si es por un buen motivo.

¿Lo dirá con segundas? Suena ligeramente anhelante… ¡Venga, Holly, sin fliparse!

—Ya, bueno…

Ahogo un segundo bostezo y me resisto a colgar. El silencio se prolonga un rato y siento que se me caen los párpados.

—¿Holly? ¿Sigues ahí?

—S-Sí. Estoy aquí.

—Anda, vete a la cama. Mañana hablaré con mi madre y Megan y te llevaré a tu futura secretaria el camión, cuando acerquemos la cabaña.

—Vale…

—Que descanses.

—Tú también —Pasan un par de segundos sin que cuelgue, así que decido añadir una cosa más—. Flynn, yo…

Entonces oigo el clic que finaliza la llamada. Me doy la vuelta hacia la mesilla, dejo el teléfono y apago la luz. Unos minutos después, me quedo dormida. Hasta que caigo en brazos de Morfeo, no dejo de pensar en lo que casi admito en voz alta.

***

A la mañana siguiente, Flynn cumple su palabra. Megan y yo nos sentamos en el porche acristalado con mi portátil y nos ponemos con el papeleo. *Planazo de domingo, ¿eh?* Flynn y los jóvenes unen fuerzas para erigir la cabaña en la

otra punta del aparcamiento. La estampa de un grupo de chicos musculosos y en buena forma dándolo todo para colocar una estructura en su sitio atrae a una pequeña multitud, y enseguida pienso que debería haber puesto a alguien por allí para informar del evento.

Me fijo en Flynn, con su chaqueta de piel, sus vaqueros y sus botas y no puedo evitar pensar en que tiene que estar ardiendo para no pasar frío con esa ropa tan fresca. *Dios, cómo me gustaría sentir el calor de su cuello, de su torso, de sus abdominales… Me perdería una y otra vez en su moreno de campo, en su piel bronceada en pleno enero, y no lo soltaría jamás.* Definitivamente, debería haber mandado a alguien para informar por la zona en que están los chicos. Si para mí uno de ellos es hipnótico, me imagino que para las demás, también.

Como si me hubiera leído el pensamiento, Megan entra corriendo en la tienda y coge un montón de folletos. La sigo hasta la acera y nos pasamos un buen rato repartiendo hojas de inscripción e informando sobre las distintas actividades. Para cuando la cabaña está montada, se nos han acabado los papeles, pero tenemos la hoja de contacto hasta arriba de nombres, así que nos metemos en el porche a resguardarnos del frío.

—¿Por qué no ponemos una pérgola o un puesto de información en la acera, junto a la puerta? —propone Megan.

—Me parece una idea fantástica.

—¿Qué es una idea fantástica?

Ambas levantamos la vista para ver a Flynn acercándose al rinconcito donde hemos instalado nuestra… oficina.

—Le estaba diciendo a Holly que estaría guay poner un puesto de información en la acera, junto a la puerta del porche.

—Tengo una pérgola de diez por diez, por si os interesa. Con eso os ahorraríais alquilársela a alguien. Si queréis, podría traerla mañana por la tarde, cuando Megan acabe las clases. Eso sí, no necesitaré tanta mano de obra como hoy…

Le miro y sonrío.

—Qué apañado, Dawson… Tienes soluciones para todo, ¿verdad?

—Cualquier cosa por una damisela en apuros —añade, sonriente.

Nos miramos y casi me olvido de que Megan está presente. Bueno, al menos hasta que se aclara la garganta.

—Esto… Voy a tomarme un moca antes de que esos pozos sin fondo en cuerpo de adolescente arrasen con todo —dice Flynn—. Luego hablamos. Si has terminado con Megan, puedo llevarla a casa cuando salga y ahorrarte el viaje

más tarde.

—Sí, la verdad es que por hoy ya está bien. Hay muchas cosas que podemos hacer desde casa. Un millón de gracias por tu ayuda, Megan. Eres la mejor.

—De nada, Holly.

—En fin, me voy a por el moca —dice Flynn.

Ambas observamos cómo avanza a zancadas por el porche y entra en la tienda. Me quedo empanada mirándolo a través del cristal del escaparate. Sonríe a mis padres y, de pronto, siento un pinchacito en el corazón.

¿Está mal fantasear con una vida que no se tiene?

—Mi hermano es genial, ¿a que sí? —Miro a Megan, que sonríe de oreja a oreja—. Bueno, ¿qué necesitamos para el puesto de información?

Nos quedamos un ratito más hablando hasta que Flynn sale y se la lleva a casa. Me despido de ellos a lo lejos y no sabría decir cuánto tiempo me quedo mirando al vacío.

—Cada vez es más real, ¿eh?

Me giro y veo a mi madre a unos metros de mí. Sonrío.

—Sí, mamá. Parece que la cosa avanza.

—Vamos dentro. Te he guardado un moca.

***

Al día siguiente por la tarde, Flynn vuelve por todo lo alto. Tras una mañana entera de recados, me alegra ver que, al llegar a la tienda, está dándole los últimos retoques a una pérgola que ha colocado junto al porche de la juguetería. Megan fija a su lado un cartel en el que se lee: «INFORMACIÓN». Los saludo a los dos y entro en la tienda. Unos minutos después, Megan se reúne conmigo.

—Tanya y Trish han venido buscando algo que hacer. Están en la cabaña. Trent también anda por aquí, así que dinos cómo podemos ayudar —Megan se sonroja al pronunciar el nombre de Trent—. ¡Ah! Mi hermano me ha pedido que te diga que ha tenido que irse a casa para hacer unas cosas.

Saber que Flynn acaba de irse me desanima un poco. Luego caigo en todo el tiempo que ha empleado en ayudarme y me siento muy agradecida. Ahora toca aprovechar que tenemos muchas manos dispuestas a ayudar.

—¿Sabes qué? Diles a los chicos que ayuden a mis padres a quitar los adornos de Navidad. Tampoco hay que apurar hasta finales de enero… No solo vamos a montar cosas, ¡también hay que despejar!

¡Eso es, Holly! ¡Que no decaiga!

Y no decae.

***

La caseta de información lo está petando. Cada día que pasa hay más gente interesada. La Taza de Java hace lo suyo y ofrece un suministro aparentemente interminable de chocolate caliente y café para los clientes y voluntarios, tanto en el local como fuera de él.

El porche acristalado de la juguetería está a rebosar en cada taller que imparten mi padre y el señor Dawson. Según mis informantes, las clases de repostería y costura también están en auge. Violet está ocupadísima, ya que ha abierto su estudio para ciertas actividades de pintura. Megan y yo no tenemos ni un segundo libre: por la mañana, yo me ocupo de la parte administrativa, y por la tarde, ella revisa el trabajo por si se me ha escapado algo. Por las noches, me concentro en el desfile de moda y en la puesta a punto del concierto de la noche de la inauguración.

El museo es todo un éxito y cada día nos traen más objetos para la exposición. Lo mejor de todo es que últimamente hay más afluencia en la juguetería, lo que equivale a más ventas. A este ritmo transcurre una semana más, y gracias a la operación «salvar La Peonza Juguetona», por el momento todo va viento en popa. Ahora solo hay que mantener el ritmo hasta el final. Al fin y al cabo, para la feria aún quedan unos cuantos días.

12

Flynn

—¡A la de tres! —grito—. ¿Preparados? ¡Uuuuna! ¡Dooooos! ¡¡¡Y treeees!!! ¡¡AAARRIBA!!

Haciendo acopio de todas nuestras fuerzas, Ethan, dos trabajadores del rancho y yo conseguimos subir al camión las ramas bajas que hemos podado del abeto del rancho de mi padre . Como son gordas, pesan un quintal. Nos ha costado una barbaridad, pero por fin está saneado, así que respiramos aliviados. Menos mal que, como máximo, mide un par de metros, porque si no, no lo contábamos.

Ethan suelta una risa nerviosa mientras nos alejamos del abeto y buscamos un tocón apartado para sentarnos y recuperar el aliento.

—Pues nada, a seguir con lo nuestro. A ver si conseguís colocar los adornos el año que viene. Como siga creciendo, no habrá escalera del mundo que llegue a la parte más alta.

—Ya, pero no nos queda otra. Mamá me despellejaría vivo si no lo saneara. Es el más bajito de por aquí.

—Y yo caería contigo. En fin, para eso estamos, para ayudar a las mamás y a quien haga falta. Bien hecho, colega.

Ethan me da una palmada en la espalda y sonríe.

Los dos nos giramos al oír que se acerca un vehículo. La camioneta de Ben se detiene a unos pasos de nosotros, en el arcén. Este se baja y camina en nuestra dirección.

—He visto a tu padre en el pueblo y me ha dicho que estaríais por aquí. ¿Qué hacéis con el árbol a estas alturas?

—Hola, Ben. Pues ya ves, es lo que hay. Si quieres conservar algo, hay que mantenerlo.

—Tu madre es cabezota, pero es buena mujer ¡De tal palo, tal astilla! —ríe Ethan antes de alejarse para ayudar a los chicos a cerrar la camioneta donde llevaremos la madera al leñero.

Ben se ríe.

—Y yo que pensaba que Holly era la más atareada del pueblo. Vaya chica, ¿eh? No puedo ir a ningún sitio sin ver un cartel u oír a alguien hablar de *La Peonza Juguetona.*

—Sí, bueno. Cumple todo lo que se propone, así que…

Me seco la frente con el antebrazo. A pesar de las bajas temperaturas, he sudado bastante por el esfuerzo. Además, mi padre siempre ha dicho que los Dawson somos de sangre caliente.

—Seguro que sus padres están orgullosos de ella —añade Ben.

—Todos lo estamos. Pero bueno, solo se queda hasta después de la feria.

Ben me mira con curiosidad.

—¿Qué te hace pensar eso?

—A ver, me dijo que pensaba estar hasta el cumpleaños de su madre. Después de eso, volveremos a lo de siempre.

—O sea, ¿que no crees que lo que ha empezado pueda continuarse?

Guardo silencio y miro al frente. Pienso muy bien lo que voy a decir antes de abrir la boca:

—Sí, claro, pero hay que tener en cuenta muchos factores, empezando porque la fuerza motriz del proyecto, ella, no estará aquí. Pero es evidente que está haciendo un buen trabajo.

Las palabras salen de mi boca con un tono amargo.

—¡Ey, Ben! —grita Ethan de repente.

—¿Sí?

—¿Quieres un poco de leña?

—¡Claro! Dame un segundo, Flynn. Ahora vuelvo. Te dejo pensando en lo que estábamos hablando.

Ben se acerca a Ethan y, de repente, mi teléfono vibra.

***Megan:** *Holi.*
Ceno con Holly esta noche.
Díselo a mamá, porfa.

***Flynn:** *Vale.*

Levanto la vista del móvil y veo que Ben camina hacia mí.

—Bueno, ¿querías algo de mí? Si no, me voy con Ethan, que tenemos que llevarnos las ramas. ¿Al final te quedas algunas o qué?

—No, hijo, no. Deja que hagan marcha y vente a mi rancho un rato. Así hablamos. Yo te acerco luego a casa, si quieres.

—Em… Vale. ¡Oye, Ethan!

—¿Quéééé?

—¡Vete adelantando! ¡Me voy a pasar por el rancho de Ben!

—¡Vale! ¡Nos vemos!

Esperamos a que el camión se incorpore a la carretera antes de subir a la camioneta de Ben para el corto trayecto hasta sus tierras. Aunque somos vecinos, hace tiempo que no paso por su propiedad. Me quedo mirando la mampostería del camino que sube hasta una cabaña no muy grande. Se nota que hace poco pintó la baranda del porche, porque brilla como nunca. Entramos a toda prisa y enseguida nos recibe el calorcito del interior.

—Pasa a mi despacho, anda. Siéntate.

Me pregunto qué andará tramando. Ben nunca ha sido tan formal conmigo y además está escarbando en un archivador. Finalmente, saca un montón de papeles y se sienta frente a mí.

—Voy a ir directo al grano: quiero arrendarte un trozo de tierra en la parte inferior de mi propiedad, en el campo que se extiende desde el tuyo hasta el de tu padre.

—¿Arrendarme parte de tu terreno? ¿A mí? ¿A santo de qué, Ben?

Me tiende un trozo de papel con un plano. Siento que el corazón me late de la emoción al divisar el lago en el papel. El lago de Evergreen Creek era propiedad del pueblo hasta que Ben compró la finca. Después de la venta, decidimos respetar su intimidad y dejamos de utilizarlo como campo de tiro al blanco.

—Me he enterado de ciertas cosas. He oído que a la gente le encantaba venir a las tierras de los Dawson y hacer pícnics en verano o patinar sobre hielo en invierno. Yo todavía no soy un vecino consolidado, pero sé que si lo de abrir el lago al público de nuevo saliera de ti, la gente estaría más dispuesta a disfrutarlo como antes. Además, seguro que así estrecharíamos lazos. Buscabais una excusa para conectar con los demás, ¿no es así?

—Pero… Dios, no sé qué decir.

—Haré redactar el contrato de alquiler por… digamos… ¿un dólar al año? —Me echo a reír y él sonríe y se encoge de hombros—. Al menos así tendremos por escrito que me lo has alquilado de forma legítima. Y tal vez podamos añadir el patinaje sobre hielo a la lista de actividades invernales. ¿Quizá una fiesta a mediados de la Feria del Juguete? No sé, es lo que se me ocurre a bote pronto. ¿Crees que Holly estará de acuerdo?

—No puedo decidir en su nombre, pero es una idea estupenda. Espera, voy a llamarla.

Saco el teléfono y marco un número que ya me sé de memoria. Ella contesta

tras la primera señal y mis labios se curvan hacia arriba en cuanto oigo su voz.

—Hola. ¿Qué hay? —Holly me responde y yo asiento con la cabeza—. Escucha, estoy con Ben y voy a ponerte en altavoz, ¿vale?

Pulso el botón y enciendo el altavoz.

—Hola, Holly. Soy Ben.

—Hola, Ben. ¿Qué puedo hacer por ti?

Ben se ríe.

—Siempre dispuesta a ayudar. ¡Me gusta! —Se ríe y yo sonrío—. Flynn y yo acabamos de medio formalizar un acuerdo y le he propuesto una actividad que quiere que te transmita.

—De acuerdo…

Me aclaro la garganta antes de intervenir:

—¿Crees que podemos encontrar hueco entre todas las actividades para incluir una fiesta de patinaje a mediados de la Feria del Juguete? —Durante unos instantes, solo hay silencio—. ¿Holly? ¿Estás ahí?

—¿Una fiesta de patinaje? Pero el único sitio en el que eso podría hacerse es en…

—Sí, exacto —la interrumpe Ben—. Le he arrendado a Flynn esa parte de mis tierras. Ha sido un aquí te pillo, aquí te mato. El acceso es más fácil desde las tierras de los Dawson que desde las mías, así que, si quieres, puedes añadirlo al cóctel para darle un poco de alegría al asunto. Sería la guinda del pastel, ¿no crees?

—¡Guau! En serio, ¡flipo! —responde ella—. Bueno, voy a tener que consultarlo con el comité y concretar los detalles y demás, pero… yo creo que se puede. Muchas gracias, Ben.

—De nada, tesoro. Apañaré algunas cosas con Flynn y él te pondrá al corriente, ¿vale?

—No hay problema. Hablamos luego, Flynn.

Su voz se vuelve más dulce cuando pronuncia mi nombre. Por eso, me gustaría decirle más que un simple:

—De acuerdo. Hasta luego.

Cuelgo con una sonrisa en la boca. Levanto la vista y me encuentro a Ben mirándome como un niño travieso.

—Ha pasado ya, ¿sabes?

—¿El qué?

—Has contraído la fiebre Holly. Te lo he dicho: todo el mundo está que no caga con ella.

—Bueno, nadie había hecho nunca algo así por Evergreen Creek.

—No, no. No me refiero a la repostería, ni a los talleres de juguetes y demás. Hablo de ella. La gente no deja de comentar la energía que parece haber devuelto al pueblo. No es la primera vez que oigo a alguno decir que ojalá se quede.

—Vive en Nueva York, Ben. A mediados de febrero volverá a casa.

Así, dicho en voz alta, parece que mis palabras carecen de significado.

—¿De verdad crees que Nueva York es su hogar, Flynn?

Me quedo callado y miro a un punto fijo justo a su derecha. Prefiero evitar el contacto visual. Siento que los nervios se apoderan de mí. De repente, se me acelera el corazón.

—Te gusta esa chica, ¿verdad? —insiste. Más que una pregunta, es una afirmación, así que permanezco en silencio—. Escucha, sé lo que se siente al querer mantener las distancias con alguien al mismo tiempo que deseas que pase el resto de tus días contigo. No soy de aquí, así que no conozco vuestra historia. Lo poco que sé es que crecisteis juntos, pero tal vez, solo tal vez, ella necesite una razón para volver a casa. A su casa de verdad, o sea, este pueblo. Y tal vez tú seas el indicado para dársela. Tienes que decirle lo que sientes.

Nuestros ojos se encuentran. El brillo travieso que había en los suyos ha desaparecido. Está tan serio como un juez. Trago saliva y respiro hondo.

—Déjame que te hable de mi querida Laura —Suspira—. En fin, que en paz descanse. Era mi vecina, ¿sabes? Nos criamos juntos en el oeste del país, pero fui yo quien se marchó. Fui a una universidad prestigiosa, me saqué un título sobre los que uno nunca se cansa de hablar y conseguí un trabajo envidiable con una casa y un coche de lujo y unos ingresos netos de seis cifras. Era feliz, o al menos, eso creía al principio. No tardé mucho en darme cuenta de que nada me importaba una mierda en comparación con lo que habría sido tener a alguien con quien compartirlo. No me malinterpretes: estuve con muchas mujeres, pero ninguna de ellas llenaba ese vacío. Cuando volví a casa para el sesenta cumpleaños de mi madre, vi a Laura ayudándola a preparar la comida. Entonces me sentí como si la pieza del puzle que me faltaba hubiera encajado al fin en su sitio —Se aclara la garganta y se levanta. Camina de un lado a otro, abrumado por los recuerdos—. La invité a salir para rememorar viejos tiempos. Resumiendo: poco después, dejé todo lo que tenía y me mudé a mi ciudad natal. Gracias a mis estudios y referencias, no me costó encontrar un trabajo estable. Nos casamos tres meses después, y el resto, como se suele decir, es historia.

—Vaya…

Nos sentamos en silencio durante unos minutos. Luego se aclara la garganta

una vez más antes de añadir:

—Te estarás preguntando por qué no volví a casa y cómo este autómata ricachón que una vez vivió en el lujo de la costa este acabó en un rancho de un pueblecito. Es algo que Laura y yo siempre quisimos hacer después de jubilarnos. Y aunque sabía que no estaría el tiempo suficiente para hacerlo conmigo, me dijo que cumpliera nuestro sueño de todos modos.

Otra vez silencio, luego dice:

—Flynn…

—¿Sí?

—Dejémonos de rodeos: es hora de hablar de hombre a hombre. ¿Qué sientes por Holly? ¿Es una amiga o la ves como algo más?

Sacudo la cabeza.

—No puedo verla como algo más. Es la hermana de Ethan.

—Dime una cosa: si se cambiaran los papeles y Megan fuera diez años mayor y Ethan mostrara cierto interés por ella, ¿cómo te lo tomarías?

—Me alegraría muchísimo. Es mi mejor amigo y no se me ocurre nadie mejor… —Mi cerebro entra en razón de repente y Ben sonríe—… para Megan.

—¿No crees que Ethan querrá lo mismo para su hermana?

Respiro de forma entrecortada y me pongo en pie.

¿Debo arriesgarme y liberarme, sacar a luz de una vez por todas esos sentimientos que he estado conteniendo? ¿Debo arriesgarme por Holly?

—No dejes que se te escape, Flynn. Dale una razón para volver a casa —Dicho esto, golpea ligeramente el escritorio con los puños—. Y ahora volviendo al contrato: ¿Te parece mucho un dólar al año?

Nos reímos y la tensión del ambiente se disipa.

Esa noche, tumbado en la cama, repito la conversación con Ben una y otra vez en mi mente. Y cuantas más vueltas le doy, más me reafirmo en que tiene razón.

Quiero que Holly sea algo más que mi amiga. *¡Dios, quiero que lo sea todo!* Me muero por ella. Además, estoy seguro de que Ethan me apoyará. Para el caso, me ha insinuado más de una vez que soy como de la familia.

Respiro hondo. Estiro el brazo hacia el mueble más cercano y cojo el móvil. Es ahora o nunca.

13

Holly

Me estoy echando crema hidratante después de salir de la ducha cuando me suena el móvil.

¡Es Flynn!

Me tumbo en la cama mirando al techo.

—Hola, granjero…

—Hola, organizadora de eventos… ¿Qué tal el día? ¿Alguna novedad?

—Bueno, los jugueteros se están luciendo. Hay que ver la imaginación que tienen los niños… Una peque se está haciendo un juego de muñecas rusas. ¡Son tan monas! Ha hecho tres: una pequeña, una mediana y una grande, y cada una lleva una pulsera con el año de nacimiento de su abuela, su madre y el suyo. Lo ha llamado «Las tres generaciones». ¿A que es una pasada?

—Hay niños listísimos. La verdad es que encaja a la perfección con el tema central del evento.

—Sí. Ah, y Vi me dijo que en su estudio hay un padre e hijo que se están currando unos autorretratos. Es como si fueran el reflejo del otro, pero han añadido detallitos que señalan a qué época pertenece cada uno. Se ve que una noche se quedaron para darle las gracias por el tiempo que han pasado juntos antes de que el hijo se vaya a la universidad.

—Parece que estamos haciendo algo más que salvar La Peonza Juguetona, ¿eh, preciosa? —Otra vez esa palabra. La pronuncia con picardía y dulzura a la vez, y yo me quedo callada, sin saber muy bien qué decir—. ¿Holly?

—Tranquilo, sigo aquí —Suspiro—. Me siento tan bien, Flynn… Nunca pensé que pudieran pasar tantas cosas en tan pocos días. Es como si hubiera una nueva energía fluyendo por el pueblo: la calma. Sé que no todo el mundo está de acuerdo con lo que hacemos, pero los que lo están, sienten que vamos por buen camino. ¿Sabes a lo que me refiero?

Flynn se ríe suavemente.

—Es curioso que digas eso. Ben mencionó esa sensación de paz cuando estábamos hablando antes.

—Oye, y hablando de Ben, ¿lo dice en serio? ¿Nos da acceso al lago?

—¡Sí! Bueno, hay que formalizarlo, pero en principio, sí.

—Ay, Flynn, qué maravilla. Será como en los viejos tiempos. Creo que llevo

sin patinar sobre hielo desde que me fui a la uni.

—¿En serio? Creía que en la ciudad teníais esas pistas lujosas, ya sabes…

Pongo los ojos en blanco.

—Las tenemos. Pero no es lo mismo que estar al aire libre sobre el grueso hielo del lago, con el viento azotándote en la cara…

—Y con un chocolate caliente esperándote en el termo…

—¡Y con malvaviscos por encima! —Me río suavemente—. No te olvides de ellos, Dawson…

—¡JAMÁS! Cómo olvidar la primera y última vez que me dio un subidón de azúcar de los gordos… ¿Cuántos años teníamos? ¿Trece?

—Umm, puede… ¿O serían catorce?

Me enrollo un mechón de pelo en el dedo y giro sobre mí misma para tumbarme boca abajo.

—Sé que no seríamos mucho más mayores, porque cuando crecimos, se nos metieron otras cosas en la cabeza…—añade él.

—Sí. Una pena que tengamos que madurar, ¿eh?

Se hace el silencio entre nosotros. Oigo cómo se aclara la garganta.

—Bueno, y aparte de dedicarte en cuerpo y alma al evento del siglo, ¿qué has hecho desde que volviste a casa?

Pienso unos segundos.

—¿Quieres saber la verdad? No mucho más.

—Mmmm. No me gusta cómo suena eso. Mucho trabajo y poca diversión, ¿eh? Te vas a convertir en una aburrida, y no podemos permitir eso.

—Oye, que de aburrida no tengo nada, listillo.

Le oigo respirar hondo al otro lado de la línea y siento que mi corazón empieza a latir con fuerza.

—¿Tienes plan mañana por la noche?

—N-no realmente… A menos que leerme mis notas por enésima vez cuente. Ya sabes, tengo que asegurarme de que todo va por buen camino.

—Vale, pero cuando acabes, ¿te gustaría salir a cenar y tal vez a bailar después?

¿Cómo dice? Dios, ¿hay algo más íntimo que bailar pegados? ¡QUE ME DA!

—Em, sí, claro. Me encantaría —digo con una voz apacible para disimular que me está dando un ataquito.

—Genial —Juraría que le oigo sonreír, así que yo hago lo mismo—. ¿Qué te parece sobre las siete y media? Podríamos cenar en el M-10 y luego ir al

Flamingo. He oído que el año pasado pusieron una pista de baile nueva, pero todavía no he estado.

—Me parece un planazo, Flynn. Me muero de ganas.

—Yo también.

La conversación dura un minuto más antes de que ambos colguemos. Miro al techo y repito cada segundo en mi mente. Pero no importa cuántas veces intente analizar sus palabras: la realidad sigue ahí.

Voy a salir con Flynn Dawson. A solas. ¡Tenemos una cita!

Un escalofrío repleto de emoción me recorre por dentro. Suelto un gritito y agito los pies en el aire como una adolescente.

¡Tengo una cita con Flynn Dawson!

***

Hemos disfrutado mucho de la cena. Los nervios que llevo arrastrando desde anoche no han servido de mucho, porque en cuanto pasó a por mí hace unas horas, desaparecieron. Me siento muy a gusto con él y la conversación fluye sin problemas entre nosotros.

Salimos del restaurante y nos vamos al club nocturno. Encontramos una mesita en un rincón y pedimos nuestras primeras copas.

—Gracias por invitarme a salir esta noche, Flynn. Viene bien soltarse el pelo de vez en cuando.

—Uuuuh, ¿la chica de ciudad echaba de menos salir por el pueblo? De nada, señorita. Y ahora… ¿te apetece bailar?

—Te voy a decir que sí, aunque no te lo hayas ganado.

Avanzamos hacia la pista de baile, pero el DJ no tarda ni un minuto en poner una lenta. Sin pensárselo dos veces, Flynn me estrecha entre sus brazos. Le poso las manos sobre los hombros mientras él me coloca las suyas en las caderas con una delicadeza sin igual. Noto el calor de su cuerpo junto al mío e intento contenerme para no arrimarme a él más allá de lo físicamente posible. Sin embargo, como si supiera anticiparse a mis deseos, me pega a él y acerca el pómulo a mi melena. Le apoyo la cabeza en el hombro y junto mis manos en su nuca. Flynn me estrecha y me entrego a su abrazo.

Suenan tres canciones enteras antes de que el ritmo vuelva a cambiar. Dada la estridencia de la canción actual, nos separamos a regañadientes y volvemos a la mesa.

—¡¿Quieres otra copa?! —grita por encima de la música tecno.

Sí que han espabilado en este pueblo…

—Sí, vale. Con lo mismo de antes, sobra.

Flynn se dirige a la barra y yo miro a mi alrededor. No recuerdo la última vez que salí a bailar, ni aquí ni en Nueva York. Creo que me viene bien desconectar, sobre todo con alguien como Flynn. Sonrío cuando lo veo volver hacia nuestra mesa. Sin embargo, a medio camino alguien que tiene detrás le intercepta, y él se gira brevemente para responderle como si le hubiera molestado. Conforme se va acercando, entiendo por qué ha reaccionado así. De toda la gente de Evergreen Creek, tenía que toparse con ella…

—Solo por los viejos tiempos, Flynny, ¿qué me dices?

Brooke pestañea un par de veces en plan coqueto.

—Te he dicho que tengo una cita, Brooke.

Es entonces cuando mira hacia la mesa. Se nota que no se lo esperaba, pero enseguida disimula la sorpresa. Una sonrisa fea y perversa curva sus labios.

—¿Una cita? —suelta—. Aquí solo veo a Holly y no creo que hayas venido con ella…

Me mira amenazante y apoya la mano en el bíceps de Flynn. Él se la quita de encima con educación y se sienta justo a mi lado antes de pasarme mi copa.

—Adiós, Brooke —dice por encima del hombro antes centrar toda su atención en mí.

Apenas consigo ocultar la sonrisa. La miro fijamente unos segundos más antes de que se dé la vuelta y se vaya por donde ha venido, pero esta vez cabreada.

—¡Ah, pues! —Suelto una risita nerviosa—. Veo que sigue siendo igual de intensa que cuando íbamos al insti…

—Sí, bueno, es una forma bastante comedida de decir que es borde como nadie… —responde un tanto mosqueado.

Se me encoge el corazón al sentir que la intimidad que se había instaurado entre nosotros a lo largo de la noche ha desaparecido.

¡Maldita seas, Brooke Preston! ¡Eres una malrollera!

Huelga decir que nos vamos después de esa última copa. Siento que hemos retrocedido en vez de avanzar. Antes de que pueda darme cuenta, vamos en su camioneta, sumidos en un silencio sepulcral. No es que esté cabreada, solo estoy decepcionada porque la noche de la que tanto disfrutábamos se ha ido al traste por esta sombra de su pasado.

—¿Estás bien, Holly?

—*Sip*.

Siento sus ojos clavados en mí.

—¿Estás segura?

—Afirmativo.

—¿Te lo has pasado bien esta noche?

—*Sip*.

Flynn suspira exasperado y para la camioneta en un hueco en la calle. Deja el motor en marcha y la calefacción encendida.

—Escucha: Brooke y yo ya no éramos nada después del instituto, pero lo dejamos oficialmente al acabar la universidad.

—Ah, genial. Pues muy bien.

El silencio se cierne sobre el vehículo, tan solo interrumpido por el ligero rugido del motor y el aire caliente que se cuela por las rendijas de ventilación. Flynn respira hondo.

—A decir verdad, sabía que Brooke y yo jamás tendríamos una relación duradera. Puede que ella esté interesada en reavivar algo que no debería haber sucedido en un principio, pero entiéndeme: en el instituto era joven e idiota y me lie con Brooke para acallar mis sentimientos por otra persona. Nunca he querido a Brooke. ¿Cómo iba a hacerlo? Otra persona me robó el corazón y lleva siendo suyo desde que cumplí los dieciocho, pero fui demasiado cobarde para hacérselo saber.

Estaba decepcionada, pero me acabo de quedar de piedra. Flynn me coge de la mano y me giro para mirarle. Sus ojos se clavan en los míos.

—Holly, llevo prácticamente toda la vida enamorado de ti. Siempre he tenido demasiado miedo de dar el paso, por si te perdía a ti o a Ethan —Siento como si todos los músculos de mi cuerpo se congelaran. Me aprieta suavemente la mano y me mira inquieto—. ¿Holly? Di algo, por favor…

Respiro hondo antes de responder:

—¿Llevas enamorado de mí desde que acabamos el instituto?

—Bueno, en realidad todo empezó mucho antes, pero digamos que fue entonces cuando por fin admití lo que sentía por ti.

—Vaya… No sé qué decir, Flynn.

Me tiembla todo.

—Empieza por sincerarte. ¿Qué sientes por mí? Dime si es correspondido. ¡Necesito saberlo, Holly!

—Flynn, no me has entendido. ¡Gracias a Dios! Llevo enamorada de ti todo este tiempo, desde que estábamos en el instituto.

—¿En serio? ¡Sí, joder! —Se ríe nerviosamente—. Pensaba que iba a tener

que salir corriendo del bochorno.

—No, tonto. Decidí guardármelo para mí porque… Chaval, eres Flynn Dawson y todo el mundo quería estar contigo. Escogí ser tu amiga para no perderte y luego, en secundaria, Brooke y tú empezasteis a salir, así que lo enterré todo para que no saliera a la superficie.

—Imagínate lo que habría sido si uno de los dos hubiera dicho algo…

Me estrecha la mano y empieza a acariciarme el brazo.

—Pues sí, pero era joven y tonta y estaba coladita por ti. Me cegaba el amor.

—Sí, ya veo…

Bésame, por favor te lo pido.

Nos quedamos mirándonos un rato. Sus manos trepan por mis brazos hasta llegar a mi cuello, y una vez ahí, Flynn se gira bruscamente y arranca la camioneta.

—Vamos, te llevo a casa. Lo quiero todo contigo, Holly, pero lo quiero a mi manera.

Conducimos unos minutos y pronto giramos en mi calle. Paramos justo en frente de casa de mis padres y él deja el motor al ralentí. Se gira y me coge de las manos.

—Gracias por salir conmigo esta noche, Holly. Me lo he pasado muy bien.

—Yo también.

—Y a riesgo de amargar los pocos minutos que nos quedan, deberíamos dar las gracias a Brooke por haber aparecido. De no ser por ella, creo que no habría sido capaz de confesarte lo que siento por ti.

—No le des tanto crédito.

—Bueno, es verdad. Para serte sincero, en el momento en que cogí el teléfono y te pedí salir, supe que no dejaría que la noche terminara sin mandar a paseo la cautela y decirte lo que siento.

Me río y vuelvo a mirarle a los labios. Sus ojos no se están quietos. Es como si quisiera abarcar todo mi cuerpo con ellos. Sin embargo, antes de que pueda lanzarme yo misma, él sale de la camioneta, la rodea y entonces abre la puerta del copiloto.

—Te acompaño hasta la puerta —dice con la mano extendida.

Subimos por el camino de ladrillos hasta la puerta de casa de mis padres. Apoyo la mano libre en el pomo, pero con un leve tirón de brazo, me atrae hacia él. Mis sentidos se empapan de su almizcle masculino. Es su olor natural, lo lleva siendo años. Flynn agacha la cabeza buscando la mía y cierro los ojos cuando nuestras frentes se chocan con suavidad. Suelto el aire de mis pulmones

y entonces nuestros labios se juntan. El contacto es ligero, cálido y delicado, pero al mismo tiempo, es como si se hubiera encendido una cerilla en mi alma.

Me suelta la mano y me pone las suyas en las mejillas. Profundiza el beso y me siento desfallecer. Su lengua es dominante y dulce al mismo tiempo, mil veces mejor de lo que jamás hubiera imaginado.

Mi primer beso con Flynn…

Demasiado pronto para mi gusto, nuestros labios se separan. Me acaricia la mejilla con el dorso de la mano y yo intento acercarme de nuevo, pero él me detiene con una sonrisa genuina, agacha la cabeza y me da un besito en la frente. El corazón me da un vuelco.

—Buenas noches, preciosa.

—Buenas noches.

Dicho esto, vuelve a su camioneta y me deja ahí, muriéndome de ganas de gritarle que se quede.

—Conduce con cuidado —le digo, y él se da la vuelta y sonríe.

—¡Avísame si sueñas conmigo!

Me río en voz alta.

—¡Llegas años tarde!

A pesar del frío que me cala hasta los huesos, no me muevo de la entrada hasta que las luces traseras de su camioneta desaparecen calle abajo. De camino a mi habitación, me siento como si flotara. Me dejo caer en la cama y miro al techo con una sonrisa tonta en la cara.

Eso sí que es pasar de cero a cien.

14

Flynn

—Parece que alguien está de buen humor esta mañana…

Apenas puedo ocultar mi sonrisa cuando Ethan aparece por detrás y me sorprende silbando como un jilguero.

—Sí.

—Mmm… ¿Sabes? Cuando hablé con Holly esta mañana, parecía estar igual de contenta que tú… —Levanta las cejas, pero me doy la vuelta, pongo los ojos en blanco y sigo silbando—. Supongo que la cena y la fiesta fueron genial anoche… —Empiezo a tararear y él se ríe entre dientes—. ¡Por fin, chaval! Empezaba a preguntarme si debía pedirle a Violet que os hiciera un cartel con luces de neón o algo así. ¿Te lo imaginas? «¡AMIGOS, DAOS CUENTA!».

—Bueno, no te flipes tampoco, que solo fue una cita.

—La primera de muchas, colega. Y por si te lo estabas preguntando, tienes mi aprobación.

Sonrío. Ethan se sube a su caballo y yo al mío. Vamos hacia donde están las cabras, les damos de comer y pronto nos dirigimos al rancho de papá. Cuando hago un descanso y entro en casa, es casi mediodía. Mi madre está sola en la cocina, ya que a Megan la han recogido unas amigas y se ha ido antes al pueblo.

—Aquí huele a hierbas silvestres… —le digo olfateando el aire antes de darle un beso rápido en la mejilla.

—Sí, bueno, tu padre se pasó por la floristería y compró un arreglo de flores y hierbas de inverno. Me da pena que se pudran en un par de semanas, pero es lo que hay…

—Bueno, para entonces, habrán cumplido su función. Cuando se marchiten, las pasamos por la trituradora y las añadimos al mantillo y al compost. ¡Como siempre!

Acerco una silla y ella me pone delante un plato con un surtido de minimagdalenas. Enarco una ceja.

—Estoy probando algunas recetas para mi clase de repostería de mañana. Prueba un poco de cada una y dime cuáles te hacen sentir en casa.

—Vale, pero te adelanto que, si las haces tú, van a ser todas. Además, no puedo ser tu conejillo de indias por mucho tiempo. He quedado con Holly en el pueblo para comer, y tengo que recoger un pedido de Francis.

—Bueno, en ese caso, esperaré hasta que Megan vuelva a casa. Anda, ve arriba y quítate ese olor a ganado antes de tu cita.

—No es una cita. Solo vamos a comer.

—Es Holly, o sea que sí lo es. ¡Venga, vete!

Me olfateo las axilas y, suficientemente convencido, subo las escaleras poco después para ducharme. En media hora estoy en la carretera en dirección al pueblo. Miro hacia abajo cuando suena mi teléfono y sonrío. Pongo el manos libres y descuelgo:

—Hola, preciosa.

—Hola, Flynn.

Noto que sonríe y eso hace que me lata el corazón con fuerza.

—Estoy de camino. ¿De qué tienes antojo?

—Me apetece pasta.

—Pues no se hable más: al Gino's.

—Me quedan cinco minutos para acabar la reunión. Nos vemos allí, ¿vale?

—Vale. Estoy deseando verte.

Durante el resto del trayecto hacia el pueblo, voy pensando en mis cosas. Es como si llevara el piloto automático, al menos hasta que me paso por la tienda de herramientas de Francis para recoger un artículo que me ha traído de un proveedor. Me subo a la camioneta de nuevo y me apresuro al aparcamiento del Gino’s. El coche de Holly está allí, así que aparco en la plaza de al lado. Parece que aún está dentro. Salgo y doy la vuelta para darle una sorpresa. Ella sale del coche y yo le doy un beso largo y ansioso. Me siento como un crío. Me sabe a poco, pero aun así, la cojo de la mano y salimos del aparcamiento para entrar en el restaurante.

—¿Qué tal la mañana? —Me sonríe y me aprieta la mano.

—Bien. ¿Y la tuya?

—Estupenda.

—Bueno, me da que la tarde va a ser mucho mejor…

Mientras esperamos a que la camarera nos siente, Holly ladea la cabeza y me mira mordiéndose el labio inferior.

—¿Por qué dices eso? —pregunta al fin.

—Pues porque voy a pasar un rato contigo.

Se ríe.

—Ah, vale, entonces estoy de acuerdo.

Nos sientan junto a una ventana y pasamos una agradable hora y media riendo y charlando. Me quedo empanado mirándola un par de veces. No dejo de

preguntarme si es un sueño: al fin estoy sentado frente a Holly sin hermanos ni amigos de por medio. Estamos solos y es maravilloso.

Como un chiquillo, Flynn.

Después de comer, decidimos dar un paseo por Main Street. Nos detenemos a admirar los escaparates y nos alegramos al ver folletos y carteles de los eventos y actividades previas a la feria. Varias personas se detienen a charlar con Holly y yo me limito a mirarla orgulloso. Me sorprende ver cuán a gusto que se siente aquí. Siento un pinchacito de dolor al darme cuenta de que solo se quedará unas semanas más, pero me deshago de la pena. No es cuestión de amargarse por el futuro. Es mejor disfrutar del tiempo que la tendré aquí. Ya pensaremos en el mañana.

Me coge del brazo mientras cruzamos la calle para volver al aparcamiento a por los coches. Seguimos avanzando al compás y de repente siento que se frena. Me giro para ver qué ha captado su atención y me encuentro frente a una tienda vacía.

—¿No es aquí donde solía estar Las tijeras de Sophia?

¿Las tijeras de Sophia? ¿Qué es eso, una peluquería? No me suena.

—Sí, ya sabes, la tienda de ropa —insiste.

Me encojo de hombros.

—Ni idea.

Me suelta el brazo y se acerca al escaparate. Ahueca las manos y las apoya en el cristal para cotillear el interior.

—Es perfecta —susurra para sí.

—¿Perfecta para qué?

Holly saca el móvil y hace un par de fotos de la tienda. Se asegura de incluir en su ráfaga el cartel con la información de contacto.

—¿Recuerdas el otro día cuando mencioné algunas de las cosas que me gustaría hacer aquí? Este espacio sería perfecto para mi tienda de diseño. Para empezar, está en Main Street, y no creo que Evergreen Creek haya tenido nunca un diseñador de moda que viva y trabaje aquí. Sería un subidón de autoestima pasear entre gente vestida con cosas que he hecho yo —Aprieta las manos contra el cristal—. Es simplemente perfecto. ¿Qué te parece?

Levanto la cabeza. Estaba absorto en mis cosas. *O sea que contempla vivir y trabajar aquí…* Me siento como si se abrieran los cielos y se escuchara música celestial. Le sonrío y me mira, esperando mi respuesta.

—Confirmo: es perfecto.

—A ver, no es para ya de ya —Deja caer los hombros—. Pero ¿y si para

cuando pueda ya no está disponible…?

Siento como si un nubarrón negro echase a patadas al coro celestial. La realidad me golpea de nuevo. Le poso las manos sobre los hombros e intento infundirle una confianza que no siento.

—Tranquila, no nos preocupemos con los por si acasos. Puedes llamar y decir que te interesa, poner las cartas sobre la mesa. Escucha lo que tengan que decirte, porque en el peor de los casos, se lo alquilarían a otro. Pero Holly, con la buena fama que tienes aquí y en Nueva York, no me extrañaría que encontraras otro local, quizá más grande y mejor, en una ubicación aún más privilegiada. Además, el desfile de moda dará al pueblo una visión de primera mano de tu talento. Y lo de haber nacido y crecido en Evergreen Creek jugará a tu favor. Piensa en positivo: si te lo propones y lo deseas de verdad, no me cabe duda de que lo conseguirás.

—Vaya, eres todo un gurú motivacional…

Holly sonríe y me rodea la cintura con los brazos. Le beso la frente antes de cogerla de la mano y continuar nuestro camino. Me sale solo caminar con ella; me da igual que todo el pueblo nos vea. Que miren lo que quieran: llevamos diez años queriendo hacerlo.

La oigo suspirar mientras nos acercamos al coche.

—¿Qué pasa?

La abrazo.

—No estoy preparada para que acabe esta tarde.

—Bueno, no tiene por qué acabar tan pronto. ¿Te gustaría venir al rancho conmigo? Hace buen día y podría sacar a Cal para dar un paseo.

—No sabría decirte la última vez que monté a caballo…

Sonrío.

—Bueno, pues pongámosle remedio. Si quieres te enseño los alrededores de mis tierras, aprovechando que hoy hace un poco más de calor. ¿Te apetece?

—Me parece genial. Deja que coja el coche y me guías, así no tendrás que preocuparte de llevarme a casa luego.

—No sería un problema, preciosa…

—Calla, no quiero entretenerte, y menos por una visita improvisada. Deja que conduzca detrás de ti, anda.

—Vaaaale, pero no pegues un volantazo y me dejes tirado, ¿eh? ¡Que te conozco!

—¿Cuándo he hecho eso yo? Tanto no me conocerás. Además, si vinieras a por mí para devolvérmela, mi hermano te pegaría una paliza.

Nos damos un besito dulce y nos subimos cada uno a un coche. Media hora más tarde, aparcamos delante de un par de remolques. Me alivia ver que Ethan no está por aquí, ya que por mucho que le quiera, ahora mismo no es plan de tener un sujetavelas. Me apetece estar a solas con Holly.

La conduzco al establo. Cal pisa fuerte y mueve la cabeza emocionado cuando ve que llevo la brida[1] en la mano.

—¡Es precioso!

Miro a Holly mientras le acaricia el copete[2] a Cal. Él sacude la cabeza y relincha, y luego le acerca el hocico al hombro.

—¡Vaya pelota tengo por caballo…!

Holly me saca la lengua y sigue murmurando cosas bonitas a Cal mientras le ajusto la embocadura y la brida. Luego arquea las cejas al ver que lo saco a pelo[3].

—No tengo silla de montar en tándem. Está bien enseñado, así que, si te parece…

Holly me mira dudosa.

—Esto… vale.

Me subo al lomo de Cal y me agacho para ayudarla. Se sienta justo delante de mí. En cuanto se pone cómoda, animo a Cal para que avance al paso. Rodeo la cintura de Holly con una mano y me excito al ver que apoya la espalda en mi pecho. Le acaricio el pelo e inspiro su aroma.

Cabalgamos durante unos minutos, ensimismados en nuestros pensamientos. No os engañéis: sé exactamente adónde la llevo. Pasado un rato, llegamos a la cima de una pequeña colina y nos detenemos.

—Este es mi lugar favorito de todas las tierras. Es casi como si estuviéramos en el centro del universo. Vengo aquí arriba a pensar. Ah, y ¿ves esa arboleda que da al bosque?

—Sí…

—Pues un arroyo que sale del lago la atraviesa. No es tan grande como el del rancho de papá, pero tiene potencial. Y lo más importante, es mío. Hay una cascada y una piscina natural y todo.

—Qué bonito tiene que ser… Me encantaría verlo en primavera.

Miro hacia abajo y la pillo sonriendo. Le doy un beso fugaz y luego dirijo a Cal hacia la derecha.

—El verano pasado sacamos a las cabras a pastar por allí. Lo dejaron bien segado. Me gustaría construir una cabaña por esa zona. De hecho, quiero varias, bien distribuidas por la propiedad. Mi idea es que estén equipadas con paneles

solares y un tanque de agua.

—¿Qué superficie tiene todo esto?

—Mil doscientos acres.

—¿Y para qué quieres tantas cabañas? —Mi corazón se acelera ligeramente. Siento como si estuviera a punto de desnudar mi alma ante ella—. ¿Flynn?

No aparta la mirada, así que respiro hondo y confieso:

—Tengo una visión, Holly. He estado pensando y dándole vueltas. Y siempre llego a la misma conclusión: quitando lo de ser independiente y demás, ¿para qué quiero toda esta tierra? Cuando compré la propiedad, estaba seguro de que iba a dedicarme a la ganadería como mi padre, pero cada vez que vengo, se me ocurren más y más ideas. Siento que estoy evolucionando como persona. Me parece que muchos, incluso los que viven en el pueblo, se están acostumbrando a las comodidades de las ciudades modernas. Estoy pensando en montar algo parecido a un rancho de acampada. Así la gente podrá hacer las maletas y venirse aquí durante una semana o dos, alquilar una cabaña y relajarse. Aún no he concretado todos los detalles, y Ethan y yo seguimos barajando ideas, pero ahora mismo, esa es la idea.

—¡Es una idea maravillosa! Ahora mismo se me ocurren al menos diez personas en Nueva York que estarían encantadas de escaparse de la gran ciudad, y, sobre todo, de no tener que conducir durante horas hasta las montañas para desconectar —Holly sonríe y me mira antes de tirar de mí para acariciarme ligeramente la mejilla—. ¿A qué esperas? Ve a por ello.

Me río suavemente.

—¿Ahora quién se las gasta de motivadora? —La beso con dulzura y suspiro —. Quién me iba a decir que acabaría aquí contigo, sincerándome sobre mis sueños…

—Definitivamente, yo, no. Me veía siendo tu amiga para siempre y ocultando mis sentimientos. Jamás se me pasó por la cabeza que lo nuestro fuera correspondido.

—Pues que sepas, señorita, que estoy más que dispuesto a corresponderte. —Señalo en otra dirección—. ¿Sabes? La tierra de allí es fértil y estoy pensando en poner un huerto de cara a la primavera. Tendría que hacerlo rápido, pero por suerte, aquí los inviernos son largos. Sería otra atracción para la zona, ya que la gente podría recolectar y comer productos de temporada durante su estancia en el rancho. También habría actividades al aire libre como senderismo, pesca en el lago…

—O sea, que Ben ya te ha confirmado que va a alquilarte la zona del lago.

—Sí, hablamos largo y tendido.

—Vale, tengo que hablar con el comité sobre la pista de patinaje y luego comentárselo a Trent para que nos haga un cartelito o un folleto —Al escuchar el nombre de Trent, hago una mueca y ella se ríe—. Flyn, no seas antiguo: Megan es buena chica y tiene la cabeza bien puesta. Relájate un poco. Además, creo que Trent vive para el amor y sabe dónde se metería si la cagara. No creo que sea tan idiota.

—Pero solo tiene 17 años, Holly…

—Y nosotros tuvimos diecisiete una vez, ¿o no? Estará bien.

Se reclina contra mí y vuelvo a abrazarla con fuerza. Disfruto del tacto de su cuerpo contra el mío y de la subida y bajada de su pecho sobre el brazo que le paso por la cintura. Le doy un beso en la sien y le susurro al oído:

—¿Lista para volver?

—Sí y no.

—¿Cómo?

—Estoy lista para volver, pero no al pueblo.

Sin decir nada más, azuzo a Cal y nos damos la vuelta en dirección a casa. Desmontamos y conducimos a mi fiel compañero de vida al establo. La cojo de la mano y ella hace el amago de dirigirse a mi caravana. Su pelo se mece con el viento y su nariz roja me indica que tiene frío. Lo daría todo por hacer que entrara en calor.

Podríamos ir a la caravana, pero también podríamos…

—Ven —le digo.

—¿A dónde? Flynn, si nos quedamos más rato fuera, creo que me convertiré en un témpano de hielo.

—Adonde vamos, no tendrás frío. Confía en mí.

Avanzamos cogidos de la mano: yo delante y ella detrás. Un par de metros más allá, hay un pequeño granero que a veces uso de oficina cuando la caravana se me queda pequeña. Por suerte, tengo una estufa de pele ahí, y creo recordar que un par de mantas.

—Pero ¿qué quieres hacer en el granero?

—Espera y verás.

Después de introducir el código y cerrar la puerta tras nosotros, me giro y veo a Holly. Su pecho sube y baja de la excitación. Parece confundida, pero al mismo tiempo, ligeramente expectante.

Me fijo en sus labios. Pese al frío, siguen igual de apetitosos que siempre, rosas y húmedos. Es como si me llamaran. Doy un paso al frente y me quito el

sombrero. Al principio, cuando mi padre me lo regaló, fui un poco escéptico. Me sentía un personaje de ficción, pero ahora forma parte de mí.

Holly se queda mirando mi pelo castaño oscuro y estira el brazo para acariciarme la barba. Yo le quito la bufanda y la dejo sobre una silla que hay junto a la entrada. Echo un vistazo a la alfombra y, después de encender la estufa, coloco un par de mantas en el suelo. Cuando me giro, la chica de mis sueños sigue en el mismo lugar de antes. No se ha movido ni un centímetro.

Me vuelve loco.

Me acerco para desabrocharle la chaqueta, pero justo cuando estoy a punto de bajar la cremallera, pregunto:

—¿Puedo?

—Siempre has podido.

—Tienes razón: hemos perdido demasiado tiempo.

Nuestros ojos se encuentran y entonces, perdemos el control. Mi dulce Holly me quita la chaqueta, luego me desabotona la camisa como en un arrebato febril. Yo aprovecho para apartar todo lo que me molesta, lo que me separa de su piel. Respiro como un loco para apaciguar el evidente deseo que arde en mis ojos, pero por suerte, veo la misma emoción reflejada en los suyos.

Cuando solo le queda el conjunto de lencería, Holly abre la boca para decir:

—Lo siento, si lo llego a saber, me pongo uno más b…

Pero no la dejo acabar.

—Chis, no digas nada. No pienso dejártelo puesto —le digo para tranquilizarla.

Sus preciosos ojos azules parecen derretirse cuando me quito los zapatos y luego los pantalones. Años y años de pasión contenida brotan de mis bóxeres, y cuando me arrodillo para deshacerme de su ropa interior, ella se estremece. Primero le desabrocho el sujetador, y después de bajárselo a cámara lenta, le cubro el vientre de besos, sin apartar las manos de sus preciosos pechos, que ya sea por frío o por deseo, se erigen ante mí.

Cuando llego a la cinturilla de sus bragas, la Holly dulce que conozco da paso a un fuego ignoto.

—Flynn, yo… te necesito ahí abajo.

—Lo sé, nena.

Y sin más dilación, le quito las bragas y le paso la lengua por su sexo caliente. Holly flexiona ligeramente las rodillas y se deja llevar sobre mi boca. La lamo y relamo hasta que la barba se me empapa de sus fluidos. Su sexo me sabe a miel: es tan dulce que no puedo apartarme de él. Ella se aferra a mi pelo y

me insta a seguir. Por un momento, se gira para mirar por la ventana, preocupada por si alguien nos ve, pero yo le acaricio la cara interna del muslo y la traigo de vuelta al disfrute. Poco después, Holly cierra los ojos y se libera en mi boca.

Muerto de ganas de ella, la animo a arrodillarse en frente de mí. Alargo el brazo para coger mi cartera, en la que llevo un condón, y poco después, me bajo los calzoncillos. Su mirada me deja sin palabras. Holly se relame y se lanza a mis labios antes de colocar su sexo empapado encima del mío. Voraz, me enfundo el miembro y la levanto ligeramente para introducirme en ella.

Nuestro primer encuentro es sensual, lento, abrasador. El calor de la estufa nos envuelve y me pierdo en el vaivén de sus caderas, en el tacto efímero de sus dedos en mi espalda, en sus jadeos. Me he vuelto adicto a su respiración. Cuando siento que no aguanto más, la tumbo sobre las mantas, la cojo de la mano y me coloco encima de ella para demostrarle cuánto la he deseado durante todo este tiempo.

Mis embestidas se vuelven cada vez más salvajes, más implacables. Holly tiene los labios rojos de tanto mordérselos, y yo no sé a dónde agarrarme para impulsarme y darle lo que me pide. Pasado un rato, un cosquilleo indescriptible se despierta en mi sexo. Insisto con fuerza y siento que los músculos del bajo vientre de Holly se contraen a mi alrededor. La miro a los ojos y me deleito con la imagen de la mujer a la que siempre he deseado abandonándose, acogiéndome por última vez con su calor. Basta con un par de oscilaciones más para que consiga derramarme en su interior. Nuestros corazones laten al unísono y tardamos un par de minutos más en recuperar una respiración normal.

Todavía encima de Holly, levanto la cabeza para admirar su rostro, que sonríe y me dice:

—No vuelvas a dejar que pase tanto tiempo.

—No creo que pueda.

***

La oscuridad se cierne sobre el rancho cuando cierro la puerta del granero tras Holly. No puedo evitar agacharme para besar sus labios aún hinchados.

—Ojalá pudiera quedarme… —susurra.

—Ojalá.

Los dos suspiramos y nuestros labios se rozan suavemente. De mala gana, me separo de ella. Sé que, si no, volveré a meterla en el granero.

—Vas a tener que hacer camino antes de que envíen a los equipos de

búsqueda. Avísame cuando llegues a casa, ¿vale? Yo creo que iré al rancho de mi padre.

—Vale. Eso haré.

Subo a la camioneta y dejo que vaya delante. Miro sus luces traseras hasta que me desvío hacia el rancho de papá. Toco el claxon para avisarle de que nuestros caminos se separan y recibo otro bocinazo de vuelta.

Una vez en tierras de mi padre, me quedo sentado en la camioneta un par de minutos y reflexiono sobre la tarde. No logro contener la sonrisa. Holly me ha vuelto loco en la cama, o más bien en la alfombra, y pienso hacer lo posible por hacerla mía para siempre.

Salgo de la camioneta y avanzo por el camino, ajeno a la bajada de temperatura que llega con la noche. Nada podría desanimarme ahora mismo. Me he llevado a la chica, así que el mundo es de color de rosa.

---

[1] *N. de la T.* Según el DLE, «freno del caballo con las riendas y todo el correaje que sirve para sujetarlo a la cabeza del animal».

[2] *N. de la T.* Según el DLE, «mechón de crin que cae al caballo sobre la frente».

[3] *N. de la T.* O sea, sin montura o silla.

15

Holly

Cuando llego a casa, me siento como si estuviera en una nube. Esta tarde con Flynn ha sido… mágica. Me arden las mejillas al recordar lo increíble que ha sido sentirlo de una forma tan íntima. Es como si fuese lo único que faltaba en mi vida. Lo que no había sucedido en años y años de amistad se ha compensado al fin en tan solo unas horas. Me entra el impulso de pellizcarme para ver si estoy soñando. *¿Qué? Parece demasiado bueno para ser verdad.* Me quedo un par de minutos en el coche frente a casa de mis padres y saco el móvil.

***Holly:** *Ya estoy en casa.*

La respuesta no se hace esperar.

***Flynn:** *Vale, preciosa.*
Te llamo en cuanto llegue yo.

Al ver que manda un emoticono ñoño justo después, mi corazón se aligera al instante. Suspiro y cierro los ojos.

Vaya… Vas flotando, ¿eh, amiga?

Aunque me gustaría quedarme aquí, tengo que entrar en casa y aparentar normalidad. Hasta que no subo a mi habitación después de cenar y darme una ducha, no caigo en la cuenta de que ni siquiera le he contado a Violet lo que ha pasado entre nosotros. No suelo ser de las que van por ahí gritando su vida privada a los cuatro vientos, pero es mi mejor amiga, y lleva mucho tiempo pendiente de nosotros como para no enterarse del desenlace de nuestra historia. Saco mi bloc de notas y me acurruco en el sillón de mi habitación antes de llamarla.

—¡Hooola, pibón! Esta tarde has estado desaparecida en combate. ¿No has visto mi mensaje?

Doy un respingo. He pasado de la notificación a llegar a casa.

Culpable. Que no se entere, que te mata.

—Lo siento, cielo. He quedado para comer y se me ha ido el santo al cielo.

—¡Ah, bueno…! —añade en plan pasota, pero sin maldad—. Quería

comentarte una idea y saber tu opinión al respecto…

—Vale, dime.

—¿Sabes cuál es la pared roñosa del parque? Esa que está hecha polvo al lado del miniestadio, pero por la parte de atrás…

—La verdad es que no he pasado por allí desde que volví, pero me hago una idea. Bueno, ¿qué pasa con ella?

—Se me ha ocurrido que… podría pintar un mural allí.

—¿Un mural?

El cerebro me funciona a mil por hora. Estoy más que abrumada. La Feria del Juguete es en una semana y pico y ya estamos hasta arriba con lo de la fiesta de patinaje del lago, o sea que un mural… No nos da la vida, pero no quiero decepcionar a Violet. Me cuesta contener un suspiro de alivio cuando escucho sus siguientes palabras:

—Definitivamente, no sería para la semana que viene. Lo de la pista de patinaje es claramente lo último que debemos añadir a la lista. Solo he pensado que sería buena idea mantener la vibra positiva después de la feria. Tendríamos que pedir permiso al ayuntamiento y demás, pero bueno. Además, a largo plazo me gustaría organizar un concurso de diseño en los colegios e institutos.

—¡Me encanta! Cuenta conmigo, Vi.

—¿Lo dices en serio?

—¡Claro! Algo me dice que este año voy a venir al pueblo con más frecuencia —Me muerdo el labio inferior—. Anoche tuve una cita con Flynn y hoy hemos ido a comer.

—¡PERO BUENO, CHICA! ¿Y por qué me acabo de enterar?

—Porque todo ha pasado muy deprisa. Pero sí, por fin hemos admitido lo que sentimos el uno por el otro. De todas formas, aún es pronto, así que, por favor, no empieces a elegir los vestidos de las damas de honor y la paleta de colores de la boda.

—¿Por quién me tomas? ¡Nunca haría tal cosa! Más que nada porque lo elegimos todo cuando teníamos 15 años…

—¡Vi, por Dios! No me dirás que no hemos evolucionado desde los vestidos a lo Cenicienta de en tonos rosa fucsia y verde chillón. ¡Ni que fuéramos Cosmo y Wanda[1]! Ay, amiga, éramos jóvenes y alocadas…

—Hablas como una señora. Pero sí, éramos un par de cabezas locas. Al menos ahora tenemos mejor gusto para la moda y el color. En fin, a lo importante: o sea que Flynn y tú por fin habéis dado el paso, ¿eh? Lo sabes de sobra, pero me alegro por vosotros.

—¡Pues anda que yo…! Ahora toca encontrar un buen chico para ti y alguien para Ethan.

—Ya, bueno… En fin, dime: ¿cuánto te gusta la idea del mural?

—¡La adoro!

—Eso quería oír. Finiquitemos este evento y luego ya veremos cómo lo hacemos. ¡Dios, ESPERA! ¡Se me acaba de ocurrir una idea y media! Mi cerebro no puede dejar de crear.

Me río al escuchar de su boca la expresión que nos inventamos en el instituto.

¿Que qué es una idea y media? Buena pregunta…

—Sorpréndeme.

—Vale, no dejamos de pensar en cómo todo esto será útil cuando pase la feria, ¿no? ¿Y si celebramos un evento así cada tres o cuatro meses? Podríamos hacer prácticamente lo mismo que estamos haciendo ahora, solo que con un giro estacional.

Me recuesto y miro al techo.

—Ojo… Ahí hay chicha, Vi. Déjame que lo piense y te digo, ¿vale? Tengo una cosilla más en el tintero. No se lo he contado a nadie, pero siento que se me está yendo la pinza con el desfile de moda.

—¿Cómo es eso?

Suspiro.

—Pues a ver… Cuando volví a casa hace unas semanas, no fue con la intención de hacer nada relacionado con la moda. Pero las modelos del desfile me han estado enviando ideas de algunas cosas que tienen en sus armarios, y no es por ofender, pero tengo mejores diseños en Nueva York. Además, he pensado que esto sería una oportunidad como una catedral para mí. Ya sabes, como diseñadora. Técnicamente, sería mi primer desfile oficial, así que me gustaría sacar lo mejor de todo esto. Brillar, vaya. ¿Te parece bien encargarte de todo mientras me voy uno o dos días a Nueva York a comprar algunas cosas? A lo mejor consigo que alguno de mis amigos venga a dar consejitos a las modelos…

—No digas más. Haz lo que tengas que hacer para brillar con este *show*, amiga.

—Volveré antes de que te des cuenta.

Mi amiga y yo nos despedimos poco después. Estoy contentísima de que todo fluya. Los cantantes están ensayando para el concierto, el museo atrae a un flujo incesante de visitantes… Ahora solo me queda asegurarme de que mi parte del espectáculo esté a la altura. Hablo con mis padres para comentarles mis

planes de viaje y luego me subo a mi habitación.

Estoy haciendo una lista de los artículos que voy a comprar cuando suena mi móvil. Se me ilumina la carita al ver el contacto que sale en pantalla.

—Espero no haberte despertado…

—*Nop*. Tengo los ojos abiertos como platos.

—Me alegro. Bueno, llamaba para decirte que estoy en casa. ¡Sano y salvo!

—Muy bien.

—¿Y qué haces despierta? Si puede saberse…

—¡Vaya pregunta! Lo de siempre…

Se ríe y me estremezco. Su voz grave es como una dulce melodía.

—Creí haberte dicho que tanto trabajo y tan poca diversión podría convertirte en alguien aburrido…

—Bueno, en esta vida hay tiempo para todo.

—Sí. Y en mi caso, mañana me toca dejarme la espalda en el rancho —Ahoga un bostezo—. Hemos de marcar a un par de animales del rebaño y prepararnos para la primavera. ¡Hay que ponerse con los cultivos en los invernaderos!

—Uf, te espera un día largo, ¿eh?

—Dos, para ser precisos. Pero cuando acabe, te montaré la pasarela y cualquier otra cosa que necesites. ¡A sus órdenes, señorita!

Flynn ahoga otro bostezo.

—Anda, vete a dormir. Mañana tienes que madrugar.

—Me despierto al alba… y encima sin ti. ¡Qué condena!

Me río en silencio. Nos damos las buenas noches y me quedo mirando al frente un par de minutos. Cojo el bloc de notas y entonces me doy cuenta de que no le he dicho a Flynn que me voy a Nueva York unos días. No quiero llamarle otra vez, sobre todo porque ya estará en la cama, así que me comprometo a llamarle a primera hora de la mañana.

***

Pero ya sabéis que una cosa es planear… y otra lo que sucede en realidad. Anoche acabé trasnochando. Le envié un mensaje a Lisa y le comenté por encima los diseños que quería llevarme. Luego me puse al día con León e intenté convencerle de que pasar unos días en un pueblecito pintoresco es genial para romper con la rutina neoyorquina: Times Square, el puente de Brooklyn… En fin, ya sabéis. Creo que acabé prometiéndole un riñón por si alguna vez lo

necesitaba y prácticamente toda mi descendencia para que aceptase trabajar con las modelos.

Por eso, esta mañana, cuando recibí el mensaje de Flynn avisándome de que se había levantado y se iba, y de que probablemente no tuviera cobertura, no me enteré, más que nada porque aún estaba completamente KO en la cama.

Cuando me despierto, cojo lo imprescindible y me dirijo a por mi café de siempre en La Taza de Java. En un arrebato, decido parar y echar otro vistazo a la tienda vacía de Main Street. Esta vez, me sorprende gratamente ver la puerta abierta, así que me tomo la libertad de entrar.

—¿Hola? ¿Hay alguien?

Se oye un ligero alboroto en la parte de atrás, así que espero.

—¡Hola! ¿En qué puedo ayud…? ¡Ah, eres tú…! —Siento que se me cae el alma a los pies al ver a Brooke—. ¿Qué quieres?

Señalo el cartel del escaparate.

—Lo he visto y he pensado en entrar para informarme.

—¿Informarte de qué?

Entrecierro los ojos.

—No es que sea asunto tuyo, pero conozco a alguien que podría estar interesada en alquilar la tienda.

—Bueno, esta era la tienda de mi tío y me ha dejado a cargo de todo esto, así que sí es asunto mío.

Brooke se cruza de brazos. Se ha puesto a la defensiva.

—Vale. En ese caso, supongo que tendré que hablar contigo.

Ella sonríe.

—Supongo.

—Escucha, tengo un poco de prisa por llegar a Nueva York…

—¿Te vas? Creía que eras la jefa y la encargada de montar el tinglado de la semana que viene.

—Y lo soy, pero tengo cosas que hacer en la ciudad.

Saco una tarjeta de mi cartera y se la doy.

—¿Para qué es esto?

—Dásela a tu tío. Por favor, dile que me llame esta tarde para hablar del alquiler de la tienda. A mi amiga le interesa de verdad.

Ni de coña le digo que esa amiga soy yo, y menos sabiendo lo vengativa que puede ser. Es más, no me espero ni a que responda, sino que me dirijo al coche. Intento llamar a Flynn otra vez, pero me salta el buzón de voz. Le dejo un mensaje rápido para hacerle saber que me dirijo a Nueva York y que me llame en

cuanto pueda, y luego arranco el coche para incorporarme a la autopista que sale de Evergreen Creek.

Tardo unas horas, pero cuando llego a la ciudad, me dirijo directamente a mi estudio. Lisa me espera allí, y ambas nos lanzamos de cabeza a la tarea de seleccionar los artículos que necesitamos. Van a ser dos días muy ajetreados.

---

[1] *N. de la T.* Personajes de *Los padrinos mágicos*, una serie de dibujos animados de Nickelodeon.

16

Flynn

—No quiero volver a ver un ternero en mi vida.

Me río al ver que Ethan se sienta en la entrada de su caravana y se quita las botas como si hubiéramos pasado por un infierno.

—Bueno, al menos dormirás bien esta noche. No hay nada mejor para descansar a tope que estar molido y que te duelan todos los huesos.

—En eso tienes razón. Esos pequeñajos escurridizos me han pegado más coces de las que puedo contar. Y después de esa cena con tu madre, voy a tener que pegarme una buena ducha caliente y luego… ¡al sobre!

—Guárdame un poco de agua caliente, anda. Voy a hacer una llamadita rápida.

Me quito las botas sucias y entro en la caravana. Maldigo en voz baja cuando veo las llamadas perdidas y los mensajes de Holly. Marco su número e intento devolverle la llamada, pero no hay señal. Lo intento varias veces más, pero entonces Ethan llama a mi puerta para avisarme de que ha terminado. Me ducho rápidamente y me pongo unos vaqueros y una camisa limpia. Sé que me arriesgo al pasarme por casa de sus padres sin avisar, pero espero que podamos vernos aunque sea una hora. Me siento mal por haberme acostado tan pronto la noche anterior.

Sigo insistiendo de camino al pueblo, pero hasta que no llego a casa de sus padres, no me pregunto si ha sido buena idea. De repente, veo que hay un mensaje en el buzón de voz de mi móvil. Se me encoge el corazón cuando lo escucho. Al parecer, me lo ha dejado esta tarde.

¿¡Se ha ido a Nueva York!? ¡Maldita sea!

Me alejo de casa de los Morgan: no estoy dispuesto a dejar que el trayecto al pueblo sea en vano. Me meto en uno de los bares de moda y me tomo una cerveza fría. Decido que no me quedaré mucho tiempo, ya que puedo aprovechar para pasarme por el rancho de papá y organizar algunas de las cosas que necesitaremos mañana. Voy por la mitad de mi segunda y última cerveza cuando siento que una mano me tapa los ojos.

—¿Quién soy?

No es ningún misterio, porque el perfume de Brooke se huele a kilómetros.

—Hola, Brooke…

—Hola, forastero. ¿Qué te parece si invitas a esta chica a una copa?

No tenía ninguna intención de hacerlo, pero asiento y llamo al camarero. La escucho recitar lo que quiere y se lo sirven rápidamente.

—Bueno, ¿qué haces aquí? ¿Estás solo esta noche? ¿Dónde está Holly?

—Pues…

—Ya sabes, cuando Nueva York se apodera de ti, un lugar como Evergreen Creek se te queda corto.

—¿Cómo sabes lo de Nueva York?

—Cuando la vi hoy, parecía que iba con prisa. Te dijo que iba a volver, ¿verdad?

—Sí.

Lo digo en voz alta para creerme esa verdad a medias y luego doy otro trago.

—Te lo estás tomando bastante bien teniendo en cuenta lo pegajositos que parecíais la otra noche. Supongo que en eso se quedó, ¿no? Una noche y no más —Aprieto la mandíbula ante esa insinuación, pero no abro la boca—. Holly siempre me ha parecido un poco volátil. Nueva York, Evergreen Creek… A este paso, lo próximo será Australia o Tombuctú. Parece que no puede echar raíces en un solo lugar. ¿Pero sabes quién no se mueve de aquí? Esta chica.

Se señala a sí misma y me giro para mirarla con incredulidad. Me fuerzo a no reírme en su cara. *Pues sí que disocia…* De todos modos, le permito que siga con su delirio. Me hago una idea de adónde lleva esta conversación.

Es más, no tengo que esperar mucho, porque poco después, su mano sube por mi brazo haciendo eses y me agarra del cuello de la chaqueta.

—Lo pasábamos bien juntos, Flynn. ¿No crees que podríamos volver a hacerlo?

—Me da a mí que no, Brooke. Yo solo soy un simple ranchero y tú eres una belleza, la más popular, algo que jamás dejaste de recordarme. No soy digno de ti, ¿sabes?

Me complace ver cómo se le suben los colores cuando utilizo las palabras exactas con las que ella me ha dado la tabarra todos estos años. Se queda callada y yo aprovecho para pagar la cuenta y levantarme.

—Que pases una buena noche, Brooke.

Me subo a mi camioneta y me dirijo a casa. Por el camino, pienso en Holly. *¿Qué demonios es tan importante como para irse a Nueva York un par de días antes de la feria?* Se me encoge el corazón. Tengo los ánimos por los suelos. Creía que habíamos empezado algo juntos, pero ahora me siento como si huyera de mí.

¿Y qué pasa ahora con el evento de la semana que viene?

Mis pensamientos siguen atormentándome mientras hago un rápido inventario de las semillas que llevaremos al invernadero mañana por la mañana.

—Tú siempre intentando hacer el doble que los demás, ¿eh…? —Levanto la vista y veo a mi padre entrando en el granero—. Tu madre dijo que te había oído llegar, pero al ver que no entrabas en casa, supe dónde te encontraría. ¿Qué te atormenta?

Lo miro fijamente y él levanta las cejas. Nunca he sido capaz de ocultarle nada a mi padre, ni siquiera de niño. Me meto las manos en los bolsillos y suspiro.

—¿Problemas del corazón? —insiste.

—En realidad, no sé si los llamaría «problemas». Al menos espero que no lo sean.

No tardo en contarle a mi padre lo que ha pasado entre nosotros, ni tampoco en mencionar la escapadita de Holly a la ciudad.

—Y ahora, justo cuando los dos confesamos lo que sentimos por el otro, ella lo deja todo y se vuelve a Nueva York. No lo entiendo.

—No parece muy propio de Holly. ¿Te ha dicho por qué se fue y cuánto tiempo estará fuera? Es una chica muy responsable, así que me extraña.

—No me lo ha dicho, no.

—Bueno, no saquemos conclusiones precipitadas. Podría ser una emergencia. Tiene su propio negocio, ¿no?

—Sí…

—Bueno, tal vez esté relacionado con eso. Dale la oportunidad de explicarse.

—No contesta al teléfono.

—Tal vez esté ocupada.

—¿Tan ocupada como para no hablar conmigo durante un par de minutos?

Nos miramos fijamente hasta que se atreve a romper el silencio.

—Nos las hemos apañado bien con los terneros, ¿no? Creía que no lo conseguiríamos en un día, pero míranos.

—Sí, eso parece. Ya veremos qué tal se nos dan los cabritos en enero…

—Bueno, pero mañana solo nos queda echar un par de semillas en unas macetas y ponerlas en un estante en alguna parte. No hacen falta tantas manos para eso. Estoy seguro de que si no te quedaras a ayudar, el rancho no se iría a pique. ¿Por qué no te tomas el día y te vas a la gran ciudad a ver qué ocurre con esa chica?

—¿Qué?

—Ya me has oído. Será mejor que vayas a Nueva York.

—Pero nunca he estado en una ciudad tan grande. No es como ir a Main Street, ¿sabes?

—Quizá te sorprenda, pero gracias a los móviles, existe una aplicación maravillosa en la que puedes introducir una dirección y te lleva justo a ese lugar. Vaya invento, ¿eh?

—No sé dónde vive.

—Pues pregúntale a Ethan o a Violet.

—Pero…

—Te juro que si me contradices una vez más, pondré a mamá en tu contra, y ambos sabemos que eso no va a terminar bien.

—¡Vale, vale! Le preguntaré a Ethan a primera hora de la mañana. ¡Señor, sí, señor!

—Eso es otra cosa. Ahora echemos un vistazo a estas semillas. Tu madre me ha dicho que quiere plantas tomates autóctonos, y no podría estar más de acuerdo.

Pasamos más o menos una hora clasificando semillas antes de que me marche a casa. Como era de esperar, Ethan ha cumplido su promesa de acostarse temprano. Le envío un mensaje para preguntarle por la dirección, y por precaución, me levanto a la hora que tenía prevista y charlo un rato con él. Está encantado de ayudarme.

—Este es su apartamento; este, su estudio, y si no consigues hacerte con ella, llama a Lisa. Es su ayudante, o sea que debería servir de algo. Si no te queda otra, dile quién eres y verás como todo va bien.

Una hora más tarde, estoy en la autopista.

Papá tiene razón en lo de usar el Maps. Si hubiera tenido que hacer esto con un mapa impreso, me habría perdido diez veces más. Consigo aparcar delante de su edificio y encuentro su piso sin problemas. Pero después de diez minutos llamando a la puerta, decido pasar al siguiente lugar en que podría estar. Me cuesta aparcar una barbaridad, así que al final accedo a entrar al garaje de pago de la torre en cuestión. Subo al vestíbulo del edificio y me dirijo al mostrador de información con mi mejor sonrisa.

—Buenos días. Estaba buscando HM Designs.

—Está en la planta 42. Segunda puerta a la izquierda.

La mujer apenas me mira.

—Gracias. Que tenga un buen día.

Creo oírla gruñir como respuesta mientras me dirijo hacia los ascensores. La

esperanza brota de mi interior ante la perspectiva de ver a Holly. Me parece surrealista estar aquí y espero haber tomado la decisión correcta. Mi corazón se acelera conforme va subiendo el ascensor. Finalmente, me encuentro caminando por la famosa planta. Empujo la puerta y veo un pasillo estrecho.

¿Y ahora qué?

Oigo voces. Estoy seguro de que esa es la risa de Holly, así que camino en esa dirección y veo otra puerta entornada. Estoy a punto de entrar cuando oigo una segunda voz y me quedo helado. Es una voz más grave, masculina. Me asomo por la puerta lo suficiente para ver la cabeza de Holly junto a un hombre en una postura que solo se podría describir como… típica de los amantes. Me quedo tieso como un pasmarote mientras veo a ese rubio musculoso mirar a Holly a los ojos, con una mano por encima de sus hombros y la otra aferrándose a su cintura.

—Dime lo que quiero oír, nena. Dime que te estremeces al verme. Dime que jamás te cansarás de mis caricias, que mis labios son los únicos que quieres probar…

—¡Sí, por Dios, sí! ¡Mil veces sí!

El hombre misterioso levanta a Holly en brazos y ella lo agarra con fuerza. Me duele el pecho: es como si me estrujaran el corazón. Avanzo marcha atrás: me pitan los oídos y disocio. Bajo al aparcamiento de nuevo y me siento en la camioneta un rato, intentando asimilarlo todo. Jamás pensé que pudiera engañarme así.

Está claro que la Holly que conocí de niña y aquella con la que he estado estas semanas no son la misma. Toda esa charla sobre querer volver a casa, a Evergreen Creek… ¡Vaya pila de estiércol! Estoy ido.

¡Y pensar que le desnudé mi alma! ¿Cómo se atreve a reírse de mí a mis espaldas?

Respiro hondo. No quiero correr el riesgo de conducir hasta Evergreen Creek después de lo que acabo de presenciar. Envío un mensaje a mis padres para decirles que estoy bien y que no me esperen hasta el día siguiente. Busco un hotel y reservo con el móvil. El alojamiento está cerca, a unos pocos metros a pie, y tiene un buen restaurante y un bar. Allí paso la noche empinando el codo, algo que jamás he hecho en mi vida. *¿Qué? No esperabais un vaquero tan flojo, ¿eh?* Bueno, sí que me he emborrachado alguna vez, pero ¿ponerme como una cuba? No, eso es nuevo. Supongo que tendré que agradecérselo a Holly.

Ahogo mis penas en el alcohol y me atrevo a decirle al camarero que tengo una habitación en el piso de arriba, así que solo necesitaré que alguien me lleve

allí dentro de unas horas. Luego levanto la copa y grito:

—¡Por Holly, la mujer de mis sueños y, aparentemente, la de otro, también!

***

Cuando me despierto, no tengo resaca. Parece que anoche el servicio del hotel cumplió. Al fin y al cabo, aquí estoy, en mi habitación. Es una pena que esté así de fresco, porque el dolor de cabeza habría mitigado el de mi corazón. En lugar de eso, solo me siento vacío.

Hago el *check-out* y pago antes de dirigirme al aparcamiento a sacar mi camioneta. El trayecto de vuelta es en silencio, sin música ni radio ni nada. Me miro en el retrovisor de dentro y me fijo en que estoy más serio que nunca. Al menos estas horas me servirán para pensar en el futuro y en lo que me espera. Se me ocurren todo tipo de escenarios. No me creo la facilidad con la que incluí a Holly en mis planes, y eso que solo volvió hace un par de semanas. Pero ahora estoy dispuesto a crear nuevos bocetos que rijan mi vida.

Me detengo junto al roble que marca la frontera de Evergreen Creek. Observo el pueblo donde nací y crecí. No. Dejar este lugar nunca ha estado en mis planes. A medida que ese pensamiento se hace un hueco en mi cabeza, me doy una bofetada mental por haberme involucrado con alguien que podía marcharse sin previo aviso. Debería haber visto las señales en primer lugar, pero opté por ignorarlas, dejarme llevar por fantasía y rechazar la realidad. Eso sí, ahora solo me queda afrontar los hechos y apechugar con mis decisiones.

Suspiro, echo un último vistazo al valle y luego fijo los ojos en la carretera para emprender el camino a casa con la única compañía del rugido del motor. En mi mente, tan solo un pensamiento:

Holly no es para mí.

17

Holly

—Dime lo que quiero oír, nena. Dime que te estremeces al verme. Dime que jamás te cansarás de mis caricias, que mis labios son los únicos que quieres probar…

—¡Sí, por Dios, sí! ¡Mil veces sí!

Rodeo el cuello de León con los brazos y le beso sonoramente en la mejilla. Él se ríe y me aparta con cariño.

—¿A que lo he hecho bien? Vale, esta vez tú serás Marcus y yo Zoey.

Sin dudarlo, vuelvo a acercarme a León y repito la pantomima.

—Dime lo que quiero oír, preciosa. Dímelo… —Miro a Lisa, que se ríe a carcajadas—. Oye, ¿te importa? Estoy intentando camelarme a mi querida Zoey —Vuelvo a mirar a León—. Mi amor, sabes que para mí eres la única…

Este me mira aguantándose la risa, luego finge seriedad.

—¿Crees que debería cortarme el pelo? —pregunta en falsete.

Lisa y yo nos reímos a coro.

—¡NO TE CREO! —dice mi amiga y ayudante—. Es imposible que respondiera así a su proposición de matrimonio…

—Os lo juro por mi vida. Si resulta ser mentira, me pondré lunares de payaso durante una semana.

—¡¿QUE TE PONDRÁS QUÉ?! —grito.

Lisa y yo nos miramos y León levanta las manos dramáticamente.

—Os adelanto que, si fuera Marcus, me cambiaría el nombre y me mudaría a otro país. ¿He mencionado que esto pasó en un andén del metro en hora punta? —Arquea una ceja y me da un codazo en el hombro—. De verdad que los heteros tenéis unas cosas…

—¡Dios, no! Pobrecillo. Debe de sentirse muy humillado. Quizá me lo lleve a Evergreen Creek para que desconecte un poco…

—Hablando de tu pueblo, ¿qué es lo que dijiste que tenías que contarnos? —León se tumba en uno de los bancos acolchados y empieza a mandar mensajitos mientras Lisa deja un vestido tras otro sobre la mesa de trabajo.

Respiro hondo y suspiro antes de decir:

—Estoy pensando en volver a casa… definitivamente.

—Pues vaya novedad —dice Lisa—. Siempre has dejado claro que volverías

algún día.

—Bueno, puede haya encontrado motivación de sobra para que sea un poco de lo previsto, como por ejemplo… dentro de unos meses.

—¿DENTRO DE UNOS MESES? —exclama Lisa—. Pensé que te dabas cinco años para forjarte un nombre aquí y luego ya veríamos cómo hacerlo en tu pueblo. Bueno, tómatelo como un sí por mi parte, porque ni de coña me dejas aquí.

—¡Ay, Liz! Ya lo sé, pero… las cosas han dado un giro inesperado. Creo que me estoy enamorando otra vez de alguien de mi pasado… Es mi *crush*[1] del instituto, ¿sabes?

—¿HOLA? ¿Estamos hablando de FD?

—¿Quién es FD?

León se acerca a la mesa y empieza a organizar los vestidos: los separa en montones y farfulla.

—FD es la persona que le regaló la muñeca. Ya sabes, esa que no se puede tocar.

—Para que lo sepas, FD son las siglas de Flynn Dawson.

—¡CALLA! ¿Flynn Dawson? ¿Te refieres al mismísimo Flynn Dawson de Evergreen Creek? —León abre los ojos como platos y yo retrocedo estupefacta.

—S-Sí. ¿Lo conoces?

León se encoge de hombros y sonríe.

—¡Qué va…! Nunca he oído hablar de él. ¿Quién llama a su hijo Flynn?

—La misma clase de persona que lo llamaría León—responde Lisa.

—No me busques las cosquillas, guapa —León le lanza un pañuelo a la cara.

—Es que es tan fácil hacerte enfadar…

—Niños, concentraos. Tenemos que decidir qué vestidos encajarán con la temática del desfile. Creo que Megan estaría preciosa en este tono de azul. Haría juego con su pelo oscuro —Pongo un vestido sobre la pila que León ha apartado.

—¿Estás segura de que en tu coche cabe todo esto, Holly? —dice Lisa—. León, puede que tengas que llevarte algunas cosas cuando vayas dentro de un par de días. No veo la forma de que esta les encuentre un hueco en su cochecito de juguete…

—Pues también es verdad —respondo—. Aún no hemos añadido los vestidos de tu colección. Quizá mañana me lleve lo que necesito y tú ya te traes lo que falte dentro de un par de días.

—No hay problema. Bueno, Holly, deja que te diga que estoy intrigado por ver ese pueblecito tuyo. A ver qué me ofrece… Más allá de la exclusiva de tu

crush del instituto, claro.

Sonrío.

—Os va a encantar. Vas a venir la semana que viene, ¿verdad, Lisa?

—No me lo perdería por nada. Yo también tengo curiosidad. Según hablas de él, parece como si ese pueblo fuera el otro lado del arcoíris y allí nos esperara un duendecillo con un caldero de oro.

—Bueno, para mí es el cielo en la tierra, pero ya basta de hablar de Evergreen Creek. Volveré pasado mañana como muy tarde, porque apenas tenemos una semana para conseguir lo que tengo en mente.

Pasamos el resto de la tarde seleccionando vestidos y yo me afano con la máquina de coser. Apaño unas cosillas de última hora en algunas prendas y cuando por fin me dirijo a mi apartamento, son casi las diez de la noche. Me doy una ducha y me preparo un sándwich antes de llamar a Violet. Contesta tras la tercera señal y su respiración parece indicar que ha vuelto de correr una maratón.

—Hola, bichi. ¿Te he despertado o algo?

—No, estoy viva y lista para un bombardeo —dice sin aliento—. ¿Qué pasa?

—Pareces ocupada. Puedo llamarte por la mañana, si quieres.

—Na, tranqui, ya estamos aquí, así que… ¿Qué tal? ¿Has encontrado los vestidos que querías?

—Sí. Además, mi amigo León Calderas me va a prestar un par.

—Me suena ese nombre…

—Debería. Está en la lista de los diez diseñadores más prometedores de la próxima década. Ha organizado solo tres desfiles hasta ahora, a cada cual más exclusivo. Me va a prestar algunas prendas de su colección y va a venir a ayudarme con las modelos y los ensayos. ¿Cómo va todo por allí?

—Pues nada, esto es como una fábrica fordista. No te preocupes. Todas las obras estarán listas para exponer el día previo a la inauguración, y el jurado se pasará el día siguiente. Y si lo que han hecho mis pollitos causa furor, no puedo ni imaginar lo que será para el resto de actividades. Ah, por cierto, mi padre ha conseguido el permiso para la fiesta del patinaje sobre hielo, así que sin miedo. Se lo he comentado a Claire: La Taza de Java pondrá un puesto efímero donde servirán chocolate caliente para todos.

Sonrío ampliamente.

—Mírate, tomando las riendas de nuestro proyecto…

—¡Qué va! Tú eres la jefa, tan solo has dejado el fuerte a mi cargo.

Después de un par de minutitos de cháchara, colgamos. Miro el móvil para ver si hay algún mensaje de Flynn, pero nada, así que decido escribirle yo.

***Holly:** *Hola, solo quería ver cómo estabas.*
Han sido dos días muy ajetreados.
Ya me dices.

Me siento con el teléfono en la mano, esperando una respuesta. Veinte minutos después estoy medio sopa en la misma postura, pero entonces entra una llamada.

—¿Diga?

—Hola, Holly.

—¡Ah, Ethan! Hola.

—¿Cómo va todo? —pregunta.

—Pues muy bien. He conseguido la mayoría de los vestidos que quería. Ha sido un día muy largo, así que ahora estoy en la cama.

—¿En la cama? Creía que estarías enseñándole la Gran Manzana a Flynn.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Cálmate, Holly. Sé que está ahí. Dale las buenas noches de mi parte.

—¿Pero qué te pasa? ¿Uno de esos terneros te pateó la cabeza o qué? ¿Qué dices?

—Deja de fingir. Flynn está en Nueva York, contigo. Se fue esta mañana, ¿sabes? Le di tu dirección y todo.

—Deja de imaginarte cosas. Flynn no está aquí, ni siquiera lo he visto.

—Mmm… Qué raro. A lo mejor ha ido en plan sorpresa. Hazme un favor: cuando aparezca, hazte la sorprendida. Tú y yo nunca hemos tenido esta conversación, ¿vale?

—¿Vaaaale…?

—Esa es mi chica. Chao, hermanita. Nos vemos cuando vuelvas.

Me quedo mirando el teléfono un rato después de que Ethan cuelgue. Siento la tentación de llamar yo misma a Flynn y entender qué está pasando. Esto tiene que ser una broma pesada.

¿De verdad ha venido a Nueva York a buscarme?

---

[1] *N. de la T.* Del inglés, usado en el lenguaje juvenil para describir a una persona que te hace tilín.

18

Flynn

Estoy viendo vídeos en el móvil tranquilamente cuando veo unos faros que iluminan mi ventana. Oigo un portazo y deduzco que Ethan ha vuelto a casa. Llegué a última hora de la tarde y me encerré directamente: no quería que nadie supiera que ya estoy por aquí. Me concentro de nuevo en mis vídeos y casi se me sale el corazón del pecho cuando oigo un estruendo en la puerta.

—¡Ya voooooy…!

Doy unos pasos hacia la puerta y la abro de un empujón. Ethan pasa sin decir palabra y yo la cierro tras él. No me deja ni saludarlo, porque enseguida me suelta:

—¿Qué demonios haces aquí, colega? ¿No deberías estar en Nueva York con Holly? —Se tumba en el futón de la esquina y me mira fijamente, pero yo le evito la mirada.

—Fui ayer, pero ya ves: estoy de vuelta.

—Acabo de hablar con ella y me ha dicho que no os habéis visto. ¿Me explicas? ¿Te perdiste o qué?

—No. Encontré su apartamento, pero no estaba en casa, así que fui al estudio y… ¡bingo! La vi, me di media vuelta y volví a casa.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza, Flynn. Holly me dijo que no os visteis, ¿pero ahora resulta que sí?

—Yo la vi. Ella no me vio.

—No lo entiendo: ¿Por qué saldrías del rancho, algo que no haces nunca, y conducirías durante horas para verla de lejos y pegarte otra paliza al volante para volver?

—Escucha, vi y escuché algunas cosas que me hicieron cambiar de opinión, ¿de acuerdo?

—Llegar a Main Street y cambiar de opinión… bueno, es aceptable. Conducir durante horas hacia la Gran Manzana y luego dar media vuelta y pirarte… eso ya es más raro, ¿no?

—Déjalo, Ethan.

—No, ni de coña. Dime qué está pasando, Flynn. ¿O quieres que llame a Holly y la ponga en altavoz?

—No creo que quieras hacer eso. Los molestarías a ella y al chaval con el

que está.

—¿Qué chaval?

Ethan se levanta y me mira boquiabierto.

—Lo que oyes.

Sacude la cabeza y saca el móvil.

—Vamos a llegar al fondo de todo esto.

—No la llames, Ethan. Déjalo estar. Holly es una chica de ciudad y no busca a un vaquero, a un tío de campo como yo. ¿Por qué si no volvería corriendo a Nueva York y en menos de un día estaría en brazos de otro?

—Sabes que va a volver, ¿verdad?

Me encojo de hombros.

—Bueno, técnicamente os tiene a vosotros aquí, o sea que seguro que vendrá a visitaros una o dos veces al año.

Ethan me mira incrédulo.

—Me refiero a que volverá en un día o dos. Violet me ha dicho que se ha ido a recoger un par de cosas para el desfile de moda. Las necesitaba, ¿sabes?

—¿Cómo? ¿No se ha ido para siempre?

—A veces eres un poco cortito, ¿eh? Flynn, piensa: estamos organizando un fiestón para la semana que viene y Holly es la jefa suprema. ¿No te parece absurdo que vuelva a la ciudad y deje a todo el mundo en la estacada?

—Bueno, pues no parecía que estuviera pensando en la semana que viene cuando la vi en brazos de otro hombre… —Nos miramos en silencio, luego agacho la cabeza—. Lo vi y lo escuché todo, Ethan.

—Te estás confundiendo. ¡Seguro que es un malentendido!

Oigo el mosqueo en su voz.

—¿Cuándo te he mentido yo, tío?

Le miro y volvemos a quedarnos en silencio. Entonces Ethan sacude la cabeza.

—Tiene que haber una explicación para lo que viste…

Siento como si me cerraran una puerta en las narices. Sacudo la cabeza y añado:

—Debería haberme callado, conformarme con ser solo amigos. Así nada de esto habría pasado.

Levanta la cabeza.

—Pero ¿qué coño dices?

Ya se está calentando…

—¿A quién crees, Ethan? ¿Al chico al que conoces desde la guardería o a la

chica con la que conviviste en el útero?

—Espera un momento —Ethan levanta la mano—: no estarás pensando en joder nuestra amistad por esto, ¿verdad? Ni te atrevas. Te recuerdo que el que sale perdiendo en todo esto soy yo. Yo sería el que me comería el rechazo de ambas partes, así que perdona que te lo diga, pero pienso llegar al fondo del asunto. No perderé ni a mi hermana ni a mi mejor amigo.

—Bueno, si como dices tú, vuelve en unos días, supongo que podrás escuchar su versión de los hechos.

—Pero vamos a ver, ¿y si resulta que es un malentendido? ¿No estás dispuesto a hablar con ella y arreglar las cosas?

Me encojo de hombros y finjo todo el pasotismo del que soy capaz.

—Sinceramente, me trae sin cuidado.

—Eso es mentira. Te conozco demasiado bien, Flynn. Si estuviéramos hablando de Brooke y dijeras que te trae sin cuidado, me lo creería, pero…

Suelto una risita amarga.

—Pues fíjate por dónde, Brooke tenía razón. Es una mierda, pero es cierto.

—¿Cómo? ¿Qué te ha dicho Brooke?

—Es una historia curiosa. Verás: me la encontré la noche antes de irme. Me bajé al pueblo a ver si podía estar un rato con Holly, pero ella ya se había ido. Fui a un bar y Brooke estaba allí. Me dijo que la había visto esa misma tarde y que parecía contenta de irse a Nueva York. Me dijo que Holly se había convertido en una chica de ciudad y que sería difícil estar con ella, más que nada porque va y viene solo para las vacaciones y poco más. Por supuesto, consiguió colarme de alguna forma que ella siempre estaría aquí. Brooke no sería Brooke si no encontrara una manera de ser el ombligo del mundo.

—Ya, bueno… Un momento, no estarás pensando en volver con Brooke, ¿verdad?

Me mira preocupado y yo me río.

—Pero ¿a ti te parece que estoy tan desesperado? Me pondría delante de una estampida y dejaría que me reventara antes que prestarme a algo así —Ambos nos estremecemos al pensarlo—. Aunque hay que decir que a insistencia no la gana nadie —Suspiro y le miro—. Mira, tío, sé que tenías muchas ganas de que Holly y yo saliéramos, pero creo que simplemente no estábamos destinados. Sin rencores, ¿vale?

—Pues yo no pienso dejarlo así. Voy a enterarme de qué ha pasado.

—Bueno, haz lo que quieras, pero mantenme al margen.

—No puedo hacer eso. Formas parte de la ecuación, te guste o no.

—Por Dios… ¿Puedes al menos guardártelo para ti?

—Lo intentaré. Eso sí, será mejor que te hagas a la idea de que, en cuanto vuelva mañana, iré a interrogarla. No voy a quedarme de brazos cruzados. Si no está dispuesta a luchar por esta relación, lo haré yo.

—¿Mañana? Creía que habías dicho que se había ido un par de días.

—Bueno, si cuentas desde anteayer hasta mañana es más que un par, ¿no? Te recuerdo que pretende estar aquí para asegurarse de que la próxima semana todo salga como ha planeado.

—En fin, hazme un favor: investiga lo que quieras, pero no permitas que se entere de lo que te he dicho.

—Lo intentaré, pero no prometo nada —Ethan se da la vuelta y luego gira la cabeza—. Ah, y ¿Flynn?

—¿Sí?

—Yo investigaré, pero creo que estaría bien que hablases con Holly. No ahora mismo: se te ve bastante afectado, pero tienes que sentarte con ella y hablar de esto. Los malentendidos no son la base ideal para una relación.

—Preferiría no…

—Tío, no es una sugerencia. Te doy hasta el concierto de la semana que viene. Ahora mismo estamos todos un poco agobiados y no necesitamos más distracciones. Pero en cuanto acabe, los dos buscaréis un hueco y encontraréis un lugar tranquilo para hablar seriamente. Me iré a dormir con mis padres o con algún amigo y os dejaré espacio si hace falta.

—Joder, sí que vas en serio…

—Los colegas no están ahí para juzgar, pero sí para intervenir cuando se les necesita.

—Ya veo… Oye, ¿qué amigo tienes tú por ahí?

—Cállate un rato, anda —Ethan se dirige a la puerta y me habla sin mirarme —. Vamos a consultarlo con la almohada. Algo me dice que pensaremos mejor las cosas después de una buena noche de sueño.

Dicho esto, sale a la oscuridad de la noche. Oigo sus pasos cada vez más lejanos hasta que entra en su caravana y la puerta se cierra tras él. Me quedo despierto un buen rato, dando vueltas a sus palabras.

¿Y si me he equivocado? ¿Habrá una explicación razonable para lo que vi?

19

Holly

Dejo el coche en el aparcamiento de La Peonza Juguetona y corro adentro para avisar a mamá de que he vuelto. Saludo a papá de pasada. Está en el porche, que desde hace una semana y media está ocupado por nuestros queridos fabricantes de juguetes. Estos días que he estado en Nueva York hemos tenido que hacer las reuniones del comité en línea, pero hoy necesito ver a Megan y Violet en persona. Deambulo y observo el ajetreo en la juguetería y alrededores. Esto ya no parece el pueblo fantasma al que llegué hace un par de semanas. Ni de lejos, vaya.

Le envío un mensaje a Violet para decirle que se pase por casa de mis padres y luego paso a recoger a Megan, que estaba con Tanya. Cuando llego a casa, Vi está aparcando en la entrada.

—Justo a tiempo. Pilla una de esas cajas del maletero, anda. Megan, coge las cosas que están en el asiento trasero, porfa.

Lucho con mi propia maleta, que pesa un quintal. Por suerte, conseguimos descargarlo todo y colocarlo en mi habitación. Saco un montón de perchas y digo:

—Hay que colgar las prendas cuanto antes, porfi. Así no se arrugarán. Sé que a nadie le apetece sacar la plancha de vapor…

—¡A la orden! —dice Vi.

Por arte de magia, conseguimos encontrar espacio suficiente en mi armario para colgar todos los vestidos en un tiempo récord.

—Bueno, estos son solo la mitad. León vendrá con el resto en uno o dos días.

—Todavía no me puedo creer que seas amiga de León Calderas. Mis amigas van a flipar cuando se enteren de que he hecho de modelo para él.

Los ojos de Megan brillan de admiración y emoción.

—Pues que sepas que es un encanto y nada arrogante, a diferencia de como lo pintan en los medios.

Lo he suavizado un poco, pero es que es mi amigo.

Rebusco en mi cajonera hasta dar con una camiseta cómoda y me cambio. Aún llevaba la ropa del viaje. Cojo mi bloc de notas y bajo las escaleras, seguida por Holly y Megan.

—Bueno, ponedme al día: ¿Algo que deba saber? —pregunto.

Violet y Megan se miran entre sí y se encogen de hombros.

—Holly, navegas en un barco imposible de hundir. No hay nada fuera de lugar. Lo único que queda por hacer es sentarse y esperar el gran final.

Las miro.

—¿Estáis seguras? ¿Y nuestros patrocinadores? ¿Han cumplido con todo?

—Sí —responden al unísono.

—¿Y el grupo de repostería del instituto…?

—Se lo están pasando genial con mi madre —responde Megan.

—Y antes de que preguntes, el taller de costura también avanza sin problemas—añade Violet—. Mi garaje parece un museo de artesanía a punto inaugurar. Y el millón y pico de otras actividades que tenemos en marcha y a las que se ha apuntado más del noventa por ciento de la población van según lo previsto.

—¿Y los ensayos del concierto?

Peco de insistente. Violet se acerca para poner la mano en el respaldo de mi silla.

—Habrá un ensayo general mañana por la noche. Lo único con lo que estamos un poco perdidas es con el desfile de moda. Pero eso es cosa tuya, así que estamos seguras de que también saldrá bien. Honestamente, Holly, este es el mayor evento que he visto en el pueblo en los últimos dos años. Incluso si quitáramos el incentivo de los concursos y los premios, todos dirían que hemos cumplido con nuestro objetivo: hemos suscitado el interés de los vecinos y creado espacios para conectar con los demás. Y hablando de conexión —Ladea la cabeza hacia Megan, que sonríe mientras teclea en el móvil—. Te va a tocar interferir cuando Flynn se ponga en modo hermano mayor…

—¿Trent? —digo sonriente.

—¿Quién si no?

Nos reímos y me dirijo a la nevera a por agua. De repente, abro los ojos como platos.

—¡Flynn! Le he mandado un mensaje esta mañana para avisarle de que estaba de vuelta, pero no ha respondido. De hecho, ha estado desaparecido desde que me fui. ¿Va todo bien por el rancho?

—Que yo sepa, sí.

—Tenemos que hablar de la pasarela que va a montar en el gimnasio y decidir un par de cosas más. Sé que me esperaba para trazar el recorrido, y ahora que tenemos los vestidos con los que van a desfilar, sé exactamente lo que quiero.

Violet mira la hora en su teléfono.

—¿Es demasiado tarde para que vengan el pueblo? No, ¿verdad?

—No nos queda otra. Faltan solo tres días para la inauguración. No tenemos tiempo que perder.

—¡Menos mal que todo lo demás va como la seda! Deja que llame a Ethan y le diga que se acerquen al gimnasio del instituto sobre las seis.

Violet sale para llamar a mi hermano. Saco el móvil y compruebo si tengo algún mensaje de Flynn. Frunzo el ceño cuando veo que no ha leído ni uno solo de los que le he mandado en estos días. Me invade una sensación de inquietud, pero me digo que solo son los nervios y la ansiedad. *¿Cómo va a estar evitándome?* Me deshago del malestar e intento contenerme durante las próximas horas. Llevamos a Megan a casa de Tanya para que se pongan manos a la obra con un par de adornos (y de paso, para que esté un rato con Trent) y luego nos dirigimos ir al gimnasio. Al final Vi ha conseguido que los chicos vengan sobre las siete.

Violet y yo estamos trajinando con una caja de adornos cuando oigo su voz. *Flynn.* Levanto la vista sonriente y le veo en la entrada, pero en sus ojos solo hay frialdad. La expresión de Ethan contrasta con la suya. Tiene dibujada una enorme sonrisa mientras se dirige hacia nosotras.

—¡Aaay, mis dos chicas favoritas del mundo! ¿Acaso una es más favorita que la otra? Mmm… Eso solo lo sé yo.

Me da un beso casto en la mejilla y luego hace lo mismo en la de Violet. Ella se pone roja como la grana y se entretiene con la caja para ocultar sus mejillas sonrosadas.

A estas alturas, es más evidente lo que pasa entre ellos, ¿no? Lo que no sé es qué le pasa a Flynn. Será mejor que lo averigüe.

—¡Llegáis justo a tiempo! Necesitamos dos tíos grandes y fuertes como vosotros para ayudarnos a mover estas cajas a la parte de atrás. ¿Flynn, puedes echarnos una mano, por favor?

Me levanto y lo miro sonriente. Él se acerca, se pone al lado de Violet y le quita la caja que tenía en las manos. Ni siquiera me mira: su expresión es imperturbable.

—¡Eh, tío! —protesta Ethan—. Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué no coges la caja de Holly?

—También podrías cogerla tú. Es tu hermana, ¿no? ¿Dónde la quieres? —Mira a Violet, que se gira hacia mí.

—Al fondo, debajo de la estantería. Ahí está bien, gracias.

Veo cómo atraviesa la habitación y deposita la caja en su sitio. Luego vuelve sin mediar palabra. Violet señala otra caja que hemos sacado y con un gruñido, la levanta a pulso y recorre el mismo camino. Ethan se une a él y observo su lenguaje corporal. Ambos mantienen una conversación a base de susurros.

—Pero ¿qué le pasa? —pregunto.

—No estoy muy segura…

La miro con curiosidad. Cualquiera diría que sabe más de la cuenta. Sin pensarlo dos veces, me acerco a ellos. Antes de que Ethan me vea, escucho:

—Será mejor que te calmes un poquito, Flynn. Se huele a kilómetros el cabreo que llevas…

Flynn se vuelve para mirarme, pero su expresión es tan fría como un témpano de hielo.

—Flynn, ¿podemos hablar un segundo? —pregunto.

—Bueno, voy a ver si lady Vi quiere que mueva alguna caja más. ¡Lady Violet…! —dice Ethan con tono aristocrático.

Oigo la respuesta risueña de mi amiga y luego las voces de ambos charlando.

—Flynn, ¿pasa algo?

—¿Por qué tendría que pasar?

—Actúas como si te hubieran pegado una coz en el culo. Con ese culazo, quién fuera yegua para hacerlo… —digo en voz baja, un poco picarona—. En fin, a lo que iba: ¿qué te pasa?

Claro que sí, Holly, tú siempre tan fina. No puedes ocultar que eres una chica de campo, ¿eh?

Flynn parpadea un par de veces para asimilar mi comentario y luego frunce el ceño.

—Dímelo tú…

—Vale, confirmamos que algo va mal. ¿Es algo que he hecho? ¿Algo que he dicho o que no he dicho? Conmigo puedes sincerarte… —Le pongo una mano en el antebrazo y noto que se tensa. Al ver que aprieta los dientes, aparto la mano e insisto—. Flynn, por favor…

Me arden los ojos. No quiero llorar, pero es posible que lo haga. *¿Qué está pasando? ¿Y por qué ha ocurrido esto después de que nosotros…? Existe la posibilidad que de que solo buscara eso, y se me partiría el alma si fuera el caso. ¿De verdad he sido tan tonta?* Intento formar una frase coherente.

—Flynn, si hay algún problema, podemos salir a hablarlo, ¿Sabes?

—¿Qué tal por Nueva York? Supongo que habrá sido genial ver a todos tus amigos…

¿Por qué recalca esa última palabra?

—Solo he estado fuera unos días, pero me ha venido bien verlos, sí.

—Bueno, es una suerte que vayas a volver a casa dentro de poco. Cuando te dejes de farsas y jueguecitos y te canses de salvar la juguetería, ¡Nueva York seguirá allí! Qué bien, ¿eh? Ya solo te queda una semana y media de fingir. Eso sí, por mí no te preocupes, Holly: no hace falta que me marees más.

Dicho esto, se dirige al lugar en que pondremos la pasarela y toma medidas. Le miro fijamente hasta que se me nubla la vista y me doy cuenta de que tengo los ojos llenos de lágrimas. Busco un lugar tranquilo en el vestíbulo para serenarme. Cuando estoy segura de poder gestionar mis emociones, vuelvo a entrar en la sala. Ethan y Violet levantan la vista desde el rincón en el que están sentados. Flynn, por su parte, sigue tomando medidas al azar. Les doy la espalda y me centro en las cajas de adornos. Empiezo a ordenarlas y en menos de un minuto noto a Violet a mi lado.

—Vamos a sacarlo todo y así vemos qué nos hace falta.

—¿Estás bien, Holly?

—Sí, genial.

—Te lo pregunto porque Flynn parece un poco…

—Te he dicho que estoy bien, Vi —la corto sin contemplaciones.

—Vale…

Trabajamos en silencio. Volvemos a guardar lo que no pega ni con cola en el gimnasio y dejamos las cajas a un lado antes de irnos.

Violet se va con Ethan y Flynn, ya que vive más cerca de Tanya, y así Flynn puede recoger a su hermana. Yo aprovecho el trayecto a casa para procesar lo que ha pasado esta tarde. Ceno tarde y me ducho, y entonces llego a una conclusión: por la razón que sea, a Flynn ya no le intereso. Se me desgarra el corazón y me permito el lujo de llorar en la ducha. Después de mi momento de lágrimas de cocodrilo, me hago la dura.

Hay que espabilar, Holly.

Los gustos de Flynn Dawson no me impedirán cumplir mi sueño de volver a Evergreen Creek. Me da igual que no sienta nada por mí; me importa un bledo lo que insinúe. Dedicarme a la tienda de diseño será mi próximo objetivo en cuanto pase la feria y el cumple de mi madre. Moveré cielo y tierra para lograr mi meta, pero no pienso acercarme a Flynn. Sí, me va a tocar tolerarlo durante los próximos días, ya que tenemos que trabajar juntos en la pasarela y en otras muchas cosas en las que necesito su maña.

Pero quitando eso, ¿quién es Flynn Dawson? No lo conozco.

20

Flynn

Soy como un oso con una zarpa dolorida. No me importa quién se cruce en mi camino: nadie que se me acerque estará a salvo de mi ira. Fijo el límite en mis padres, por respeto, pero todos los demás son perfectos para descargar mi rabia. Y ya puestos, por proximidad, Ethan es la primera víctima.

Yo antes no era así, ¿verdad?

Al día siguiente de mi encontronazo con Holly en el gimnasio, me levanto antes de lo habitual y me pongo con las tareas del rancho mucho antes de que Ethan salga de la cama. Cuando han pasado un par de horas, me meto en la caravana y escucho que alguien abre la puerta.

—Buenos días —me saluda mi amigo. Le respondo con un gruñido y sigo dando vueltas por la cocina—. He dicho que buenos días.

—¿Qué tienen de buenos?

—¡Ah pues! Perdóname por ser agradable, tío. ¿Ahora eres de los que se guarda la mala baba y rumia sus problemas en vez de mantener una conversación con quien toca? No te tomaba por un sieso, colega.

—¿No tienes movidas que investigar? Que yo sepa, no me corresponde escarbar a mí.

—He intentado darte la oportunidad de actuar como un adulto. Pero en lugar de eso, vas por la vida como alma que lleva el diablo. Haces pucheros como un crío y dejas lo de actuar para los demás. He respetado tus deseos de mantenerte al margen, Flynn, pero recuerda que no tienes todo el tiempo del mundo para…

—No te metas, Ethan.

Mi amigo levanta las manos y se aleja de mí. Preparamos el desayuno en silencio. De vez en cuando, coge el móvil y envía un mensaje. Aparte de rabiar en voz alta por las notificaciones que le llegan, le ignoro.

Hacemos lo de todas las mañanas en silencio e incluso las cabras parecen darse cuenta de que hoy no deben tocarme las narices. Cuando volvemos, me salto la parte de serenar a mi caballo para meterlo en el establo. Me dirijo hacia mi camioneta, pero Ethan me llama. Giro sobre mis talones, buscando pelea.

—¿Qué quieres?

—¿Yo? Nada, pero si quieres volver y encontrar a tu caballo, te sugiero que lo dejes en el establo como es debido.

Murmuro en voz baja de camino al establo y veo a Cal deambulando por el exterior. Ni siquiera le había puesto el candado a la puerta. Normalmente, con semejante descuido, uno de los dos se acabaría dando cuenta y lo colocaría para evitar que se escapase. Sin embargo, al ver a Ethan de morros, me hago a la idea de que prefiere recriminarme. Y me lo merezco: al fin y al cabo, he empezado yo.

En silencio, me aseguro de que todo esté bien cerrado antes de subirme a la camioneta. No me sorprende ver que Ethan ha cogido la suya y se ha adelantado por el camino que lleva al rancho de mi padre. Cuando llegamos a la casa, Ethan entra en la oficina y yo me dirijo a la cocina. Me trago el enfado y consigo mantener una conversación más o menos decente con mi madre. Casi soy libre, pero de repente, Megan baja las escaleras con Trent y Tanya y todos entran en la cocina.

—Buenos días, señora Dawson. Flynn… —dicen los primos a coro.

—Buenos días —Miro a Megan—. Venga, que te llevo al pueblo.

Ella palidece y mira a sus amigos y luego a nuestra madre. Traga saliva nerviosa.

—No hace falta, Flynn. Tanya y Trent pueden acercarme.

—He dicho que yo te llevaré —insisto con sorna.

—No es necesario, Flynn —dice mi madre—. Han venido para eso justamente. Holly necesita a tu hermana más que yo ahora mismo con todos los retoques de última hora para el desfile. ¿Habéis visto ya nuestros vestidos, chicos?

—Hemos visto el tuyo: ¡Holly lo diseñó! Esta tarde haremos el ensayo general y León estará allí —añade Megan.

—¡Oooooh! Con las maravillas que habéis contado de él, voy a tener que comportarme. Menos mal que ya estoy felizmente casada y probablemente sea demasiado vieja para él…

—¡Pero mamá…! —dice mi hermana ente risas.

—¿Quién es León? —pregunto.

—Oh, es un importante diseñador. Un amigo de Holly de Nueva York.

Se me hace un nudo en el estómago.

No será capaz. ¿De verdad es tan descarada como para traerse a su novio a Evergreen Creek?

Y yo que creía que estaba de malos humos en el rancho… Ahora estoy diez veces peor. Sé que voy por ahí gritándole a todo el mundo, pero es que no puedo evitarlo. Despotrico. Me da igual cómo me miren. Si no quieren bronca, que me

eviten.

¡Es así de fácil!

Cuando llega la hora de comer, me voy a casa. Así no haré sufrir a los demás. Veo que Ethan ya ha vuelto, pero aún está en la camioneta hablando por teléfono. Parece mantener una conversación muy animada. De repente, cuelga y golpea el volante con la mano. Miro hacia otro lado y salgo de la camioneta para meterme directamente en la caravana.

—¡Eh, vaquero! ¡No tan rápido!

Me doy la vuelta con el morro torcido. Ethan se acerca a mí con los ojos desorbitados.

—Ya he tenido bastante con tanta mierda. Holly y tú me estáis desquiciando. Acabo de hablar por teléfono con Violet. Ya la conoces: es dulce, amable, cariñosa… Pues lleva un cabreo del quince porque está a punto de partirle la cara a su mejor amiga, alias mi hermana. Se ve que Holly ha estado sacando las uñas toda la mañana. No explica las cosas, así que nadie sabe qué hay que hacer. Todo es un problema y se le echa encima a cualquiera por nada —Me señala con el índice—. El plazo para hablar con ella se te acaba esta noche, crack. Arregla esto o te juro que os pillaré por banda y solo habrá gritos.

Dicho esto, entra corriendo en su caravana y siento que me sube la tensión. Me meto en la mía dando un portazo. Estoy furioso conmigo mismo. Me tumbo en el futón y cierro los ojos. Respiro hondo varias veces. Tiene razón: esto está durando demasiado. Soy un adulto, no un criajo de instituto. Debería controlar mejor mis emociones. Y lo peor es que está afectando a los que me rodean. Mi problema con Holly no debería repercutir en mi trato con los demás. Y ella es igual de responsable, porque ha permitido que nuestra pelea cambie su forma de dirigirse a sus amigos y vecinos.

Suena mi teléfono y suspiro al ver número de Violet en la pantalla.

—¿Diga? —contesto.

—Hola. Espera un segundo —dice Violet.

Se oye un ruido al otro lado de la línea y luego:

—¿Ethan?

Me quedo paralizado al oír la voz de Holly.

—No, soy Flynn.

Los dos nos quedamos en silencio. De fondo oigo a Violet gritando. Le dice a Holly que ni ella ni Ethan harán el trabajo sucio y que tiene que hablar conmigo ella misma o pedirme lo que haga falta.

—Siento molestarte, pero quería recordarte lo de la pasarela para el desfile

de moda. ¿Cuándo crees que la tendrás?

Cuento hasta diez mientras pienso en las múltiples excusas que se me ocurren para librarme de todo esto. Pero soy un hombre de palabra, así que cumpliré con mi cometido.

—La empezaré esta tarde. ¿Querías algo más?

—Por favor y gracias. No, eso será todo.

Antes de que pueda responder, la línea se corta. ¿Así es como van a ser las cosas? Pues yo pienso jugar al mismo juego. Busco su contacto y le escribo un mensaje.

***Flynn:** *Intenta no colgar a los demás así, de primeras.*
La gente aprecia cuando
les dejas hablar. Por favor y gracias.
Me pondré sobre las ocho.

Me quedo un rato más en mi caravana, deseando que se me pase la mala uva. Consigo calmarme lo suficiente para volver a casa de mis padres y disculparme a regañadientes con aquellos a los que he tratado mal esta mañana. Consigo que algunos trabajadores del rancho me ayuden a cargar la camioneta con los materiales que necesitaré para la pasarela. Es una estructura básica que consiste en unas vigas de madera de diez por diez que se colocan alternas y van recubiertas por un tablero de contrachapado. Esta noche llevaré todo el material y empezaré a montar los postes. Mañana colocaremos el contrachapado y podremos empezar a pintar.

Cuando llego al aparcamiento del gimnasio, hay bastantes vehículos. He llamado a George y a su equipo porque necesitaba mano de obra esta noche. A pesar del aire gélido, conseguimos organizarnos para llevarlo todo dentro. Yo soy el primer eslabón de la cadena de relevo, y todos los demás se aseguran de que el material llegue adonde debe estar. Me siento realizado cuando saco la última viga de madera y entro en el gimnasio, donde se está calentito.

Este lugar bulle de actividad: hay unos cuantos en el escenario ensayando, un grupo en un rincón bailando, alguien junto al piano cantando, y en medio de todo el barullo está Holly y… *No puede ser: él.* De pie frente al escenario, mantienen una animada conversación. No se quedan cortos con los gestos. Ella se ríe de algo que dice él, y yo me doy la vuelta en cuanto miran en mi dirección. No puedo explicar lo que siento: es como si una daga me atravesase el corazón, pero mil veces peor. De repente, la rabia que había estado usando como tirita se cae y

no siento nada más que dolor.

—Bueno, Dawson. Estamos listos. Cuando quieras.

Le doy una palmada en el hombro a George y le dedico una sonrisa perezosa. Saco una hoja del bolsillo y la despliego.

—Bien, pues este es el diseño. Tendrá tres lados y el escenario será básicamente el cuarto. Vamos a empezar con…

Media hora más tarde, he trazado el espacio del gimnasio que ocuparemos con cinta de marcar. Ethan llega poco después y empezamos a montar. Durante el resto de la noche, hago el papelazo de mi vida estando en la misma habitación que Holly y fingiendo que no me afecta que ella esté con otro hombre.

Pero os diré una cosa: la única persona a la que no engaño con mi numerito es a mí mismo.

21

Holly

En cuanto veo a Flynn, se me cae el alma a los pies. He sido un pedazo de borde durante todo el día, pero no se me ocurre otra forma de sobrellevar el vacío que siento por haber discutido con él.

—¿Es ese el señor *crush* del instituto? ¿Pelo oscuro y unos ojos de hielo que no pueden dejar de mirar hacia aquí?

León habla en voz baja y me giro de nuevo, justo a tiempo para ver cómo Flynn se da la vuelta.

—Sí, bueno… Resulta que ahora no nos hablamos. Discutimos, así que…

—Espero que no sea nada serio, amiga.

—¿De verdad? Venga, León, seguro que te importa un bledo…

—Sí, pero tú dame información, que yo ya decido si me interesa o no. ¿Quién esa rubia tan mona que tampoco nos ha quitado ojo de encima desde que entramos?

Miro a mi alrededor y me quedo blanca al ver a Brooke. Me vuelvo hacia León con cara de perro.

—Por favor, dime que no estás hablando de la rubia con los vaqueros desteñidos y el jersey rojo de cuello alto.

—¿Te refieres a la que viene hacia aquí ahora mismo con una sonrisa que podría dejarnos ciegos?

—Es la ex de Flynn y mi némesis del instituto —consigo murmurar antes de que Brooke me salude.

—¡Holly, hoooolaaa…! Espero que no sea demasiado tarde para que mamá y yo nos apuntemos al modelaje.

—Hola, Brooke. Mmm… Deja que le eche un vistazo a la lista.

Tuerce el morro, pero luego pestañea un par de veces seguidas en plan coqueto. Me da que intenta camelarse a León.

—Venga, seguro que puedes encontrar un huequecito para las dos, ¿a que sí? Ya sabes, por los viejos tiempos… —Se vuelve hacia León y le sonríe—. Hola. Brooke Preston, encantada.

—León Calderas.

Observo por el rabillo del ojo cómo Brooke le da al coco. Estará intentando averiguar dónde ha oído antes el nombre de León. Según parece, se ha corrido la

voz de que vendría al pueblo para el desfile de moda. Apenas puedo contener mi sonrisa cuando se le ilumina la bombilla y se sobresalta antes de soltar un:

—¿El diseñador? ¡FLIPO! ¡Soy una gran fan de tu trabajo!

León esboza una sonrisa y pongo los ojos en blanco. Si hubiera sido otra persona, le habría advertido de que León hace honor a su nombre con sus aires de grandeza y le tira a todo lo que pilla. Pero Brooke ya es mayorcita y sabe cuidarse sola, ¿no?

Megan y Violet se acercan y se las presento. León se queda prendado de la forma tan colorida de vestir de la hermana de Flynn y le recomienda marcas y prendas que estilizan. Brooke entrecierra los ojos con aire amenazador al mirar a Megan y aprovecho para apartarla de ellos con el pretexto de hablar del desfile. Finalmente, consigo que su madre y ella se pongan con las otras modelos y vuelvo con León, que sigue charlando con una cautivada Megan.

Ensayamos el recorrido en un rinconcito del gimnasio. En un momento dado, veo entrar a Ethan y le hago señas para que se presente.

Por alguna razón, Ethan mira a León con la misma intensidad con la que León le mira a él. Mi amigo es el primero en romper el silencio.

—¡Pero Holly…! ¡No me dijiste que erais como dos gotas de agua!

—Pues yo te imaginaba como un viejo decrépito —dice mi hermano—. Sin ofender, ¿eh?

—No me ofendes, tranquilo.

Ethan nos mira una vez más antes de unirse a Violet, que está con un grupito de pintores que se encargan del telón de fondo de la pasarela. Le susurra algo al oído y veo que ella se gira de la forma menos sutil posible. Mi amiga abre los ojos como platos, luego ambos siguen con las cuchichitas y miran a Flynn.

—Vale, señoritas: vamos a reorganizaros un poco —dice León—. Tengo una idea que creo que puede funcionar. Quiero a todas las pequeñas delante, por favor.

Las niñas menores de 10 años se acercan a él. Le veo demostrar cómo quiere que desfilen y enseguida deduzco que están en buenas manos. Deambulo por los otros grupitos de actividades. Estoy radiante por ver cómo avanza el asunto. Son casi las diez cuando algunos grupos dan por acabado el ensayo matutino. Flynn y su equipo han trabajado duro y me complace ver que la base de la pasarela está en su sitio. Mientras ayudo a Violet a recoger la pintura y otros materiales, lo observo de reojo: está recogiendo sus herramientas.

—Tienes que hablar con él, Holly. No vamos a seguir andando con pies de plomo a tu alrededor eternamente.

—Hablaré con él si él se digna a acercarse primero, Vi. ¡Ni siquiera sé lo que le he hecho!

Violet suspira.

—Y eres demasiado orgullosa para preguntarle, ¿a que sí?

—Para tu información, Vi, sí le pregunté, pero no obtuve respuesta. La pelota está en su tejado, pero tal vez, para cuando él esté listo para jugar, yo ya me haya ido del partido.

Seguimos recogiendo en silencio y salimos las primeras. Al pasar por delante de Flynn, siento sus ojos clavados en mí y me felicito por haber luchado contra el instinto de girarme.

Sé fuerte, Holly.

***

A la mañana siguiente, me reúno con León en su hotel y juntos cargamos con toda la ropa que hemos traído de Nueva York para llevarla al gimnasio. Unas horas después, Lisa me llama para decir que está al caer con la última tanda de prendas. Es el momento perfecto, porque pasado mañana es la inauguración, y en nada, el cumple de mamá. *Voy a tener que prepararle alguna sorpresa especial.* Con el móvil en la mano, le doy a mi ayudante las indicaciones necesarias para llegar al gimnasio, y unos minutos después, entra a toda prisa con mil perchas y trajes de vestir. Otros más para el montón. Me aseguro de que todo esté en su sitio y me llevo a mis neoyorquinos a La Taza de Java.

—¡Uf!'¡Esto me va a sentar de maravilla! —dice Lisa dando un sorbo a su bebida—. Casi me quedo atrapada en la ciudad. Todo el mundo está alertando sobre la tormenta de nieve. Sé que nos encanta la nieve, pero a veces la madre naturaleza se pasa cuatro pueblos.

—Sí, aquí también estamos pendientes de la predicción. Puede que caigan un par de copos, pero nada grave. ¿Te alegras ahora de estar lejos de Times Square?

Miro a León sonriente y él pone los ojos en blanco.

Charlamos un poco más antes de hacerles un *tour* rápido por el pueblo. Me aseguro de enseñarles todas las actividades que hemos organizado y termino por todo lo alto con La Peonza Juguetona. Se quedan boquiabiertos con los juguetes hechos a mano y con el museo, en el que no caben más objetos que exponer.

—Vaya, Holly… No me extraña que quieras volver aquí. Este lugar es mágico. Un universo paralelo… —susurra Lisa mientras observa los juguetes.

—Si alguien me hubiera dicho que existía un lugar así, le habría dicho que

mentía. Huelga decir que no me quedaba a vivir, porque soy un chico de ciudad, pero me veo pasando aquí una o dos semanas cuando necesite un respiro —añade León.

Sonrío.

—Los dos tenéis invitaciones permanentes para venir cuando queráis. Bueno, vamos a comer algo antes de volver al gimnasio. Va a ser una tarde muuuy larga…

***

Mi intuición no falla: el ensayo general del concierto se nos ha hecho eterno, pero falta poco para que termine. En el escenario, muchas personas campan a sus anchas, pero los encargados del desfile nos ceñimos al espacio que han marcado en el suelo. León se ocupa de los ensayos con las peques para poder mandarlas a casa cuanto antes, pero sigue exigiendo a las mayores mientras el equipo de construcción termina de montar la pasarela.

Veo a Brooke en su elemento: se pavonea con un vestido sí y el otro también. Es evidente que elige los más ajustados para presumir de sus curvas perfectas.

—Esa tal Brooke no sabe el chasco que se va a llevar con León…

Lisa sonríe al ver cómo contonea las caderas en exceso al pasar junto a nuestro amigo.

—Bueno, ya es mayorcita y sabe cuidarse sola —Me río—. Aunque no le vendría mal que alguien la advirtiera de lo que le espera…

Lisa se afana con el vestuario y yo observo a León, que no deja de mirar a Brooke. *Pobrecita mía. Qué lástima.* Si fuera Violet y no ella, no habría dudado en contarle cómo es. Entro en conflicto conmigo misma y respiro hondo.

No me puedo creer que esté haciendo esto… —susurro para mis adentros.

Me acerco a León y le toco el hombro, que se vuelve y me sonríe.

—No me puedo creer que vaya a decirte esto, pero… me acojo a la primera enmienda de nuestra amistad. Déjala en paz.

León levanta las cejas.

—Te has puesto muy seria para alguien que no es ni tu amiga, ¿no? Este lindo gatito solo quiere jugar…

—Ese jueguecito tuyo deja corazones rotos a su paso.

—No es mi culpa que no me escuchen cuando les digo que este chico vive la vida sin ataduras…

—Puede que no la trague, pero es solo una chica perdida en el mundo

buscando a su media naranja.

—¿Y cómo estás tan seguro de que no soy yo?

—¡Calla, calla! Ojalá alguien fuera capaz de domar a un león como tú.

Suspira.

—Sí soy. La primera enmienda, ¿eh?

—Eso es. Guárdate las garras y prepara a estas señoritas para el pase final en la pasarela. Creo que Ethan y Flynn han terminado. Voy a echar una mano a Lisa con los vestidos.

En realidad, no tendría que preocuparme por ella. Tiene un equipo de unas diez señoras que la ayudan a que todo fluya sin problemas. Aun así, me paso un rato ayudando a vestir y desvestir a algunas de las modelos. La energía entre bastidores parece de otro mundo y me recuerda a los desfiles de moda en los que trabajé en la universidad. Estas chicas no tienen nada que ver con las supermodelos, como es lógico, pero se les nota que se mueren por participar.

Una mujer a la que no conozco de nada me abraza mientras se quita un caftán.

—Ojalá pudiéramos hacer algo así todos los años… De verdad, Holly, no sabes lo que esto significa para mí.

Sonrío y asiento con la cabeza.

—Veremos qué podemos hacer.

Me quedo unos minutos más antes de volver a salir para ver cómo va el ensayo. Estoy a punto de cruzar las cortinas cuando oigo un grito. Me asomo justo a tiempo para ver a Brooke caer del escenario. Todo el mundo se queda paralizado, pero entonces ella suelta una risita y añade:

—¡Me has salvado, Flynn! Menos mal que siempre estás ahí…

—Es un placer, Brooke.

Veo cómo se sonríen y, de repente, es como si me hubieran rociado con agua helada.

Necesito tomar el aire. No, ¡necesito irme!

Avanzo alterada entre bastidores una vez más y enseguida llego a la puerta trasera. Me enfrento a la gélida temperatura mientras rodeo el gimnasio y entro de nuevo al vestíbulo, donde busco mi chaqueta y mi bolso para dirigirme al aparcamiento. Al entrar en el coche, me tiemblan las manos. He de despejarme como sea. Arranco el coche y conduzco. No sé cuánto tiempo me paso así, con el piloto automático encendido. Parecen horas, pero podrían haber sido minutos. Cuando por fin entro en razón, veo una ráfaga blanca que se dirige hacia mí. Me detengo ante una señal, saco el móvil y veo que solo me queda un 3 % de

batería. Enciendo el GPS para hacerme una idea de dónde estoy y evitar que se me apague el móvil antes de tiempo.

—Twickenham Glades…

¡Eso está a más de ochenta kilómetros de Evergreen Creek!

Busco en el GPS la cafetería más cercana y veo que hay un *diner* a solo cinco kilómetros. Miro hacia fuera y me reincorporo a la carretera. Ahora mismo, con la ventisca, no se me ocurriría volver a Evergreen Creek. Al final, encuentro la cafetería, aparco y me resguardo justo cuando la nieve empieza a caer con más fuerza.

—Hola —La camarera sonríe mientras se acerca a mí—. ¿Qué te pongo?

—¿Qué me recomiendas?

—Puedo prepararte un sándwich de queso a la plancha.

—Sería estupendo, gracias.

—¿Café?

—Sí, por favor. Por cierto, ¿a qué hora cerráis? Tengo que pensar dónde me voy a quedar esta noche. Parece que no va a amainar pronto, así que no hay forma de que vuelva a Evergreen Creek.

—¿Evergreen Creek? Estás muy lejos de casa, bonita.

—Sí, lo sé…

—Bueno, en realidad, puedes quedarte todo el tiempo que quieras. Estamos abiertos las veinticuatro horas del día. Pero si buscas una cama, hay un par de sitios por aquí cerca. Puedo indicarte dónde están cuando estés lista.

—Gracias…

—Déjame que te lo prepare todo.

Sonríe y se dirige a la cocina. Me giro para mirar la nieve caer. Ladeo la cabeza y apoyo la mejilla en la mano. Entonces caigo en la cuenta de que me he ido sin dar explicaciones. Pero cuando saco el móvil, no consigo desbloquearlo. Se ha quedado sin batería.

Pues nada. Ahora ya sí que no puedo hacer mucho…

Me acomodo en el asiento, me tomo mi sándwich y mi café en silencio y me pierdo en mis pensamientos. Han pasado muchas cosas en tres semanas. La vida es una montaña rusa, ¿eh? Me cuesta creer que Flynn y yo apenas hayamos durado tres días en una relación, si es que podemos llamarlo así. Y luego, nada. No llevo bien los cambios abruptos en el plano emocional, así que me va a llevar un tiempo superar lo de Flynn. Él fue mi primer amor y yo fui el suyo. Y cuando por fin decidimos entregarnos al otro, por alguna razón, todo implosiona. Ahora tengo que recoger los pedazos de mi corazón roto y seguir adelante.

A ver, tengo mi negocio y cierta estabilidad financiera. El piso en el que vivo en Nueva York puede convertirse en un contrato de alquiler con opción de compra o puedo buscarme otro que me parezca una opción más segura. Fíjate tú por dónde: mi sueño de volver a Evergreen Creek se está esfumando poco a poco.

Entendedme: ni de coña someto a mi corazón a una tortura constante. Si Flynn y Brooke quieren seguir con sus vidas y volver, no seré yo quien lo presencie. No después de haber probado brevemente lo que podría ser para nosotros. Pasar página es la única solución, más que nada porque me niego a quedarme sentada retroalimentándome en el mundo de los «¿Qué habría pasado si…?».

Por más que le doy vueltas al asunto, siempre llego a la misma conclusión: la única forma de seguir adelante es que me vaya de Evergreen Creek… para siempre.

22

Flynn

Cierro la caja de herramientas y me pongo derecho. Nos hemos pegado una paliza increíble estas dos últimas tardes, pero el esfuerzo ha valido la pena, porque todo ha salido a pedir de boca. Me dirijo a los servicios para lavarme las manos y me encuentro con una escena que me enfurece al instante.

Brooke está apoyada en la pared en un rincón oscuro del *backstage*. El novio de Holly le está susurrando un par de cositas. Ella sonríe y le pone carita de niña buena, luego le acaricia el brazo con un dedito, despacio. Típico de Brooke.

No pienso tolerar esta mierda, así que aprieto los puños y me acerco.

—Eres un descarado. Respeta un poco a tu novia, ¿no? ¡No llevas ni dos días aquí y ya has jodido a Holly! Se merece a alguien mejor que tú.

—¡Flynn! No sabía que estabas por aquí, yo… solo estábamos…

—Sé lo que estabas haciendo, Brooke. No has cambiado ni un poquito. Sigues buscando al hombre perfecto, ¿verdad? Para ti nadie es suficiente. Pues vete a tu casa, porque no pienso dejar que hagas daño a Holly calentando a su novio.

Brooke se pone pálida y sale pitando. Canalizo toda mi ira en el hombre que tengo delante, que me mira divertido mientras me acerco.

—Mira, chaval, no sé quién eres, pero…

—León Calderas. ¿Qué puedo hacer por ti?

Ignoro su mano extendida y su comentario y continúo:

—… o cómo te conoció Holly, pero se ve que eres un actor de puta madre. Y aunque ella te ha escogido a ti, lo que acabo de ver no me gusta nada. Ella merece más.

—¡Calma un poco, vaquero! Estoy de acuerdo contigo, pero creo que se te han cruzado los cables. ¿Por qué piensas que Holly y yo somos pareja? Solo somos amigos.

—¿Solo amigos? —Le miro incrédulo—. ¿Solo amigos? Y ahora me dirás que los amigos se cogen del cuello y la cintura y se juran amor eterno…

—¿De qué hablas?

—Os vi a los dos en su estudio.

—¿En su estudio? Escucha, tío, hasta que llegué aquí, no sabía ni quién eras…

—La tenías bien agarrada y le dijiste cuánto la querías y lo que querías hacerle, y luego te abrazó.

—¡Oh, no! ¿Viste eso?

Los dos nos giramos para mirar a la chica que ha venido de Nueva York para ayudar a Holly. Por desgracia, no sé cómo se llama.

—¿Tú sabes qué dice este chico, Lisa?

Ah, Lisa.

La ayudante se cubre la cara con ambas manos y separa ligeramente los dedos para mirarnos.

—Creo que se refiere a cuando estabais representando la proposición de matrimonio de Marcus.

—¡Oh, no!

—¡Oh, sí!

—¡No puede ser! —El tal León camina en círculos y se echa a reír—. No puedo creer que vieras eso y pensaras que Holly y yo teníamos una relación.

Miro a uno y a otro, perplejo. Lisa se acerca a mí.

—Flynn, ¿verdad? —pregunta.

—S-sí…

—Mira, no sé qué pensarías en su momento, pero puedo asegurarte que León y Holly nunca han estado juntos y jamás tendrán nada que no sea una relación profesional entre diseñadores. Lo que viste ese día fue esto.

Lisa se acerca a León y ambos vuelven a representar la escena. Me arden las mejillas. *Qué bochorno.*… O sea, que todo este tiempo, Holly era inocente…

¡¡Seré gilipollas!!

Respiro hondo y doy un paso atrás.

—Marcus es un compañero nuestro que tuvo la mala idea de pedirle matrimonio a su novia en una estación de metro que estaba a rebosar de gente, y para colmo, ella lo rechazó. Siento decirte que no puedo contar una historia sin dramatismo añadido, así que digamos que estabas en el lugar equivocado en el momento equivocado —León se encoge de hombros.

Vuelvo a respirar hondo.

—Supongo que te debo una disculpa…

—No pasa nada. Yo diría que más bien tienes que arreglar las cosas con Holly. Que por cierto, ¿dónde está? ¿Se ha ido ya?

—Creía que estaba ahí fuera contigo… —dice Lisa.

—No. Me dijo que iba a ayudarte detrás del escenario —responde León.

—Bueno, pues es obvio que aquí no está…

Los dos me miran y yo levanto las manos.

—A mí no me miréis. Yo no la he visto y tampoco creo que me hubiera dicho nada antes de irse. Intentad llamarla. No creo que conteste si lo hago yo…

Lisa saca el móvil enseguida y busca su contacto, pero cuelga inmediatamente.

—Me salta buzón de voz. Esperad, que lo intento otra vez —Pasan unos instantes, y luego…—. Nada, otra vez el buzón de voz.

León saca su teléfono.

—Déjame intentarlo a mí.

—Y a mí.

Ambos me miran.

—Mmm, bueno, mejor dejad que llame a Violet…

Marco el número que me sé de memoria y ella contesta tras la segunda señal.

—¿Diga?

—Vi, soy Flynn. Estoy intentando localizar a Holly, pero salta el buzón de voz. ¿Tienes el número de su madre o de su padre?

—Emmm, pues no… Pero ¿te has parado a pensar que Ethan, su hermano y tu mejor amigo, sí podría tener el número de sus propios padres?

—El sarcasmo no va contigo, Vi. En fin, buenas noches.

—Yo también te quiero, guapetón. Menos mal que os reconciliasteis. No creo que hubiera podido soportar otro día de su mal genio…

—Aún no hemos hecho las paces, Vi. Bueno, te dejo, que voy a llamar a Ethan.

Cuelgo y busco el número de Ethan para llamarlo.

—¿Sí?

—Hola, tío. ¿Me das el número de tus padres? Estamos intentando localizar a Holly, pero salta el buzón de voz.

—Será mejor que los llame yo. Es muy tarde.

—Vale. Avísame cuando sepas algo.

Aprovechamos los pocos minutos que estamos a la espera para cerrar el gimnasio. Me sorprende ver que es cerca de medianoche y que el viento sopla con fuerza cuando nos dirigimos al aparcamiento.

—Espero que esta tormenta no venga hacia nosotros. Echaría por tierra todo el trabajo de Holly…

—La última vez que lo comprobé se suponía que ni siquiera había chubascos —Lisa saca su teléfono y unos segundos después, ahoga un grito—. ¡Oh, no!

—¿Qué pasa?

Gira el teléfono hacia nosotros.

—La borrasca se ha movido.

Miro el radar de la tormenta y me quedo helado al ver el enorme temporal que se ha convertido en un manchurrón blanco. Evergreen Creek se ha perdido en el mapa. Poco después, suena mi teléfono.

Ethan.

—¿Sí?

—¿Dónde estás?

—Acabamos de cerrar el gimnasio. Ya nos íbamos a casa.

—Mamá me acaba de llamar. Holly no está con ellos. Voy a llamar a Vi.

—No, espera, ya lo he hecho yo. Ella me dijo que te llamara. Con ella tampoco está.

—No te muevas. Voy para ya.

—Espera: será mejor que nos encontremos a mitad camino.

—Mamá está esperando a que la llame. No puedo llamar a mi madre y decirle que no encuentro a su hija.

—Vale, pero voy a acompañar a Lisa y León a su hotel y luego voy a por ti. La tormenta arreciará en unas horas. Necesitamos un plan de acción y a tanta gente como sea posible.

—En ello estamos. Le he contado a Vi lo que pasa y va a mandar un difundido enseguida. Recógela después de dejar a Lisa y León, por favor.

—Ni de coña nos llevas al hotel —Lisa da un paso al frente—. También somos sus amigos.

—Seremos tus ojos en la carretera. Te ayudaremos mientras conduces —León interviene.

—Tienen razón —dice Ethan de fondo—. Que dejen el coche en el hotel y luego vayan contigo. Comprobaré las carreteras entre el rancho y el pueblo. Date una vuelta con el coche por la zona. Te avisaré cuando llegue y me llevaré a uno de tus ayudantes.

—Vale, yo llamaré al *sheriff* y le pediré que corra la voz. Él nos explicará cómo reunir un grupo de búsqueda.

—Vale. Hablamos en un rato.

Colgamos y nos ponemos en marcha. Recojo a Violet y me adelanto con la camioneta para dejar en el hotel el todoterreno de León, que me sigue de cerca. Una hora más tarde, Vi se sube a la camioneta de Ethan y se nos unen un ayudante del *sheriff* y algunos vecinos más.

Tenemos que encontrarla como sea.

***

Son casi las tres de la madrugada. Hemos recorrido todas las calles del pueblo y las carreteras que lo rodean. La nieve es cada vez más espesa y la visibilidad, más reducida. Es evidente que Holly no está en Evergreen Creek. La única opción es que se haya ido del pueblo. Pero con la tormenta, buscarla en otra parte no es muy buena idea. Se me encoge el corazón cuando nos dispersamos y volvemos a nuestras casas. Ethan y yo conducimos con cuidado hasta llegar a la entrada de la casa de mis padres. Mi madre nos ha dado instrucciones estrictas de ir allí a esperar a que amaine la tormenta en lugar de pasar la noche en las caravanas. Cuando entramos, la luz de la cocina está encendida. Nos recibe el calor del fuego y el olor a pan recién salido del horno.

Mi madre nos mira con una sonrisa tristona y dice:

—Cuando no puedo dormir, me da por hornear.

Nos ayuda a quitarnos la ropa húmeda y guía a Ethan a la habitación de invitados. Me cambio y vuelvo abajo, incapaz de conciliar el sueño. Mi madre me recibe con una taza de chocolate caliente y nos sentamos junto a la ventana en silencio. No dice nada, simplemente espera.

—Es mi culpa —admito—. Vi algo que no me gustó, lo malinterpreté y…

De repente, todo el sufrimiento reprimido de los últimos días, empezando por mi viaje a Nueva York y terminando con la verdad, que he descubierto gracias a Lisa y León, sale a la luz.

—Quiero arreglar las cosas con ella, mamá, de verdad que sí —añado—. Pero se ha ido…

Miro por la ventana la nieve que cae con fuerza, implacable, y entonces, la realidad me golpea.

Holly se ha ido.

23

Holly

No sé cuánto tiempo llevo aquí sentada, pero me muero de sueño. Levanto la mano para llamar a la camarera, que acude al instante.

—¿Dónde puedo encontrar ese hotel que mencionaste? Creo que aún puedo conducir.

—Bueno, por mucho que lo creas, mi conciencia no te lo permitiría. Acabamos de recibir noticias del *sheriff* . Nos han dicho que debemos cerrar en diez minutos máximo. Parece que vamos a sufrir la tormenta después de todo. Todas las carreteras en ciento y pico kilómetros a la redonda están cortadas.

—¿Incluso las que llevan a Evergreen Creek?

—Especialmente las carreteras hacia Evergreen Creek. Son nuestros vecinos más cercanos y parece que el temporal les va a afectar de lleno.

Se me descompone la cara. Una bola plúmbea se forma en mi estómago.

—Oh, no…

Las lágrimas me pinchan los ojos como si de mil agujas se tratase. Pienso en todos nuestros planes, que parecen irse por el desagüe. La tristeza me empapa los pómulos e intento secarme la cara con una servilleta.

—No pasa nada, cariño. Solo estaremos encerrados un par de días…

—No, es que… En mi pueblo habíamos planeado un evento increíble y ahora… todo se ha ido al garete. ¡No es justo! ¡Tres semanas de arduo trabajo a la mierda!

—Bueno, cariño, estoy segura de que tus amigos entenderán que no podemos luchar contra la madre naturaleza.

—Es más que eso. Hemos organizado un concierto multitudinario para la noche de la inauguración de la Feria del Juguete y…

Me sorprendo contándole la situación en el pueblo y todo lo que ha pasado.

—Ay, cielo… Qué mal. Es horrible trabajar tanto en algo y que te lo arrebaten de repente.

—Ojalá las cosas hubieran salido de otra manera. Quizá si estuviera allí ahora, podría pensar qué hacer.

—Eres testaruda, ¿eh?

Me encojo de hombros.

—Tengo que hacerlo por ellos. Y más sabiendo que luego me iré…

La conversación se ve interrumpida por unas luces azules intermitentes que se acercan al *diner*.

—¡Vaya! Ya está aquí el ayudante del *sheriff* Dixon para asegurarse de que llegamos bien a casa. Oye, ni siquiera sé tu nombre. ¿Cómo te llamas, bonita?

—Holly. Holly Morgan.

—Encantada de conocerte, Holly. Soy Fiona Fagan. Acabo de tener una idea: ¿Te gustaría ahorrarte unos dólares y quedarte en mi habitación de invitados en vez de en un hotel? Puedo conseguirte ropa limpia y un espacio mucho más hogareño. Te prometo que no soy una asesina en serie y tú tampoco lo pareces, así que… ¿Qué me dices?

—Buenas noches, señora Fagan. Señorita… —El ayudante del *sheriff* se mete en el *diner* y se quita el sombrero—. ¿Están listas?

—Sí, vale, me quedaré contigo —decido al instante.

—Estupendo. Cogeremos mi coche, así no tendremos que sacar el tuyo, que estará sepultado bajo la nieve. Nos vemos en la puerta, agente.

Sigo a Fiona a través del restaurante hasta una zona cubierta en la parte trasera que se utiliza para el reparto y el aparcamiento del personal. Hay un Highlander[1] viejito que parece haber visto días mejores, pero en cuanto Fiona introduce la llave, se pone en marcha. Nos acercamos a la entrada y seguimos las luces del vehículo policial durante unos veinte minutos. Se detiene en una vivienda de una sola planta y Fiona gira hacia la entrada. Toca el claxon y él responde del mismo modo.

—Entremos antes de que la nieve cubra la puerta.

Juntas avanzamos a trompicones hasta la entrada de su casa y pronto estamos dentro.

—¡Brrr! Me compadezco de cualquiera que tenga que estar fuera con este frío. En fin, es lo que se espera a principios de febrero, ¿verdad?

—Bueno, lo de la tormenta de nieve tampoco es necesario…

Miro a mi alrededor y Fiona enciende la chimenea.

—Ven, deja que te dé un par de cosillas antes de dormir.

La sigo por el estrecho pasillo y me lleva a una habitación pintoresca. La verdad es que me siento como en casa.

—El baño está entre las dos habitaciones. Puedes ponerte esto —Me tiende un pantalón de chándal y una camiseta de una pila de ropa que hay sobre una silla—. El cepillo de dientes está en el botiquín. Voy a preparar café y algo para picar.

Dicho esto, se va. Me cambio de ropa y doblo con cuidado los vaqueros y el

jersey, porque sé que tendré que volver a ponérmelos en algún momento. Fiona tenía razón: aquí me siento mucho más a gusto que en un hotel. Vuelvo al salón en busca de mi salvadora y avanzo hasta la cocina. Mi naricilla curiosa sigue el rastro de un manjar. Cuando pongo un pie dentro, las luces parpadean, temblorosas, durante unos instantes y las dos levantamos la vista. Pero al ver que permanecen encendidas, respiramos aliviadas.

—Menos mal que he cargado el generador y tengo provisiones en casa. Estaremos bien mientras dure la tormenta. Bueno, sírvete tú misma —dice señalando la encimera—. Enseguida vuelvo.

Cojo un plato y me echo tortitas, huevos y *bacon*. No tengo ni idea de cómo los ha hecho tan rápido. Quizá sea un secreto profesional. Me siento junto a la encimera, desde donde puedo mirar al exterior. El mundo es de color blanco. Sin lugar a duda, mi coche debe estar completamente cubierto por la nieve. Levanto la vista cuando Fiona regresa vestida de forma similar a la mía. Se sirve y se reúne conmigo con un plato en la mano. Me levanto para servirnos un café a las dos y ella sonríe.

—Sienta bien que me sirvan café, para variar. Gracias.

Comemos en silencio y luego me mira.

—No es por ser indiscreta, pero ¿qué hacías conduciendo tan tarde y tan lejos de casa? ¿Por qué te alejabas de tu gran proyecto? —La pregunta surge de la nada y miro al plato. Siento que me suben los colores y ella se ríe—. Uuuy… Esa carita solo puede significar una cosa: hombres —La miro fijamente y la risita se convierte en una carcajada—. Ay, cariño, piensa que mi trabajo también consiste en leer a la gente y escucharlos cuando es necesario. Bueno, ¿quién es y qué ha hecho?

Me encojo de hombros y le cuento toda la historia, empezando por cuando nos conocimos de niños y terminando con mi huida repentina después de ver cómo tonteaba con Brooke.

—Mmm… Es una historia complicada, pero ¿has probado a preguntarle qué le pasa?

—Sí, pero se negó a darme una respuesta directa.

—Y esa chica, Brooke, ¿de verdad te hace la competencia? Yo diría que lo dejaron hace mucho, ¿no? ¿Estás segura de que viste lo que viste?

—No creo que necesite gafas todavía. Se cayó del escenario y fue a parar directamente a sus brazos, Fiona. Luego se puso a coquetear con él y él le siguió el rollo.

—A ver, voy a ser abogada del diablo, pero ¿qué querías que hiciera? ¿Que

la dejara caer?

—Bueno, no. Está claro que no era plan de que se hiciera daño, y menos si soy yo la que organiza todo esto, y por ende, la responsable de lo que pasa en el recinto.

—Bueno, entonces digamos que él evitó que se cayera y ella actuó como de costumbre.

—Sí. Pero tampoco era necesario que le siguiera el rollo, ¿no?

—Estoy de acuerdo contigo, sí, ¡pero dale un respiro, por Dios! Si es tan bueno como dices, ¿no deberías concederle el beneficio de la duda? A lo mejor solo quería ser amable. Deberías llamarle al menos para hacerle saber que estás bien. De hecho, según me consta, nadie sabe que has salido huyendo del pueblo. Tus padres deben estar volviéndose locos.

—Dudo que me haya echado de menos, pero llamaré a mi… Ay, espera. Mierda, mi móvil murió cuando llegué al *diner* y me he dejado el cargador en casa….

—¿Y por qué no me has dicho nada? Venga, ve a por él, que te traigo el mío. ¡Anda que…!

Voy a la habitación a por el móvil y ella llega al mismo tiempo con el cargador en la mano. Le paso el teléfono y lo enchufa. Cuando terminamos el resopón, tiene carga suficiente para encenderse, pero no hay señal.

—Puede que las líneas telefónicas no funcionen. Ojalá hubiera cogido la radio de onda corta de la cafetería. Al menos podría haber llamado por radio al *sheriff* para pedirle que buscara una forma de transmitir el mensaje de que estás a salvo. Tal y como están las cosas, lo único que podemos hacer es esperar.

Nos quedamos calladas un ratito. Se me cierran los ojos. Son las cinco menos cinco de la mañana, así que Fiona y yo decidimos irnos a la cama. La habitación está calentita y me dejo caer en el mullido colchón sin dudarlo. Pienso en todo lo que ha pasado hoy y suspiro. Entiendo que Fiona quiera que le dé a Flynn el beneficio de la duda, pero yo ya me he decidido. Ni siquiera puedo estar en la misma habitación que él.

Las lágrimas que había estado conteniendo salen al fin y me encuentro lloriqueando ante la idea de renunciar a Evergreen Creek. Si Flynn y yo hubiéramos mantenido en secreto lo que sentimos el uno por el otro, podríamos habernos refugiado en nuestra amistad. Pero ahora todo es mucho más complicado. Y las complicaciones, a mí, no me van.

Dejo que el colchón me atrape y cierro los ojos. La casa está en silencio y el runrún de la tormenta me adormece. Antes de quedarme dormida, me hago una

promesa:

Asumiré el dolor que supone abandonar Evergreen Creek y, con ello, a Flynn Dawson.

---

[1] *N. de la T.* Modelo de coche de la marca Toyota.

24

Flynn

No he pegado ojo. Han pasado horas desde que Ethan y yo llegamos a casa de mis padres, pero no consigo conciliar el sueño. Hace mucho que mi madre se acostó, pero yo sigo despierto. Sentado junto a la ventana de la habitación de mi infancia, observo cómo cae la nieve. Cada cierto tiempo, miro el teléfono. No hay cobertura. Ahora ni siquiera me salta el buzón de voz cuando llamo a Holly, por lo que sospecho que la tormenta ha afectado a la red. Suspiro y dejo el teléfono a un lado.

Me siento como un imbécil cada vez que pienso en la conversación que mantuve con Lisa y León. Intento averiguar cuál fue mi error y me doy cuenta de que, en cuanto me enteré de que Holly había vuelto a Nueva York, me puse a la defensiva. Las pullitas de Brooke en el bar solo me animaron a mantenerme en mis trece.

¿Acaso buscaba la excusa perfecta para acusar a Holly de que, en realidad, no quería quedarse en Evergreen Creek? Vaya gilipollas estoy hecho.

También es cierto que, aunque pasé pocas horas en Nueva York, Evergreen Creek simplemente no puede competir con la velocidad a la que evoluciona la industria de la moda en esa ciudad. ¿Y si, inconscientemente, mis esperanzas se desvanecieron en cuanto vi lo que era la Gran Manzana? ¿Y si me entró miedo de que Holly creyera haber cometido un error y se fuera una vez más? Me he saltado mi propia regla: he dejado que los problemas me afecten y amarguen antes de que ella pueda tomar una decisión.

Suspiro y vuelvo a mirar afuera. El viento ulula y veo cómo los montones de nieve que trae la ventisca se pegan al cristal de la ventana y van cayendo. Cojo de nuevo el teléfono para llamar y suspiro. *¿Qué pretendes, Flynn? No servirá de nada.* Solo nos queda esperar a que amanezca y ver qué más podemos hacer para ayudarla. Pero no puedo dejar de pensar que, para una persona que se ha perdido en una ventisca, los minutos, las horas, los días son cruciales. Son aquello que le separa de la muerte.

Dios, Holly, ¿dónde estás?

Respiro hondo y me alejo de la ventana. Me meto en la cama, sabiendo que es posible que no me duerma. No es hasta que el cielo empieza a teñirse de un gris pálido que cierro los ojos y me rindo al agotamiento. En cuanto me

abandono, la veo. Lleva el pelo castaño recogido en dos trenzas y una mochilita rosa. Va cogida de la mano de un niño que se parece a ella. Cualquiera diría que son un par de muñecos. A la niña la llevan a una sala al final del pasillo y al niño lo sientan a mi lado. Vamos a la misma clase. Luego salimos al patio. Creo que es la primera vez que estuvimos juntos en el recreo. Mi compañero de pupitre sale disparado hacia su hermana, me señala y grita:

—¡¡*Finn* va a jugar con nosotros!!

En la guardería, Ethan aún no dominaba los grupos de consonantes y le costó más de un año pronunciar bien mi nombre. Violet y Holly no tardaron en conocerse y los cuatro nos hicimos uña y carne.

¿Nos hicimos…? ¿Hacemos? Ni siquiera sé qué es el pasado y qué el presente.

La escena vuelve a cambiar: esta vez es nuestro primer día de… ¿algún curso de primaria? Holly lleva el pelo recogido en una coleta. En esa época, la melena le llegaba casi hasta la cintura. Yo me divertía tirándole de la coleta cuando la veía algo empanada y luego le echaba culpa a otro, hasta que acabó pillándome.

¿Se enfadará? ¿Se enfadó?

No. Holly se sonroja y se ríe al girarse. Tengo la punta de su coleta en la mano, o sea que está clarísimo quién es el culpable. Jamás le volví a tirar del pelo.

Nunca más le tires del pelo.

Se cierra el telón. Se abre de nuevo, y ahora tendremos unos 13 años. Yo diría que es cuando empecé a pensar en Holly como algo más que una amiga. La mayoría de sus pecas de la infancia desaparecieron y tan solo dejaron unas motitas esparcidas por todo su cuerpo. Se cortó el pelo un poco por debajo de los hombros y empezó a maquillarse. Una época complicada, pero… ¡tan fácil al mismo tiempo!

¡Qué raro! Se ve que se corta un poco más conmigo y se sonroja cada vez que me tiene cerca…

Los cuatro seguimos tan unidos como nunca y crecimos juntos. El primer día de clase del año en que cumplimos diecisiete, quedamos enfrente del instituto para entrar juntos, como siempre. Eso sí, esa vez, cogí a Holly de la mano. Cuando llegamos a clase, no quería soltarla, pero entonces Brooke entró en escena. Intentó una y otra vez meterse en nuestro grupito, pero no encajaba, así que, en su lugar, puso los ojos en mí. Yo era joven e idiota y me encantaba que las chicas populares del insti me hicieran caso. Decidí que Holly sería solo mi amiga por varias razones: primero, porque era la hermana de mi mejor amigo, y

segundo, porque me daba un miedo terrible ceder a los sentimientos que bullían en mi inexperto corazón. Para cuando nos graduamos, Brooke y yo llevábamos un tiempo saliendo y Holly…

Holly ha pasado página, campeón.

La universidad nos separó. Recuerdo el día en que los tres se fueron. Como buen amigo, fui a despedirlos. Luego me dirigí al rancho y me dejé la piel para acabar con la tristeza.

Dios, echo tanto de menos a mis amigos…

Sigo dando vueltas en la cama mientras el pasado y el presente se mezclan en mi sueño. Todo se me escapa y avanzamos irremediablemente hacia el futuro.

De pronto, la veo de pie, en lo alto de la colina a la que la llevé hace unos días. Está de espaldas a mí, pero la reconocería en cualquier parte. Lleva el pelo suelto y le cae en cascada por la espalda. Luce un vestido blanco y una diadema de margaritas silvestres. Se gira para sonreírme y me tiende los brazos. La miro fijamente mientras avanzo hacia ella. Una escalera se extiende ante mí. He de subir para alcanzarla. Camino a cámara lenta: entre paso y paso, parece haber una pausa interminable.

En el primer escalón, me tiende la mano. Lleva un brillante anillo de compromiso con un diamante. Siento un pinchazo en el corazón, pero luego recuerdo que fui yo quien lo puso ahí. En el siguiente escalón, su vestido se transforma en un traje de novia. Sostiene un ramo de flores. No deja de sonreír y veo el amor que brilla en sus ojos. Un paso más y mi Holly se lleva la mano a su tripa hinchada. Siento un escalofrío al pensar en el acto de amor que supone sembrar mi semilla en su vientre y darles la bienvenida a nuestros hijos. Me pregunto si serán morenos o pelirrojos y de qué color tendrán los ojos.

¿Una niña morena de ojos azules o un niño pelirrojo de ojos grises?

No sé si uno puede escandalizarse en un sueño, pero a mí, me pasa: hay dos pares de gemelos a su lado. *¿Cuatro?* Los chicos son mayores y tienen el pelo de fuego. Las niñas son más jóvenes y tienen el pelo oscuro. Pero lo que destaca son sus ojos: no son azules ni grises, sino una delicada mezcla de ambos.

En el siguiente escalón, veo canas que asoman entre sus mechones castaños. Tiene un bebé en brazos. *¿Será… uno de nuestros nietos?* Sus ojos están fijos en los míos y su sonrisa sigue siendo tan brillante como la de la Holly del primer escalón. Cuando doy el último paso, ya estoy a su vera. Ahora tiene el pelo completamente gris y las manos marcadas por el tiempo, delicadas. Pero cuando la tomo en mis brazos y la beso, es como si fuera el primer día.

—¿Por qué has tardado tanto? —susurra.

Nos tumbamos en el campo de margaritas y miramos al cielo con las manos entrelazadas. Se vuelve para acariciarme la mejilla.

—Flynn…

Me giro para buscarla, pero no la encuentro. El prado ha desaparecido y en su lugar siento como si un calor repentino me asfixiara.

—Flynn… —Escucho otra vez.

Su voz ha cambiado. No es la voz de mi Holly. Frunzo ligeramente el ceño. Miro a mi alrededor y veo un mar de blanco en lugar de nuestra pradera verde.

—Flynn… —Holly me sacude suavemente los hombros mientras pronuncia mi nombre una y otra vez y me incorporo sobresaltado, pero entonces descubro que no es ella, sino mi madre.

—¡Caramba! Sí que estabas cansado, hijo… La comida está lista.

La miro sin comprender.

—¿La comida?

—Sí, cariño. Has dormido tanto que te has saltado el desayuno, pero como tuviste una noche muy larga, no quería despertarte.

—B-bajo enseguida.

—De acuerdo.

Cuando sale de la habitación, me dejo caer en la almohada. *Qué sueño más raro.* Aun así, no puedo ignorar lo que mi subconsciente pretende hacerme entender: Holly y yo estamos hechos el uno para el otro. Si tengo la más mínima oportunidad de estar con ella, no pienso desperdiciarla. Pero primero tengo que encontrarla.

Me visto y bajo a la cocina. Miro por la ventana y suspiro. La nieve sigue cayendo, así que no podemos salir a buscarla. Noto una mano ajena en el hombro y me giro para ver a Ethan. Tiene la cara descompuesta por la preocupación y se me cae el alma a los pies.

—He llamado a mis padres esta mañana. Tenía que hacerlo. Es evidente que están hechos polvo —Respira hondo y tengo la sensación de que hay algo más, pero no sé si quiero oírlo—. Esta mañana hemos enviado el aviso por la radio de onda corta. Alguien nos contactó para decir que había visto un vehículo igual al suyo saliendo del pueblo un par de horas antes de que se acercara la tormenta.

La sangre me late con fuerza en las sienes y siento que las rodillas me flaquean. Mi peor temor se ha confirmado: Holly está en algún lugar de esa tormenta de nieve y no hay nada que pueda hacer al respecto.

25

Holly

Me froto la mejilla con la tela de la suave almohada. Me cuesta dejar atrás la crisálida que han creado las mantas para mí, pero ya no tengo sueño, y nunca he sido de las que se quedan remoloneando en la cama. Me incorporo y me desperezo. Bostezo y miro hacia la ventana. El cristal está medio cubierto de nieve. Me sobresalto y luego recuerdo que esta casa solo tiene una planta. Nunca he vivido en una planta baja, así que me es un poco raro ver la nieve cubriendo la ventana.

Me estiro y saco las piernas de la cama. He de prepararme mentalmente para el frío suelo que pronto se apoderará de mis pies descalzos. Sorprendentemente, el parqué está calentito, y decido que mi casa del futuro va a tener calefacción por suelo radiante: sí o sí. Me acerco a la ventana y miro al exterior. Parece un paraíso invernal. Cuando era pequeña, adoraba ver el mundo cubierto de blanco. Siempre que nevaba, hacíamos muñecos y peleábamos con bolas de nieve.

Los recuerdos toman el relevo. Debía de tener unos 8 años. La noche anterior había nevado mucho, o sea que las calles iban a estar hasta arriba y estábamos extasiados. Nuestros padres habían accedido a que pasáramos el día con los Dawson. Los padres de Violet dejaron que se viniera con nosotros cuando el señor Dawson pasó a recogernos esa mañana. Cuando los tres llegamos al rancho, pensamos que estábamos en un cuento de hadas. Nos pasamos la mañana haciendo *snowboard* y tirándonos con el trineo. La señora Dawson nos hizo un montón de sándwiches y preparó chocolate caliente.

Para unos niños como nosotros, el frío no era un problema. Con tanta actividad, mantuvimos el calor corporal. Finalmente, poco antes de que se pusiera el sol, nos enzarzamos en una épica batalla de bolas de nieve. Los hermanos mayores de Flynn formaron un equipo y nosotros cuatro, otro. Lo lógico habría sido que nos hubieran pegado una paliza, pero no contaban con que fuéramos estrategas. Violet y yo no teníamos la fuerza para lanzar de la que presumían los chicos, y Ethan y Flynn no eran tan mañosos como para compactar las bolas de nieve con rapidez, con lo que Vi y yo nos pusimos manos a la obra. El montón de bolas de nieve era cada vez mayor. Íbamos pasándoselas a Ethan y Flynn, que las lanzaban sin piedad. Pronto nuestro enemigo se echó a llorar y nosotros salimos victoriosos. Flynn me subió a sus hombros para

celebrarlo. Aún recuerdo lo que dijimos:

—¡Lo conseguimos!

Tenía las mejillas sonrosadas por el frío.

—Somos un equipazo. No podría haberlo hecho sin ti, Holly. ¡Deberíamos casarnos!

Flynn me dio un piquito sonoro: ya sabéis, con la inocencia con la que se besan los críos. No le di muchas vueltas en ese momento, pero cuando me di cuenta de que estaba enamorada de él, ese besito de nada fue el protagonista de mis fantasías. Con el tiempo, claro está, todo fue a más, pero evidentemente, al que me imaginaba era al Flynn adolescente y a sus músculos de acero.

Y ahora es aún mejor….

Me aparto de la ventana y suspiro una vez más. Vaya mierda de vida: está claro que no me casaré con Flynn. Pero bueno, nadie me hará cambiar de opinión. He de irme de Evergreen Creek.

Me dirijo al baño y me aseo un poco antes de ir a la cocina. Todavía queda café en la cafetera, así que me sirvo una taza. Compruebo que mi teléfono está cargado al cien por cien, pero todavía no hay cobertura. Lo desenchufo, levanto la vista y oigo a una persona hablando. De repente, veo a Fiona caminando hacia la cocina con una radio a pilas.

—… La tormenta se extiende a lo largo de varios cientos de kilómetros y abarca numerosos pueblos. Se desplaza a unos trescientos kilómetros por hora y mostrará signos de fortalecimiento en las próximas horas. Solo los servicios esenciales están autorizados a circular por carretera en este momento. Dondequiera que se encuentren hoy, es mejor que se queden allí Nuestra próxima actualización será…

Fiona apaga la radio. De pronto, solo hay silencio.

—Bueno, pues ya lo has oído. Tengo que decir que me importa más bien poco —Ríe—. Me habían asignado el turno de noches, así que…

Pongo cara de simpatía.

—A nadie le gusta trabajar por la noche, ¿eh?

—Bueno, ya que parece que vamos a estar juntas un par de días, ¿qué tal si preparamos una cenita especial para hoy? Diría de hacer una comida copiosa, pero con el desfase horario que llevamos…

—Tranquila, me parece genial.

—Por suerte, me sobró una pata de jamón en el congelador de las fiestas, y creo que también hay pollo.

—Si tienes patatas, podríamos hacer una especie de ensalada. ¿Te parece si

preparamos el pollo hoy y mañana ya nos comemos el jamón?

—Buena idea.

Y así, trabajamos juntas en la cocina. Descongelamos y sazonamos la carne y la dejamos lista para esta noche. Comemos una sopita ligera y la acompañamos con un poco de pan.

Un rato después, nos sentamos junto a la chimenea con unas tazas de cacao y escuchamos la última hora sobre la tormenta.

—Esta noche la situación mejorará. Se espera que los vientos soplen con menor fuerza y la nevada amaine. Al alba, las precipitaciones volverán a ser de chubascos con ráfagas dispersas a media mañana y primeras horas de la tarde. Se recomienda a los viajeros que consulten con las autoridades locales el acceso a las carreteras antes de aventurarse a salir. Nuestra próxima actualización será…

Fiona apaga la radio de nuevo.

—Me lo esperaba, ¿y tú? En fin, supongo que mañana el camino hacia Evergreen Creek estará despejado. Si pasan las quitanieves, claro…

La miro. Fiona hace ganchillo a la velocidad del rayo. Me acerco para observar en detalle la preciosidad que parece tan fácil en sus manos.

—¡Qué pasada! ¿Qué es?

—Estoy haciendo un vestido de bautizo para mi sobrina. Mi cuñada va a dar a luz cualquier día de estos.

—¡Qué bonito! Eso requiere mucha habilidad. ¿Te sabes de memoria el patrón?

—Tengo el diseño final aquí arriba —Se señala la cabeza—, pero suelo hacer un boceto antes de empezar.

Fiona coge un bloc de dibujo que tiene en un revistero del reposabrazos del sofá. Me lo pasa y lo abro. Me quedo sin habla mientras lo hojeo en silencio.

—¡Vaya! ¡Fiona, esto es una maravilla!

Se encoge de hombros mientras sigue haciendo ganchillo.

—Es solo un *hobby*…

—¡Pero bueno, chica…! —le digo imitando a mi amiga Vi—. ¿Sabes cuántos diseñadores pagarían por tener tanto talento? Te lo digo yo, que trabajo con ellos todos los días.

—¿Me tomas el pelo?

—No, Fiona, lo digo en serio. Son muy buenos. Soy diseñadora de moda. Trabajo en Nueva York para clientes de alta alcurnia. Conozco a gente que pagaría mucho dinero por algo así —Señalo el vestido que tiene en las manos.

Me quedo en silencio un par de segundos y entonces me pongo en pie de un

salto. Me llevo las manos a la cabeza y camino de un lado a otro de la sala de estar.

—¡Ay, Dios…! ¡Pues claro!

—¿Qué pasa, Holly? —Fiona me mira con preocupación—. ¿Estás bien?

—Estoy mejor que bien. Tengo una propuesta para ti: ¿Te gustaría trabajar conmigo para dar a conocer tus diseños?

Se le descompone la cara.

—Yo… Lo siento, pero ya lo hice una vez y salí mal parada.

—Oh… ¿Qué pasó? Si no te importa contármelo, claro.

—Trabajaba para una mujer. Yo me encargaba del trabajo duro: ganchillo esto, ganchillo lo otro… hasta que me dolían los dedos. Ella me pagaba lo que le venía en gana y se embolsaba el resto, que era al menos el setenta y cinco por ciento. No lo supe hasta que vi uno de mis diseños en una subasta en línea. Los hacía pasar por suyos y las pujas subían rápidamente. Al parecer, acabó vendiéndolo por más de mil dólares. Cuando me enfrenté a ella, se rio en mi cara, así que decidí salir pitando. Lo siento, Holly, pero comprenderás que tengo que rechazar tu oferta…

Se me parte el corazón, pero busco la forma de animarme y añado:

—¿Y si te demuestro que puedes confiar en mí y que te llevarás todo el mérito de tus prendas? No tendrías que trabajar para mi marca en sí, sería más bien una colaboración. Y como tu nombre sería prácticamente desconocido en el sector, utilizaría mi influencia para impulsar el tuyo.

—¿Y qué ganarías tú con ello?

—¿Sinceramente? Me gusta hacer cosas buenas por la gente buena y tú has sido muy amable conmigo. Qué menos, ¿no?

Me mira fijamente antes de agachar la cabeza.

—Me lo pensaré.

—Sí, me parece bien. Al menos no es un no rotundo.

Esa noche, después de cenar, me enseña algunos diseños más. Estoy impresionada. También hace macramé. No puedo evitar imaginarme al menos uno de sus diseños colgado en mi estudio. Con su nombre debajo, claro está.

Nos duchamos y nos vamos a la cama. Me duermo al instante, como un bebé recién comido. Para cuando me despierto, el sol brilla. Miro por la ventana y sonrío. Ha dejado de nevar. Me apresuro a la cocina para ayudar a Fiona a preparar la comida. Sirvo las sobras de la ensalada de patata y algunas cosillas para picar. La casa pronto huele que alimenta y nos retiramos al salón mientras esperamos a que el jamón termine de hornearse. Fiona se pone con el ganchillo

mientras yo hojeo una revista cualquiera.

—¿Holly?

—¿Mmm? —Levanto la vista.

—Lo he pensado. Quiero intentarlo.

Se me dibuja una sonrisa en la cara y la abrazo.

—Te prometo que no te arrepentirás.

—Eres una buena persona. Confío en ti.

Hablamos de los pormenores de cómo hacer que funcione y se me escapa que estoy pensando en alquilar un local para abrir una tienda en Evergreen Creek.

—¡Me parece estupendo! Así estaría mucho más cerca y no tendría que ir y volver a Nueva York…

—Sí. De hecho, podrías mudarte a Evergreen Creek y hacerte cargo de la tienda, si te parece.

—Tienes que estar de broma. ¡Mi sueño siempre ha sido tener una tienda en la que vender mis prendas de ganchillo!

—Lo digo en serio, Fiona. Ojalá pudieras venir a Evergreen conmigo…

—Bueno, primero vuelve a tu pueblo; luego ya veremos cómo llego yo.

La cena, aunque copiosa, se nos hace muy amena, y nos encontramos de nuevo en el sofá escuchando el parte meteorológico.

—… Los daños son mínimos en las líneas y el servicio telefónico debería reanudarse mañana a más tardar. Las siguientes carreteras también deberían ser transitables para los viajeros a primera hora de la mañana…

Escuchamos atentamente y nos alegramos cuando oímos que la carretera de Twickenham Glades a Evergreen Creek está despejada. Es un momento agridulce, ya que he disfrutado estando aquí con Fiona. Pero no puedo huir para siempre. Nada de esconderse: hay que volver a la realidad.

***

A la mañana siguiente, después de desayunar, desenterramos su Highlander. Fiona me lleva al *diner*, donde supuestamente debería estar mi coche. Por suerte, hay un equipo quitando nieve y sacando varios vehículos sepultados. El mío es uno de los afortunados. Entro en el *diner* y pillo a Fiona poniéndose el delantal.

—¿Te vas ya, bonita? Acuérdate de avisarme en cuanto llegues sana y salva. Ah, y gracias por amenizarme el confinamiento…

—Lo mismo digo, Fiona. Hablamos pronto, ¿vale?

Me despido de ella y salgo. Mi coche arranca a la primera (de milagro) y suspiro aliviada. No tardo en emprender el camino a casa. Cuando doblo la curva y veo el gran roble con sus ramas cargadas de nieve, se me acelera el corazón. Conduzco con el mayor cuidado posible por las calles resbaladizas y en un abrir y cerrar de ojos, estoy en casa.

Ni siquiera me fijo en la cantidad de vehículos aparcados a lo largo de la calzada cuando entro en casa de mis padres. Sin embargo, cuando llego al salón, me detengo al ver que está abarrotado de gente. Se hace el silencio y todas las miradas se vuelven hacia mí. Entonces se desata el gallinero: una serie de llantos y gritos de alegría se solapan y me arropan con cariño. Mi madre me abraza como solo una madre puede hacerlo. De su balbuceo entrecortado, deduzco que llevan buscándome desde la noche en que me fui del gimnasio. Esta mañana es la primera vez que han podido salir de casa y todos se habían reunido para organizar grupos de búsqueda.

—¡Estábamos tan preocupados, cariño…! Flynn está fuera de sí. Se culpa tanto… —murmura mi madre mientras me besa la mejilla una vez más.

—¿D-de verdad?

—Está destrozado, Holly —interviene Lisa—. Se castiga por haber malinterpretado lo que vio.

Mi amiga no tiene la oportunidad de terminar lo que está diciendo, ya que la habitación se queda en silencio de repente.

—¿Ho-Holly?

Me doy la vuelta al oír el ronco susurro de una voz muy familiar.

Flynn.

Todo lo que me rodea desaparece cuando él avanza hacia mí a grandes zancadas y me coge en brazos. Coloca sus manos ásperas y callosas en mis mejillas y luego se apodera de mis labios.

Ahora mismo, nada más importa.

26

Flynn

Es como si estuviera soñando. Pero al sentir su suave boca fundirse con la mía, sé que es real. Cuando sus brazos me rodean, se me derrite el corazón, los huesos, el alma, y la atraigo hacia mí con fuerza. Se me llena el pecho de alivio, de deseo, de esperanza. La cubro de besos, le seco las lágrimas, y finalmente, apoyo la frente en la suya.

—Tenemos que hablar —susurro con voz ronca.

Ella asiente.

—Sí, lo sé.

Holly mira atrás para hacerles ver a sus padres que vamos a salir.

Cuando Ethan y yo llegamos hace unos minutos con un suministro desproporcionado de cafés de La Taza de Java, había tanto alboroto en su casa que me era imposible prestar atención a lo que sucedía a mi alrededor. Estaba perdido, pero cuando la vi, me encontré.

Salimos y caminamos hasta el patio trasero. Observo la casa a la que tantas veces vine de niño y adolescente, y pienso en que aún no he visto el cuarto de Holly. Las habitaciones de la planta superior tienen la ventana ligeramente abierta, supongo que para ventilar tras varios días de estar cerradas a cal y canto.

—Salgamos de aquí —me dice Holly de repente.

—¿Qué? Acabas de llegar, preciosa. Se me ocurre algo mejor…

La cojo de la mano y la llevo a la esquina derecha de la casa. Me asomo ligeramente para ver que no hay nadie fuera y cojo una vieja escalera extensible que está apoyada en la valla de madera. Está cubierta de nieve, así que la sacudo un poco y la abro.

—¿Qué haces, Flynn?

—Chis, calla. Seamos adolescentes por un día —Holly me mira sin entender muy bien lo que sucede—. La de la derecha del todo, ¿verdad?

—¿Qué?

—Tu habitación es la de la derecha del todo, ¿no?

—Em, sí…

—Pues vamos, arriba.

Holly me mira estupefacta, pero después de comprobar que no hay nadie al acecho, pone un pie en un escalón, luego el otro, y una vez arriba, sujeta la

escalera para que yo suba.

—¡Cuidado, vaquero, no quiero sustos! —dice entre risas.

Me meto en su habitación y cierro la ventana para que no entre el frío. Lo único que necesito ahora mismo es su calor.

—¿Sabes que es la primera vez que entro aquí oficialmente? —no puedo evitar decir.

—Es imposible, Flynn. Nos conocemos de toda la vida.

—Y aun así, es la única habitación de tu casa en la que aún no había estado.

—Bueno, entonces supongo que esta chica prefirió que este espacio estuviera libre de hombres.

—¿Y ahora, Holly? ¿Quieres que lo esté?

Holly da un paso hacia mí y me quita la poca nieve que me ha caído de los canalones mientras subía antes de decir:

—Ahora solo te quiero a ti.

Ansioso, me contengo para dejar que tome las riendas y la observo desabrocharme la camisa a su ritmo. Un hambre voraz se despierta en mi entrepierna y me pide a gritos que la haga mía, como un adolescente, en la cama en que creció. Esa cama en la que pude estar tantas veces, pero de la que escogí mantenerme alejado.

—No creo que aguante ni un solo segundo más sin ti, Holly.

—No hace falta. Me tienes aquí.

Holly me besa el pecho desnudo y va bajando hacia mi entrepierna. Me quedo de pie, mirándola desde arriba, y me coge la mano para que le recoja el pelo. Sonrío ante la ironía del momento y le levanto la barbilla con la otra mano para que me mire.

—¿Me vas a pedir que te estire de la coleta, Holly Morgan?

—Prometo que esta vez no te haré parar.

Me muerdo el labio inferior al ver cómo se quita la chaqueta, se arremanga, me baja la cremallera de los vaqueros y, de mis bóxeres prietos, saca mi miembro erecto para darle un beso suave. Me lame el glande y ahogo un gemido. El placer es indescriptible. Recorre mi sexo con la lengua de arriba abajo y me busca con la mirada. Cuando al fin se lo mete en la boca, no puedo evitar jadear.

—Ve despacio, nena. Tu casa está llena de gente y no quiero que nos oigan.

Ella se saca mi miembro de la boca y añade:

—Ahora ya nadie me busca, Flynn. Piensa solo en mí, en nosotros.

Dicho esto, Holly sigue chupándomela con ganas. Siento que se me yerguen los pezones y le suelto el pelo para quitarme la chaqueta y la camisa

desabrochada. Tras unos minutos de intenso placer, Holly se incorpora y me besa con sus labios húmedos y lubricados.

Entonces la levanto del suelo y la llevo a la cama. Allí le arranco prácticamente los pantalones y me quito los vaqueros y los calzoncillos para quedarme completamente desnudo frente a ella.

—Echo de menos tu sombrero… —dice ella entre risitas.

—Y yo tu cuerpo.

Le bajo la manga de la camiseta para dejarle el hombro al descubierto y le beso el cuello hasta que siento que no aguanto más. Entonces se la quito por la cabeza y aprovecho para restregarle mi sexo duro por encima de la tela de sus bragas, que ya están empapadas. Cuando al fin libero sus pechos turgentes, me siento enloquecer. Me los llevo a la boca y se los beso con dulzura, luego sin piedad, y llegado un momento, me aparto de ella y corro con los calcetines puestos para ponerme el condón que tengo en la cartera.

—¿Siempre llevas uno encima?

—Podría decirse que llevo esperando toda la vida para volver a hacer esto contigo…

Holly se muerde el labio inferior mientras sonríe y me hace señas para que vuelva con ella. Me subo a la cama, me coloco encima de ella y la beso apasionadamente.

—Te lo dije en su momento y te lo repito ahora —insisto—: solo voy a intentarlo una vez. Necesito a alguien que sea mi último rodeo.

—Entonces deja que lo sea para ti.

Me encantaría bajarle las bragas, pero ahora mismo, la urgencia me puede. Le hago a un lado la tela y, sin pensármelo dos veces, la penetro con todas mis fuerzas. La miro a los ojos para ver si está bien o necesita que vaya más despacio, pero sus ojos están nublados por el deseo y me pide más. Me pasa las manos por la nuca y luego baja para arañarme la espalda, así que sigo con mi marcha. Me introduzco en ella, luego la saco, y así sucesivamente, con garbo. De vez en cuando, aminoro el ritmo para dejarla con las ganas. Le paso un dedo por la parte sensible de su sexo hinchado, que me acoge con cada embestida. Acompaso mis caricias al vaivén de mis caderas y la mando callar con un susurro que termina en un beso húmedo.

Cuando subo la mano de nuevo, la agarro del cuello y me pierdo en su mirada. La mujer de mis fantasías ha vuelto y no pienso dejar que se escape otra vez. Pienso en mi sueño, en una vida juntos, y al ver la preciosa melena de Holly despeinada, se me pone más dura. Se la meto y saco con insistencia, y cuando

siento que se tensa alrededor de mi sexo, al que poco le queda para estallar, le lamo el cuello. Ella aprovecha para decirme al oído:

—Soy tuya, Flynn Dawson.

La dulzura de sus palabras, que salen entrecortadas de sus labios jadeantes, me hace perder la cabeza. Sin previo aviso, me corro dentro de ella y sigo estimulándola hasta que ella hace lo mismo. Sus jadeos se vuelven cada vez más apagados, luego cesan. La tengo aquí, conmigo, y no creo que sea capaz de soltarla nunca más.

Holly respira hondo y ambos nos quedamos abrazados un buen rato, acariciándonos la piel de gallina.

—Pensaba que te había perdido para siempre… —digo para romper el hielo —. ¿Dónde estabas? ¿Por qué huiste, Holly? Debes de odiarme…

Se incorpora y me pone un dedo en los labios.

—Flynn, basta. Yo también pensé que te perdía cuando te vi con Brooke aquella noche.

Frunzo el ceño, confundido.

—¿Cómo? ¿Te refieres a…? Holly, se cayó del escenario y la cogí en brazos. Solo fui amable. Aunque un poco sí se merecía caerse…

Se ríe.

—Ya, bueno, lo sé…

Suspiro.

—No te culpo. Yo también malinterpreté la situación. ¿Quieres saber por qué me he comportado como un crío últimamente?

—Sí.

—¿Por dónde empiezo?

—Pues por el principio, idiota —Suelta una risita y me acaricia la mejilla.

—Vale. Todo empezó una lluviosa tarde de septiembre…

—No te remontes al día en que naciste —Se ríe—. ¿Qué tal si me cuentas lo que te hizo reaccionar así?

—Vale, pues… Me entró miedo. Llevamos toda la vida ocultando lo que sentimos por el otro y, de repente, nos declaramos y… ¿te vas a Nueva York?

—Solo estuve fuera dos días, Flynn —responde ella.

—Bueno, yo no lo sabía. Pensaba que te habías ido otra vez. Y me dolió. Ese día tenía faena en el rancho, ¿recuerdas? Pues me dejé el móvil en casa y no vi tus llamadas y mensajes. Aquella tarde fui a la puerta de casa de tus padres y entonces escuché el mensaje de voz donde decías que estabas en Nueva York. Me resigné y me fui a tomar algo antes de volver a casa y… En fin, en el bar me

encontré con Brooke —Holly se pone rígida y le acaricio la espalda con suavidad, luego la beso en la mejilla—. Relájate. No pasó nada. Ella lo intentó, como siempre, pero no pasó nada.

—Brooke jamás se cansa, ¿eh? —murmura.

—Parece que no. Bueno, el caso es que me dijo que te había visto esa misma tarde y que justo te ibas a Nueva York.

—Pasé por delante de la tienda otra vez, así que decidí preguntar, y resulta que es de su tío. ¡No había personas en el mundo…! Bueno, continúa con tu historia sobre cómo hiciste que me sintiera como una mierda.

—Lo siento…

La beso suavemente y gime. Me río al ver que me atrae de nuevo hacia ella y baja las manos hacia mi sexo.

—¡No, no, no, señorita! Primero deja que termine la historia, luego ya jugaremos… —Muevo las cejas de forma sugerente.

—Vaaaale… Brooke te dijo que me iba a Nueva York…

—Y luego se puso a compararos, se hizo pasar por la menos volátil de las dos e insistió en que tú te pasabas la vida revoloteando de un lado a otro, mientras que ella pensaba quedarse en Evergreen Creek. El problema es que sus palabras se grabaron a fuego en mi subconsciente, así que hablé con papá y me dio el día libre para ir a Nueva York a la mañana siguiente. Ethan me dio la dirección de tu apartamento y de tu estudio y…

—¿Sabes que Ethan me dijo que viniste a Nueva York y pensaba que le estaba mintiendo a la cara cuando le juré que no nos habíamos visto?

—Me lo creo. Pasé por tu apartamento, pero no estabas. Luego fui al estudio y allí perdí los estribos. Te vi en brazos de León mientras escenificabais la proposición de matrimonio de ese pobre chaval. Bueno, en resumen, a mí me pareció real. Pensé que León era tu novio y yo… solo uno más.

Se incorpora y me mira fijamente.

—¿Esto va en serio? ¿León y yo? ¡Uf, por Dios, no!

—Bueno, es bastante atractivo…

—Sí, pero se lía con todo quisqui. Necesitaría una base de datos para llevar la cuenta de toda la gente con quien se acuesta. Vamos, que gracias, pero no. Paso. Le quiero mucho, pero los lleva locos a todos y todas.

Me río.

—Quizá deberías haber dejado que se liara con Brooke. A lo mejor cuajaba la cosa y todo…

—Déjate. Bueno, nos viste a León y a mí. ¿Y después… qué?

—Todo fue cuesta abajo a partir de ahí. Pasé la noche en un hotel y me puse como una cuba.

—¿Tú, borracho?

—Soy más rudo de lo que crees, preciosa… En fin, volví a casa al día siguiente y Ethan me sonsacó lo que había pasado. Me dijo que eras incapaz de hacer algo así, pero yo no quería creerlo.

—Cuando volví estabas tan cabreado… Por eso me enfadé tanto.

Me río entre dientes.

—Según me dijo Ethan, Violet casi te estrangula.

Agacha la cabeza avergonzada.

—Sí, no me choca… Creo que los dos les debemos una disculpa.

—Totalmente de acuerdo. Bueno, espera, que no he terminado. Creí que León era tu novio y que me habías mentido sobre lo de volver a Evergreen Creek. La cosa fue a peor cuando lo vi en el gimnasio esa noche mientras montábamos la pasarela. No te imaginas la cara que se me quedó. Luego, la última noche de ensayos, cuando la tormenta llegó al pueblo, los pillé a Brooke y a él entre bastidores muy acaramelados.

—¡PERO SÉRA…! Me juró que no lo haría. Es más, me acogí a la primera enmienda de nuestra amistad.

Levanto una ceja.

—¿La primera enmienda de vuestra amistad?

—Sí. Tenemos unas reglas que nos inventamos Lisa, él y yo para ser responsables en cualquier situación. Pues la primera enmienda dice que si alguno de nosotros ve que otro va por el camino de una relación que comprometerá nuestra marca personal, debemos orquestar una intervención.

—Ya veo… ¿Y cómo iba a comprometer Brooke vuestra marca exactamente?

—Bueno, ya sabes cómo es, Flynn. Piensa en lo insoportable que sería si empezara a salir con un icono de la moda.

—Dios…

—Eso es… Bueno, ¿y qué hiciste cuando los viste?

—A Brooke la mandé a su casa, por no decir otra cosa. Y a León… bueno, estaba a punto de gritarle, pero entonces me dejó claro que no sabía de qué iba todo eso. Le conté lo que creía haber visto y entre él y Lisa me lo aclararon todo. En mi favor diré que intenté llamarte inmediatamente. En realidad, fue Lisa quien lo hizo, porque pensé que ignorarías mi llamada.

—Probablemente lo habría hecho, sí.

—Lisa insistió un par de veces, pero saltaba el buzón de voz todo el rato, así que llamé a Violet y Ethan, que llamaron a tu madre. Resultó que no estabas en casa y entonces nos dimos cuenta de que habías desaparecido. Así que dime, nena, ¿por qué huiste?

—Te vi con Brooke. Sonreías, y ella también y la tenías en brazos y… creía que me volvía loca. Salí por la puerta trasera y volví por el vestíbulo para coger mis cosas. Me subí al coche y me puse a conducir. De repente, me vi atrapada en una tormenta de nieve en un *diner* de Twickenham Glades. Mi móvil se quedó sin batería y no había línea, así que no pude llamar a nadie, ni siquiera con el teléfono de Fiona. Tuve que esperar a que amainase.

—¿Quién es Fiona?

—Una camarera muy simpática con la que he pasado estos días. Voy a ayudarla a montar su negocio de ganchillo y puede que la nombre encargada cuando monte la tienda aquí.

Me río suavemente.

—Solo tú podrías perderte en una tormenta de nieve y, aun así, sacar algo positivo de todo esto.

Respira hondo y agacha la cabeza.

—Quiero volver a Evergreen Creek, de verdad. Pero al ver cómo te comportabas, pensé que solo buscabas un polvo y que como lo habías conseguido, ya te daba igual lo nuestro.

—¿Qué? Ey, mírame… —Nuestros ojos se encuentran y aprieto su mano contra mi pecho—. ¿Tú crees que mi corazón latiría así si no sintiera algo por ti?

—No… —susurra.

Le suelto la mano y sonrío.

—A ver, deja que lo compruebe yo… —Mi mano desciende hacia su intimidad, que sigue mojada—. Mmm, yo diría que tus sentimientos tampoco han cambiado, ¿verdad?

Suelta una risita y me atrae hacia ella.

—No sé yo, a lo mejor necesito que me convenzas para quedarme…

***

Cuando por fin bajamos al comedor, todo está oscuro. En casa de los padres de Holly no hay nadie. Supongo que habrán querido darnos cierta intimidad.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer con el concierto? —pregunto—. Nadie se esperaba esta tormenta, ¿eh?

—Pues he convocado una reunión del comité en la tienda mañana por la mañana. A partir de ahí, ya veremos.

—Eso me deja más tranquilo.

—¿Por?

—Conociéndote, pensé que tendríamos que ir al gimnasio esta noche o algo así, pero mañana por la mañana está bien. Así te tendré para mí sola hoy.

—Pero mis padres…

—Sí, lo sé. Habla con ellos y diles que en un rato nos iremos al rancho. Ya va siendo hora de que les devolvamos su casa, que esto parece un picadero.

—De acuerdo, Dawson. ¿Me vas a llevar a tu mansión?

—Efectivamente, señorita Morgan. Mi dama se merece un palacio.

La atraigo a mis brazos una vez más. Adoro cómo se derrite cada vez que la beso.

27

Holly

—¡Buenos días a todos! —grito ahuecando las manos.

—¡Hola, Holly! —chillan los vecinos al unísono.

Estoy entusiasmada.

—Han sido unos días bastante intensos, ¿verdad? —Se arma un ligero barullo que luego se va apagando poco a poco cuando levanto la mano para pedir silencio—. Bueno, para empezar, quería daros las gracias a todos por venir a esta reunión. En un principio, debería haber sido la última antes del evento del año, pero en su lugar, es más un control de daños. Todos sabemos que no hay quien regule el tiempo, y por eso, no hubo concierto ni inauguración de la Feria del Juguete. Afortunadamente, en un pueblo de este tamaño y con la participación que hemos tenido, el ayuntamiento ha tenido la amabilidad de ajustar las fechas de nuestros permisos. La nueva fecha de inauguración es el 8 de febrero, que sin ir más lejos, es el cumpleaños de mi madre. ¡Que sigan las rotativas! Además, con todo el lío, también nos han concedido el permiso para la fiesta de patinaje sobre hielo en el lago, que será justo el día siguiente. No se me ocurre mejor manera de dejarlo todo listo antes de la siguiente fiesta, que es San Valentín —Se oye un «oooh» generalizado—. Además, tengo otra sorpresita que me estaba reservando hasta estar segura.

Mis ojos se desvían hacia el aparcamiento y mi sonrisa se ensancha. Los asistentes se giran para echar un vistazo y oigo gritos de sorpresa.

—¡Justo a tiempo! —me susurra Violet al ver al equipo del informativo salir de sus vehículos.

—¡Vaya!

—¿Eso es…?

—¡MADRE… MÍA!

—¿¡Vamos a salir en la tele!?

Sonrío al constatar el asombro de los vecinos del pueblo.

—Bueno, ya os lo imaginaréis, pero como este año no ha podido venir gente de otros pueblos a montar tenderetes para la feria, el evento será televisado para darle difusión e incitar a que las poblaciones vecinas se pasen. El concierto y el desfile se retransmitirán en directo, pero el equipo va a pasar unos días recopilando material para el reportaje. Relajaos, haced como si la cámara no

estuviera y… ¡a divertirse!

***

Unos días después, estoy hecha un manojo de nervios. Ojalá pudiera seguir los consejos que di a mis vecinos con tantísima confianza. Me va a dar un ataque. He intentado librarme del discursito que da inicio al concierto, pero todos piensan que soy la persona adecuada para darlo. En resumen: estoy hecha un flan de solo pensar que esto se retransmitirá en directo.

Siento que un par de brazos fuertes me rodean la cintura desde atrás y respiro hondo. Casi de inmediato, los nervios empiezan a calmarse. Ojalá pudiera sacarlo al escenario conmigo.

—Lo harás genial, preciosa. Habla con el corazón y todo irá bien.

Flynn me besa en la mejilla, da un paso atrás y entonces se abre el telón. Intento prolongar el efecto que me provoca su cercanía y doy un paso al frente antes de entrar en pánico una vez más. Cuando me pongo delante del micrófono, se hace el silencio en el gimnasio.

Han venido a escucharte, Holly.

Me aclaro la garganta, respiro hondo y comienzo a hablar:

—Evergreen Creek siempre ha formado parte de mí. Nací y crecí aquí, y aquí es donde pasaré el resto de mi vida. He de deciros que, cuando volví hace un par de semanas, me pareció que se había perdido el valor de la comunidad. Cuando mi hermano me llamó para hablarme de nuestra pequeña crisis familiar, pensé que debíamos solucionar un problema a pequeña escala. Pero pronto me di cuenta de que mi familia no solo se limitaba a nosotros cuatro, sino que, en realidad, mi familia es todo el pueblo. Este último mes ha sido emocionante. Hemos visto compañerismo, pasión, amistad y amor —Miro hacia un lateral del escenario, donde Flynn me observa y le sonrío, pero entonces me doy cuenta de que no puedo seguir hablando aquí sola. No sería justo—. ¿Sabéis qué? Hoy es el día especial de una persona que lo es todo para mí. ¿Mamá? Mamá, ¿dónde estás? ¿Puedes subir aquí?

Se arma un vocerío. Un par de cabezas se giran hacia donde está mi madre, que primero se muestra tímida, pero al final, animada por todo el pueblo, su marido incluido, sube al escenario.

—¡LIIIIIIIIIVVIE! ¡LIIIIIIIIIVVIE! —gritan todos a coro.

Mi madre se acerca al micro y dice:

—Muchas gracias, de verdad.

El público se va callando poco a poco y entonces continúo:

—Bueno, hoy es el cumpleaños de mi madre —Un montón de personas entre el público la felicitan a voz en grito—. Como sabréis, es la propietaria de La Peonza Juguetona, la juguetería del pueblo. Mi padre y ella han tratado a los niños (y a los no tan niños) de este pueblo con muchísimo cariño desde que la heredaron, y creo que va siendo hora de que esta comunidad les devuelva el favor. Durante estas semanas, hemos visto unidad y orgullo, pero también hemos constatado que el pasado y el presente influyen en nuestro futuro. Señoras y señores, os presento «Juguetes de ayer y de hoy para el mañana». Mamá, papá, esto es por vosotros.

Mi madre sonríe y ambas bajamos del escenario justo antes de que suene la primera canción.

***

Juraría que no he vuelto a respirar en toda la noche hasta que ha caído el telón. El público prorrumpe en aplausos y mi corazón se acelera. *Lo hemos conseguido.* Me llevo la mano a la boca y se me saltan las lágrimas.

—¡Holly! —Violet me pilla por banda—. ¡Quieren que subas al escenario!

Me limpio la cara rápidamente y corro detrás de ella, pero las lágrimas vuelven a brotar cuando todo el gimnasio se pone en pie y vitorea mi nombre. La ovación parece eterna. Sonrío y saludo, pero entonces las luces se apagan y un destello cegador me enfoca. Violet suelta una risita y me empuja hacia delante. Miro a mi alrededor, incapaz de ver nada. El silencio en el gimnasio es tan abrumador que se podría oír caer un alfiler. Entonces veo a alguien al otro lado del escenario. Un hombre me mira y sonríe. Mi corazón retumba como un tambor en mis oídos cuando veo lo que tiene en la mano.

Ahora sí que no voy a dejar de llorar en meses.

—Holly Morgan, eres una mujer excepcional y extraordinaria. No hay nadie que pueda objetar que te mereces la condecoración del año. Sé que es pronto, pero la ciudadanía ha hablado. Como alcalde de Evergreen Creek, es todo un privilegio entregarte la llave del pueblo.

Avanzo hacia el alcalde. Las lágrimas me empapan las mejillas. Todo se vuelve borroso y acepto abrazos y besos por doquier, hasta que se me seca la boca y se me duermen los brazos. El gimnasio se va vaciando poco a poco y la gente se va a sus casas. Mañana les espera un buen día de feria y de patinaje sobre hielo. Nuestro equipo de limpieza trabaja como una colonia de hormigas, y

a las once y cuarto, estamos listos para cerrar el gimnasio. Flynn ha guardado la llave del pueblo en la parte trasera de su camioneta, así que tengo las manos libres para abrazarle.

—Aquí está: la sensación de la noche, la chica de oro… Con ustedes, ¡la increíbleeeeee Holly Morgaaaaan! —Sonrío y él me besa con pasión—. Toda mía, por cierto.

—Toda tuya.

—¿Lista para salir de aquí?

—Sí.

—¿Qué tal un paseo en la camioneta? Conozco el lugar perfecto para celebrar que todo ha ido como esperabas.

—Me parece estupendo. Solo tengo que decirles a Vi y Ethan que nos vamos.

—Creo que ya se han ido. Solo quedamos nosotros, así que venga, corre.

Le cojo de la mano y dejo que me lleve hasta el aparcamiento. Subimos a su camioneta y me acomodo en el calor del asiento. Me apoyo en su hombro, inhalo el aroma de su chaqueta y me pierdo en su esencia. Pero al ver que se desvía de la carretera que lleva al pueblo, me incorporo.

—¿Adónde vamos?

—No muy lejos, nena. Tranquila.

Vuelvo a apoyarme en su hombro y me relajo. Pasado un rato, la camioneta gira. Levanto la cabeza y me doy cuenta de que hemos hecho un cambio de sentido. Estamos aparcados junto al roble de la colina. Flynn deja el motor al ralentí y la calefacción puesta. Cuando se vuelve hacia mí, nuestros ojos se encuentran.

—Llevo toda la noche deseando tenerte para mí solo… —susurra mientras me acaricia el cuello.

—Esta no será la última noche que me tengas, Flynn Dawson. Soy toda tuya…

—Y yo tuyo.

Me besa con dulzura, luego con pasión. Sus manos bajan por mis costados y sonrío cuando se aparta ligeramente de mí y apoya su frente en la mía.

—Vas a ser mi muerte, Holly —dice antes de exhalar un largo suspiro.

Me río.

—Pues vaya forma de morir…

Se ríe, me pasa el brazo por encima de los hombros y me arrima. Los dos pasamos unos instantes en silencio mirando en dirección al pueblo. Recuerdo

aquella tarde, que parece tan lejana, en la que me senté en este mismo lugar y me quedé embobada contemplando Evergreen Creek. Flynn tenía razón: desde aquí, la vista nocturna es espectacular. Y ahora que está todo nevado, la estampa es digna de una tarjeta Hallmark.

—Holly…

—¿Sí?

—¿Cuánto tiempo crees que tardarás en volver a Evergreen Creek?

Suspiro.

—¿Sinceramente? Ojalá pudiera cortar de raíz con Nueva York y mudarme aquí ahora mismo.

—¿Y qué te lo impide? ¿Hay alguna regla en el mundo del diseño que diga que tienes que vivir en una gran ciudad para triunfar? —Guardo silencio. Él continúa—. He estado hablando con León…

Me giro para mirarle.

—¿Cuándo os habéis hecho amigos?

—Calla, boba. He estado hablando con León y Lisa para enterarme un poco mejor de cómo funciona la industria. Resulta que, gracias a la globalización, un diseñador puede trabajar desde donde quiera. León me dijo cómo empezó él y…

Me aparto ligeramente y le miro.

—¿Cómo? León no le cuenta a cualquiera sus humildes comienzos, ¿sabes?

—Bueno, pues a mí me lo contó. Ni siquiera se lo pedí, así que supongo que intentaba hacerme ver que la ubicación no importa y que podía usarlo de comodín cuando hablase contigo del tema. En fin, ahí va: ¿qué te retiene en Nueva York? Es más, ¿qué puedo hacer para que vuelvas a Evergreen Creek cuanto antes?

Le miro fijamente. Me mira con los mismos ojos con los que me miró en el granero aquel día que hicimos el amor por primera vez. Sonrío y siento que el amor se apodera de mí.

—Nada. No puedes hacer nada, porque no hay nada que me retenga allí. Todo lo que quiero está aquí, así que ¿qué hago en otra ciudad?

Flynn sonríe.

—Parece que estamos de acuerdo: volverás y yo te cubriré de flores, día sí, día también. ¿Trato hecho?

—No sabes la que te espera…

—¿Trato hecho?

Guardo silencio unos segundos.

—Sí.

—¿Sellamos el pacto con un beso?

—No querría hacerlo de otro modo.

Flynn me acaricia la nuca y me atrae hacia él una vez más. Nuestros labios se funden. A lo lejos, las luces del pueblo brillan como nunca. No se me ocurre mejor forma de empezar el resto de mi vida.

Epílogo

Holly

Un año más tarde.

—Necesitamos un diseño floral para los vestidos de unas diez damas de honor. ¡Boda en primavera! Los detalles están en la hoja de pedido. León envió las medidas de las chicas junto con las fotos de cada una —Fiona coge aire y sigue hablando—. También tenemos pendientes tres vestidos para un *baby shower*[1]. Y esos son solo los encargos de la web que han entrado desde que te fuiste a comer.

—¡Fiona, línea 2! —grita Trish desde la oficina mientras Fiona y yo nos dirigimos a la trastienda. Ella corre a atender la llamada.

Le dije que quería que fuese la encargada de la tienda y cumplí con mi palabra. Es una de las mejores decisiones empresariales que he tomado hasta la fecha. La otra fue hacer caso a León y Lisa y diversificar las operaciones entre Nueva York y Evergreen Creek. Me ponía nerviosa expandir el negocio así, de primeras, pero había subestimado el poder de los medios de comunicación. Después del concierto y el desfile del año pasado, mi nombre se esparció como la pólvora. Pronto, todo el mundo quería un original de Holly Morgan. Conservé el nombre de la marca, pero el pasado mes de junio tuve que cambiar mi apellido por Dawson.

Flynn no perdió el tiempo a la hora de pedirme que me casara con él. No tener una casa en condiciones no fue un impedimento. Ahora vivimos de alquiler en el pueblo y la casa de nuestros sueños se está construyendo según lo previsto. Si todo sigue viento en popa, la mudanza coincidirá con nuestro primer aniversario. Después, podremos ocuparnos de todo aquello con lo que Flynn soñó la primera noche de la tormenta. Cuando me lo contó, se me saltaron las lágrimas y pensé que no podría quererle más de lo que ya le quería.

Miro los estantes de vestidos que aún están forraditos en la funda de plástico en el almacén. León tiene razón: tenemos que darnos prisa con la sesión de fotos para la colección formal de primavera. Sé que Lisa y él vendrán en los próximos días. Brooke se pasará el día de antes para preparar el estudio de cara a la sesión. Sí, lo sé. Flynn y yo aún estamos en *shock*. León ha dejado de ser un soltero empedernido y Brooke ha colgado las blusas escotadas en favor de la monogamia. Ha demostrado que es bastante hábil con la cámara y está haciendo un curso de fotografía. Megan es una de sus modelos favoritas y parecen que se

llevan bien y todo.

Cada cual con lo suyo.

—¡Holly! Trish me ha dicho que andarías por aquí. Mira lo que te he traído…

Dibujo una sonrisa sincera mientras sigo a Violet a la parte principal de la tienda. Me hago a un lado y la observo descubrir su obra maestra. Le hice un encargo hace tiempo y sabía que el resultado superaría todas mis expectativas. Me acerco al cuadro. Ha pintado la vista de la colina desde el roble. El título del lienzo es *Hogar*.

La abrazo.

—Es perfecto —susurro. Miro la hora y sonrío—. Gracias, Vi. Perdona, pero tengo que irme. He quedado para tomar un café.

—¡Intenta no tirárselo encima esta vez!

—Creo que me perdonará… ¡Y deja de recordármelo! Serás la mayor difusora de cotilleos del pueblo, ¡pero te guardaste el mejor para ti, amiga!

Cuando volví el año pasado a Evergreen Creek, Ethan y Vi llevaban un tiempo saliendo. No nos costó mucho deducirlo, pero ellos se empeñaron en ocultárselo al mundo, hasta que un día, Flynn se pasó por la caravana de mi hermano sin avisar y… ¡ups! En fin, ya sabéis cómo son las cosas en este pueblo: ¡las noticias vuelan! El resumen es que no podría alegrarme más por los dos.

Cojo la chaqueta y el bolso y salgo corriendo hacia el coche. En unos minutos, aparco delante de La Taza de Java. Este año nos centraremos en ellos. Al fin y al cabo, desde nuestra intervención, en la juguetería de mis padres se han duplicado las ventas. Ni siquiera hizo falta que nos hiciéramos copropietarios. Hasta que papá y mamá se cansen, será suya. Ethan y yo ya veremos cómo gestionarlo más tarde.

—¡Hola, bombón! —Claire me saluda calurosamente.

Ladea la cabeza en dirección a un reservado de la esquina y se me ilumina la cara como si no lo hubiera visto esta misma mañana, cuando me desperté a su lado. Me acerco y le pongo una mano en el hombro a mi marido.

¿A QUIÉN? Todavía me cuesta creerlo…

—¿Invitarías a un café a esta señorita, guapo?

Me mira y sonríe.

—Por supuesto, pero va a tener que ser antes de que venga mi mujer. Si no, seguro que te lo echa encima.

Sonrío, me agacho ligeramente y le beso antes de sentarme.

—Y no podemos permitirnos que pase eso, ¿verdad?

—Bueno, tan malo no sería… Así es como me echó el lazo.

—Y así va a seguir siendo, vaquero.

Me acerco y sus labios rozan dulcemente los míos. Suspiro y me lamo el regusto a menta.

¿Quién me lo iba a decir? Estoy exactamente donde quería estar: en casa.

---

[1] *N. de la T.* Fiesta que se suele celebrar para hacer regalos a los padres que esperan un hijo.

Lista de reproducción

cowboy like me – Taylor Swift
Fiera inquieta – Ángela María Forero
invisible string – Taylor Swift
Slim Pickings – Sabrina Carpenter
Body Like a Back Road – Sam Hunt
If You Go Down – Kelsea Ballerini
Creepin' In – Norah Jones, Dolly Parton
Fire and the Flood – Vance Joy
Dirty Paws – Of Monsters and Men
Sleep On The Floor – The Lumineers
the 1 – Taylor Swift
Stubborn Love – The Lumineers
Home – Philip Phillips
Northern Attitude – Noah Kahan, Hozier
Flowers In Your Hair – The Lumineers

La encontrarás en el siguiente enlace: Nuestro último rodeo, Riley S. Collins

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:
@cherrypublishing_esp
Sigue también a la autora:
@rileys.collins.author
¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

Responsable editorial: Paloma Vega Centeno
Traducción al español: Paloma Vega Centeno
Corrección y edición: Cherry Publishing
Composición y maquetación: Cherry Publishing
Diseño de la cubierta: Keti Matakov